

CLARA EISMAN PATÓN

AUTORA-LIBRO-TITULO-

LAS MARIPOSAS DE ALAS DORADAS

2008

ESTÁ PROHIBIDA LA COPIA DE ESTE LIBRO

CAPITULO -1 –

El Boeing tenía salida a las veinte horas del aeropuerto Charles de Gaulle. Era el día 8 de Noviembre 1977. La lluvia caía sin cesar, el viento que hacía era mucho. De pie esperábamos los pasajeros cerca de la pista. El trayecto era Paris Johannesburgo. El asiento que yo tenía estaba junto a la ventanilla, desde arriba se veía Paris iluminado, parecía un carrusel de muchos colores, sentí nostalgia de dejar la ciudad de la luz por un tiempo indeterminado. Émile mi esposo trabajaba desde hacía seis meses en la industria del hierro en Johannesburgo.

En las alturas cerca del cielo también llovía, de una manera desmesurada. Había una tormenta tropical, los rayos daban miedo, y los truenos también, las alas del avión se oían, era cómo de un momento a otro se fueran a romper, las luces se apagaron, íbamos a oscuras, yo temblaba de miedo. Miré a todos los pasajeros, hacían que dormían, eso fue lo que yo creí, todos estaban tranquilos

aparentemente. La tormenta duró como dos horas. Después sirvieron una cena buena y luego pusieron una película, la estuve mirando unos minutos y al poco tiempo me dormí, estuve una hora dando cabezadas, el miedo de la tormenta aún lo tenía en el cuerpo. Un señor que estaba sentado en el asiento de al lado, se dio cuenta del miedo que pasé y me dijo.

-Señora, es normal lo de la tormenta, este trayecto lo hago una vez al mes, siempre en el mismo punto y a la misma hora ocurre, es un lugar de tormentas tropicales.

No le respondí, no sabía qué decirle.

Miré mi reloj de pulsera, marcaba las seis y media de la mañana. Después de la tormenta quedó un cielo limpio. Uno de mis grandes deseos era ver una salida de sol, por la ventanilla pude recrearme en la belleza del astro rey cuando sale hasta que se queda arriba.

A las 8 de la mañana sirvieron un buen desayuno que era casi una comida.

Dentro de mí sentía una sensación rara de tristeza, como si algo no fuera a salir bien.

A las 12-h 30, el Boeing aterrizó en el aeropuerto de Johannesburgo.

Cuando Émile se fue a trabajar a este país de África, no quiso que yo fuera con él, decía que me iba aburrir sola en casa todo el día y sin saber hablar Inglés. Hacía siete años que nos habíamos casado, era la primera vez que nos separábamos.

El presentimiento que tuve dentro del avión llegué a sospechar que Émile tenía otra mujer y que vivía con ella, esa era la razón por la que no quería que yo fuera con él.

Esperaba sentada en la sala de espera del aeropuerto con dos maletas a cada lado, nadie había allí para recibirme. En mi agenda llevaba la dirección de Émile, en caso que nadie viniera cogería un taxi. Observé a los policías el uniforme que llevaban, pantalón corto por encima de la rodilla, camisa con galones de grado, todo el conjunto era color beige, calzaban sandalias de cuero de correíllas. Eran de raza blanca, altos y fuertes.

El rato de espera, me tenía de mal humor.

CAPITULO -2 –

¿Madame Franklin?.

Una voz masculina hizo que mirara a mi izquierda, era un hombre de aproximadamente treinta años, alto, delgado y bien parecido, cabello castaño y ondulado. Estaba sorprendida, era la primera vez que lo veía, se dirigió a mí en un perfecto francés, yo esperaba a Émile, mi desilusión se reflejó en mi cara.

-Émile no ha podido venir a recibirla a causa de su trabajo, me ha enviado a mí- dijo amablemente.

-¿Cómo sabías que era yo?-le pregunté.

-Traigo una foto de usted.

-¿Conoces bien a mi marido?-le pregunté.

-Perdone, no me he presentado, me llamo Hugo Barreau.

-Yo Claire, lo sabe ¿Verdad?.

Hugo cogió las dos maletas, yo la bolsa de viaje. Salimos de la sala y nos dirigimos al aparcamiento de coches, allí esperaba el suyo, en el maletero

Introdujo las dos maletas. Ya sentados dentro del coche y conduciendo, me preguntó.

-¿Ha tenido un buen viaje?.

-Francamente no, a noche hubo una tormenta tropical y pasé mucho miedo.

-Esto sucede con frecuencia pero no ocurre nada.

-Hugo ¿De qué conoces a Émile?-le pregunté para sacar muchas dudas que yo tenía en mente.

Antes de responderme, me echó una mirada que se cruzó con la mía. Luego dijo.

-Trabajamos en la misma empresa de siderurgia.

-¿Qué tiempo llevas trabajando en Johannesburgo?.

-Dos años. Yo trabajaba en la empresa cuando Émile llegó, nos hicimos amigos por ser Franceses.

Nos miramos fijamente él, tenía la ceja izquierda más arqueada que la derecha, me fijé en sus ojos color miel.

-¿Vives cerca de la empresa donde trabajas? Lo digo por ser tú quién has venido a recibirme.
Perdona Hugo, te estoy tuteando todo el tiempo.

-Prefiero que sea de esa manera, así, podremos tener más confianza, yo comparto casa con Émile. Tenemos un dúplex con mucho jardín.

-¿Qué tiempo hace que compartís casa?.

-Cuatro meses. Cuando Émile llegó aquí, la empresa le ofreció una vivienda de criados de sólo una habitación, cocina pequeña y aseo. Los dos decidimos coger de alquiler un dúplex para vivir mejor.

En esos instantes recordé la primera carta de Émile, tenía otra dirección.

-Hugo ¿Estás casado?-le pregunté.

-No-respondió con sequedad.

-¿Tienes novia?.

-No.

Me fijé en los pómulos de su cara, los tenía rojizos, en su frente había algunas gotas de sudor.

-¿No has encontrado la mujer ideal?.

-Todavía no-dijo sin mirarme.

-Puede llegar a tu vida una mujer que te guste, os caséis y tengáis hijos.

Esto colmó el vaso, me miró y me dijo algo enfadado.

-¿Es un interrogatorio?.

-¡Perdona!-le dije medio riendo-No quiero entrar en tu vida privada, sino conocerte mejor. Tú conoces mi posición, me gustaría conocer la tuya.

-Yo siempre digo que las mujeres sólo dais problemas-contestó como revancha.

-¿Eres de los que piensan que el género femenino no es bueno?.

-¡No entremos en esa clase de polémica puesto que acabamos de conocernos!.

-¿Te has molestado por esto?-le pregunté-Mi intención no era herirte.

-¿Crees que estoy molesto?.

-Sí lo creo-dije.

-¿No lo estarías tú si alguien que acabas de conocer te acosara de preguntas?.

No respondí, eché hacia atrás la cabeza para reposar y cerré los ojos para relajarme. La voz de Hugo hizo que lo mirara, dijo.

-En la próxima calle a la derecha vivimos.

Todo por allí eran campos sembrados de maíz. Por la carretera iban y venían nativas vestidas con atuendos del país, algunas llevaban sobre sus espaldas y cogidos con pañuelos grandes, a sus bebés.

Al entrar en la calle, todo eran casas de dos pisos ocupadas unas por ingleses y otras por franceses.

Ya preparada para salir del coche, le dije.

-No creía que África fuera tan llena de color, tiene mucho encanto.

-Todo lo irás conociendo poco a poco, vas a tener mucho tiempo-dijo Hugo.

-¿Cuándo viene Émile?-le pregunté.

- Acaba a las cuatro de la tarde. Ahora yo te dejo en casa y vuelvo al trabajo.

-¿Estaré sola hasta que volváis?.

-Durante el día está Yosi, es una joven nativa, ella nos hace la comida y la limpieza de toda la casa. También está Salomón, es un chico nativo que se ocupa del jardín y de los árboles frutales.

-¿Tenéis dos personas a vuestro servicio?-
pregunté extrañada.

-El gobierno obliga a los blancos a que demos
trabajo a los nativos, a que los aseguremos.

-Espero entenderme con Yosi-dije.

-Te va a gustar, es trabajadora y limpia. Los
sábados después de comer se va a casa de su
madre. Nos dijo que tiene un hijo de tres años.
Salomón tiene el mismo descanso, sábado por la
tarde hasta el lunes por la mañana.

Hugo paró el mercedes delante de la puerta, era
una casa antigua de dos pisos y mucho jardín, una
gran verja de hierro cerraba toda la casa. Me quedé
mirando el interior las bonitas flores que habían,
los árboles frutales, era un bonito Edén. Un camino
ancho empezaba en la entrada de la puerta de
hierro y llegaba hasta la entrada de la casa. Yo
estaba maravillada, en Paris eso no se veía, no
existía.

Hugo había llegado hasta la verja con las dos
maletas, las dejó en el suelo. Al instante
aparecieron Yosi y Salomón, cogieron las maletas y
se dirigieron a casa.

CAPITULO -3 –

Hugo les dijo algo en ingles, ellos subieron las maletas al piso de arriba y las dejaron en uno de los dormitorios.

-Claire, supongo que querrás tomar una ducha, en el piso de arriba tienes de todo-dijo Hugo.

Él me acompañó hasta el dormitorio. Era grande con una cama de matrimonio, un tocador, una mesilla con lámpara, un ropero y espejo.

Entretanto, Yosi había subido estaba preparando el baño para mí. Estuve metida en la bañera media hora, me parecía estar en el paraíso. Al salir del cuarto de baño, entré en el dormitorio. Tenía las dos maletas abiertas encima de la cama, lo hice yo para sacar ropa y ponerme.

Salí al jardín, miré algunas de las flores de tantas que habían, me paré en los árboles frutales, en los mangos, aguacates, higos, naranjos, eran muchos más los que había. A mí espalda oí la voz de Yosi que dijo.

-¡Lady!.

Cómo no entendía lo que me quería decir, la seguí hasta el cobertizo, sobre la mesa había una bandeja y dentro una tetera, lechera y un azucarero, al lado un platito con dos clases de galletas y una taza para que me sirviera la merienda. El té estaba delicioso, me puse una segunda taza.

La luz del día se había ido, miré al cielo, tenía franjas rojizas y pensé-mañana hará viento. Yosi dio la luz del cobertizo, el sonido de los grillos no cesaban. Miré la hora en mí reloj, marcaba las siete de la tarde. Émile y Hugo todavía no habían llegado. No entendía el por qué Émile no había ido a recibirme al aeropuerto y tampoco no estaba allí por la hora que era. En ese instante me arrepentí de haber ido a Johannesburgo, me daba la impresión que yo a Émile no le importaba nada.

Yosi había hecho la cena, cené sola en la mesa del comedor. Mientras comía estaba viendo una comedia que estaban dando en televisión, no hacía falta que supiera inglés, estaba hecha para que se riera sin entenderla, habían escenas que sólo eran con gestos, yo no paraba de reír, y al mismo tiempo pensaba en Émile lo sola que me había dejado a

mi llegada a esa ciudad, sin conocer a nadie y sin saber el idioma. El cuerpo me lo había reconfortado el estofado de carne que Yosi había hecho deliciosamente bueno.

En el dormitorio aún seguían las maletas abiertas encima de la cama, no sabía si vaciarlas y poner toda la ropa en el armario, estaba decidida volver a París. Comprendí que yo no le importaba nada a Émile y Hugo mucho. Me sentí herida en el amor propio de mujer.

Saqué de una maletas un camisón de raso color marfil y me lo puse, las maletas las cerré y las coloqué en el suelo, una encima de otra, tenía que irme a la cama. En la mesilla había un libro en francés, la biografía de Lucrecia Borgia, autora, Françoise Sagan, En la cama empecé a leerlo y al rato, me quedé dormida con el libro abierto y la luz encendida.

Me despertó la luz que entraba por la ventana, miré mi reloj, eran las seis y media de la mañana. A esa hora el sol ya estaba de fuera. A mi mente vino Émile, no sabía si él y Hugo habían dormido allí esa noche. Salté de la cama y fui al cuarto de baño, eché agua fría en la cara para despejarme.

Necesitaba lo más pronto posible abrir la caja de Pandora y ver lo que había dentro. No sentía miedo por lo que pudiese encontrar, de todas maneras lo imaginaba. Bajaba las escaleras sin hacer ruido, la casa estaba en silencio. Al llegar al salón me estaba esperando Émile en pijama color rojo pasión y un batín del mismo color, abierto. Nuestras miradas se encontraron con aire de desafío, él se mantenía serio y quieto, había engordado. Mi vista se posó en la habitación que había debajo de matrimonio, la puerta estaba entornada, por ese hueco vi a Hugo que miraba para observar el encuentro entre Émile y yo. Vi como Émile vigilaba a Hugo, los dos se vigilaban. Yo no quería echar más leña al fuego y me mantuve para ver qué hacía él. Se acercó a mí y me dio un beso en cada mejilla, igual que se hace con una amiga, su mirada era fría.

-¿Cómo estás?-preguntó a medio metro de distancia.

No le iba a mentir, era ridículo hacerlo viendo la situación.

-¡Estoy mal!-le dije.

-Perdona que a noche no fuera a saludarte, ya era

tarde cuando llegamos-dijo cómo si de una desconocida se tratara.

-Entiendo lo que me dices pero, no encuentro la razón para que lo hicieras, puesto que en nuestra vida de cónyuges muchas noches me despertabas para deseos tuyos.

No respondió a esto que le dije, me preguntó.

-¿Qué te ha parecido Hugo?.

-Buen chico-respondí.

Émile se quedó unos instantes observándome, me hubiese gustado saber qué pensaba de mí.

-¿Te apetece una taza de té?-me preguntó.

-¿No tienes café?.

-El que venden en Johannesburgo no tiene sabor a nada, el té es muy bueno.

-Tomamos té-dije.

-¿Qué te ha parecido Yosi?-preguntó.

-Buena chica, solo la vi ayer un rato.

Émile fue a la cocina, yo lo seguía, del armario cogió una tetera para calentar agua, en ese instante

Apareció Hugo, miró la distancia que nos separaba, luego dijo.

-¡Buenos días Claire! ¿Has descansado bien?.

-¡Muy bien Hugo!.

Me fijé en él, me chocó verle el pómulo izquierdo hinchado y rojo. Miré a Émile, hizo un sonido con la garganta como si tuviera algo. Yosi hacía su entrada en la cocina dispuesta para empezar a trabajar con uniforme color rosa.

-¡Good morning!-dijo.

Émile y Hugo le respondieron en inglés.

Seguidamente se puso hacer los desayunos.

Sentados en la mesa del cobertizo y desayunando, vi que Émile y Hugo habían discutido, se habían pegado. En los años que hacía que Émile y yo estábamos casados, habíamos discutido muchas veces pero nunca me levantó la mano. Lo de ellos tenía que haber sido muy fuerte para que Émile le pegara. Me di cuenta que los tres estábamos formando una familia, era algo que yo no esperaba.

De pronto, la venda que tenía en los ojos me desapareció y, aunque pueda ser increíble, no

Sentía nada hacía Émile, sólo de saber que me había olvidado por un hombre.

-¿Hugo que te ha ocurrido en el ojo?-le pregunté.

-¡Me lo ha hecho este!-dijo mirando a Émile.

-¿Es un puñetazo?.

-¡Uno y dos, tiene la mano muy larga!.

Émile tenía la taza de té en la mano derecha, bebió un sorbo y dejó la taza en el platillo como si con él no fuera. Cogió una rebanada de pan y se puso mantequilla, mermelada y una loncha de queso, empezó a comerlo muy tranquilo escuchando lo que Hugo y yo decíamos. Vi que los dos estaban viviendo una situación extraña.

-¿Cuánto tiempo piensas quedarte aquí?-me preguntó Émile.

La pregunta la acogí como si me hubiera dado un mazazo en la cabeza. Lo miraba recordando otros tiempos en los que me decía que yo era el amor de su vida y, que prefería irse de la tierra antes que yo para no sufrir. Él estaba esperando a que respondiera a su pregunta. Le dije.

-¿Tú quieres irte de la tierra antes que yo?.

Émile parpadeó varias veces, sabía qué le estaba diciendo, se puso nervioso y se levantó del asiento y salió al jardín.

Me di cuenta que Hugo era celoso, muy celoso. Se puso en vanguardia como queriendo captar la frase que dije. Lo hice dándome igual, ya era agua pasada.

Hugo nos miraba, no se perdía un detalle de nuestros gesto. Él me preguntó.

-¿Si te quedas aquí de qué vas a vivir?.

Émile llegó hasta el cobertizo y muy enfadado cogió a Hugo por los hombros y lo levantó, le dijo mirándolo de frente.

-¡No te metas en nuestros asuntos, ya te lo dije muy claro anoche!.

Jamás había visto a Émile enfadado de esa manera, me dio miedo, me levanté del asiento y salí al jardín.

Hugo también se enfadó y dijo.

-¡Te dije cuando te llamó por teléfono, que le

dijeras que no viniera! ¿Qué hace ella aquí? ¿Por qué me tuve que enamorar de un hombre casado?.

Hugo se levantó del asiento y fue al jardín, lo andaba de arriba abajo sin saber qué hacer. Émile me miraba muy serio, luego me preguntó.

-Claire, ¿Por qué has venido? ¡Estoy seguro que conocías mi relación con Hugo!.

-¡He venido porque soy tu esposa quieras o no! ¡Sabía que me estabas engañando pero, creía que era con una mujer y lo quería ver con mis ojos!.

-Claire, toda la vida he sido bisexual, lo que pasa es que nunca te diste cuenta. Me casé contigo porque te quería y te di mucho amor. Cuando conocía a un hombre que me gustaba, me acostaba con él, volvía de noche a casa y cumplía contigo.

Yo lo miraba de un modo aterrador, estaba viviendo una pesadilla. Nunca en el tiempo de casados me pude imaginar que era bisexual.

-Émile, ¿Por qué no viniste ayer al aeropuerto?-le pregunté.

-No fui porque Hugo se puso muy celoso y pesado, me montó una escena. Me dijo que lo engañaría contigo, que tendríamos relaciones nada más llegar tú. Lo vi tan mal que decidí que fuera él. Me brotaron dos lágrimas, las sequé con una servilleta de papel. Una mecha de pelo se quedó en uno de mis ojos, Émile alargó su mano y me la quitó con gesto delicado, seguidamente acarició mi cabello.

-Émile, ¿Por qué no viniste anoche a la habitación aunque sólo fuera para saludarme?-le dije.

-Cuando llegamos eran las cinco, miré por la ventana de tu dormitorio vi que había luz, pensé que me estabas esperando, no quise subir para no empeorar más la situación. Hugo se puso a llorar como un niño, me dijo que era un canalla si subía, para aplacarlo tuve que tener relaciones con él y demostrarle que lo quería.

Me percaté que Hugo estaba a un lado de la puerta escuchando el relato. Yo lo miré, seguidamente fue a la cocina y se sentó en una silla. Yosi se acercó y le preguntó algo, él negó.

Me dirigí al piso de arriba para tomar una ducha, mientras subía las escaleras me sorprendió oír a Hugo que me decía.

-Esta noche iremos a cenar a un restaurante dónde se come bien.

Émile lo miró extrañado por la invitación que acababa de hacer. Hugo le dijo.

-No quiero que piense mal de mí por todo lo que has contado nuestro.

-Está bien lo que has hecho, no pensaba que la invitarías.

Después de la ducha busqué en una de mis maletas un pantalón fino para combinarlo con una blusa beige sin manga. Después de vestirme me dio tiempo a vaciar las maletas y dejarlo todo colocado en las perchas del almario y en los cajones.

Bajé al jardín, no me cansaba de mirar las flores, en Paris vivía en un piso algo reducido y con ventanas. Ahora estaba disfrutando de la vegetación y del buen tiempo.

CAPITULO -4 –

El claxon de un automóvil gris hizo que volviera la cabeza, advertí una mujer al volante, me dirigí hasta la verja de hierro, ella salía del vehículo con sonrisa de hipócrita. Era larguirucha de aproximadamente cuarenta años, se dirigió a mí en un francés perfecto.

-¿Es usted hermana del señor Flanklin o, del señor Barreau?.

No supe qué responderle en esos instantes, puesto que no estaba al corriente si ella sabía la homosexualidad de Émile y de Hugo. Volví la cabeza al oír la voz de Émile, se estaba aproximando.

-¿Cómo está señora Lansiere? ¿No viene hoy su marido con usted?.

-Se ha quedado en la tienda-dijo con mirada de complicidad que iba de Émile a mí-Le preguntaba a ella si era su hermana.

-Es mi esposa-respondió él.

-¡Oh ¡ - exclamó-¿Dice que es su esposa?.

-Ha oído bien- dijo con una sonrisa.

-Entonces, ¿Quién Hugo?.

-Señora Lansiere, dígame qué quiere saber y yo se lo digo-dijo Émile.

-¡No quiero saber nada! ¿Me la va a presentar?- dijo todavía asustada.

-Se llama Claire, ¿Quiere saber más?.

-Me parece que lo ha tomado a mal, no era mi intención molestarlo. Un día me gustaría llevarla de compras a la ciudad y para que la conozca.

La señora Lansiere me pareció algo cotilla, se metía en casa de quién podía darle información para saber la vida de los demás. Ella se dirigió a mí diciéndome.

-Claire, vendré un día de la semana para hacerle una visita ¿Le parece bien el miércoles?.

-Está bien-respondí.

Subió en su coche y se fue. Hugo nos estaba esperando en el cobertizo. Nos preguntó.

-¿Qué quería esa bruja?.

-Lo de siempre, meterse en casa ajena-dijo Émile.

-¿Quién es la señora Lansiere?-pregunté.

-Son un matrimonio de Lyon, tienen dos hijos. Llegaron aquí hace diez años y han hecho una gran fortuna. Ella es simplona con mucha malicia-dijo Émile.

-¿A qué se dedica su marido?-pregunté.

-Tiene muchos líos por ahí-dijo Hugo- Sabemos de buena tinta que trafica con armas de aquí a otros países. No es normal que en diez años hayan acumulado tanta fortuna, tienen un restaurante y una tienda de souvenir. A parte en propiedad una casa de dos pisos. Tienen dos chicos nativos para trabajar en la casa y en el jardín, los tratan muy mal, el salario que les dan es de pena. En el restaurante tienen un cocinero y dos camareros para servir las mesas. Ella cuando va es de figurín, no sabe hacer nada, ni quiere hacerlo. Una noche estábamos cenando en su restaurante. Su marido gritaba al cocinero, lo insultaba, le decía de todo, los clientes estaban preocupados, nosotros también, nos aproximamos a la puerta de la cocina para ver qué sucedía. El cocinero nativo estaba en cuclillas cubriéndose la cabeza con las manos y diciendo que él, no había sido. Le pregunté qué pasaba, dijo el

Señor Lansiere que el cocinero le había robado un saco de patatas de cinco kilos.

Lo estaba asustando con los espíritus. Los blancos sabemos el miedo y el respeto que los nativos tienen a los que ya se han ido. Le decía que vendrían de madrugada, le cortarían la cabeza y se llevarían su corazón. El cocinero le decía llorando.

-¡Mándeme a la cárcel pero no haga magia trayendo a los espíritus contra mí!.

El señor Lansiere decía con la cara transformada de ira.

-¡El saco de patatas lo traes mañana, de esa manera te perdono!.

-Sí señor, gracias señor.

Fue humillante para el nativo y también para los clientes que estábamos en el restaurante. Nunca más hemos ido ni pensamos volver.

Yo estaba indignada de oír este hecho tan ruin.

-Un día ella nos contó un hecho como si fuera una anécdota-Dijo Émile-Uno de los nativos estaba

En su casa planchando ropa, por lo visto la plancha era vieja y no calentaba. La señora Lansiere siempre está observando lo que está mal, vio que solo había planchado dos prendas y le preguntó por qué. El nativo dijo que la plancha estaba estropeada y no calentaba. Ella la cogió y la puso en la cara de él, y le preguntó -¿Está caliente la plancha?. El chico apartó la cara, se estaba quemando.

Era indignante todo lo que me estaban contando del matrimonio Lansiere. Personas indignas donde las hubiera.

-¿Habla ella bien el inglés-pregunté.

Émile y Hugo se echaron a reír. Hugo dijo.

-Lo chapurrea, lo destroza, hace diez años que va a una academia, el tiempo lo debe echar no lo hace para estudiar, si no para chismorrear.

Quise cambiar de tema, el hablar de ese matrimonio se me ponía mal cuerpo y dije.

-Me gustaría ir a una academia para aprender inglés.

Émile me miró sorprendido, los dos nos miramos, le pregunté.

-¿Qué te parece?.

-Eso lo tienes que ver tú-dijo.

-¿Esperabas que me fuera de aquí en una semana?.

-¿Quieres quedarte?.

-Me gusta este lugar. Vivir en París ahora se me haría extraño-dije- miré a Hugo y le pregunté.

-¿Tienes algún inconveniente en que me quede?.

Hugo tardó en responder, pasados dos minutos dijo.

-Puedes quedarte pero con condiciones.

-Dime cuales-pregunté.

-¿Amas todavía a Émile?.

La mirada de Émile y la mía se encontraron, traté desviar mi vista para no causar peores males. Hugo era muy celoso, todo el tiempo estaba pendiente de Émile y de mí, no quitaba ojo de nosotros. Yo por parte mía, no pensaba con él, y dije.

-Hace diez años que nos conocemos, tres de novios y siete de casado. Cariño todavía le tengo pero amor no, no tengas miedo que tengamos relaciones, no las habrá. Antes no sabía que era bisexual, ahora lo sé, no siento nada hacía él.

-Te creo, yo haría lo mismo que tú-dijo-¿No estás resentida con los dos?.

-Más que resentida me siento traicionada y herida en mi amor propio de mujer.

-Claire, todavía eres joven. ¿Qué has pensado en hacer con tu vida?.

-No lo sé, tengo treinta y siete años y me siento en la flor de mi vida-dije-Me va a costar depositar la confianza en otro hombre.

Émile seguía nuestra conversación con los brazos cruzados y se iba mutando.

-¿No crees que exageras?-dijo Hugo-Todos los hombres no son iguales.

-Hugo, ¿Cuántos años tienes?-le pregunté.

-Treinta y uno-dijo.

-¿Has estado con una mujer alguna vez?.

CAPITULO -5 –

Se quedó cortado al escuchar la pregunta, seguidamente respondió.

-Lo mío es muy largo de contar-dijo con tristeza.

-¡Cuéntame algo aunque sea poco!-dije.

-Me di cuenta que era gay a la edad de doce años. Cuando tenía la ocasión de quedarme sólo en casa, me ponía vestidos de mi hermana, me pintaba los labios, me peinaba como las chicas, me ponía tacones y pendientes. Me miraba al espejo y me veía guapo, era de esa manera como quería ser. Un día mi padre llegó y me vio, me parecía a mi hermana. Yo temblé al verlo, era severo y muy radical, Sin mediar palabra me dio un bofetón que me tiró al suelo, me pegó patadas en el trasero y me dijo muy enfadado -¡Maricón de mierda, quítate eso antes que te mate!.

Hizo mi padre un concilio en la familia, con mi madre y mis hermanas. Mi padre estuvo reprochando a mi pobre madre, la mala educación que me había dado y, que todo era culpa de ella por

Hacer de mí un blandengue que no servía para nada. Dijo, que los fines de semana me llevaría a jugar al fútbol para que me hiciera un hombre.

Mi padre estaba muy enfadado con mi madre y estuvo un mes sin hablarle. Es el típico hombre macho que no baja de su pedestal por nada.

El sábado llegó, mi padre me metió en el coche contra mi voluntad, yo lloraba no quería ir. Era un club de socios, en un descampado había dos porterías, él me puso en una y dijo a sus amigos.

-Meterle goles, haber si se hace un hombre-
Recibí un montón de balonazos, yo sólo hacía que llorar, pedía irme con mi madre.

Al sábado siguiente me llevó a un campo de tiro, me dio una escopeta para que aprendiera a tirar. Yo no quería y me escapé corriendo, él me gritaba diciendo -¡Quiero que pierdas la sensibilidad de mujer! ¡Naciste hombre y hombre serás hasta que mueras!.

Mi padre me tomó manía, no me podía ver, mi madre lloraba abrazada a mí y, a escondidas de mi padre para que no la viera.

Por las mejillas de Hugo resbalaban lágrimas, lloraba sin poderse retener, me daba pena, parecía un niño desamparado. Yo le dije.

-Hugo, si no quieres seguir contando lo dejas, estoy muy conmovida de oírte recordar un tiempo pasado. ¿Émile está al corriente de todo?.

-Si por supuesto, no le he ocultado nada.

Émile estaba sentado en frente y afirmó.

-Claire, quiero seguir contando algo más-dijo Hugo- Soy un chico agraciado. Un día fui al dentista, yo tenía dieciséis años, al terminar el trabajo, el dentista me dijo-No te voy a cobrar nada. Cerró la puerta de la consulta y allí me violó. Fue la primera vez que tuve contacto con un hombre. Después de probar lo que era, quería más. Por la noche iba a discotecas dónde habían hombres, me acostaba con el que me gustaba, volvía a casa de madrugada. Mi padre era feliz, pensaba que venía de chicas. Un domingo estábamos comiendo, mi padre levantó su copa y dijo – ¡Vamos a brindar por la prometida de Hugo, pronto nos la va a presentar!.

Mi madre sabía que no había tal chica, yo la tenía al corriente de todo lo que me había pasado, lo sabía

todo, no quiso denunciar al dentista por la represaría de mi padre, ella le tenía miedo. Mi madre me aconsejó que llevara una amiga a casa para callar la boca de mi padre. Un sábado me vestí más formal y fui a otra discoteca buscando una amiga. Estaba temblando como hoja en un árbol, estaba seguro que las chicas se darían cuenta de mis andares y del modo de hablar. Me acerqué a una mesa, había dos chicas hablando, pensé que daba igual que fuera una u otra. Estaba de pie mirándolas, una señaló el asiento de al lado y me preguntó - ¿Quieres sentarte?- Recuerdo que no respondí y me senté. Pasados unos minutos dije con voz cortada - ¡Hola! – Las dos respondieron a mi saludo, seguidamente me presenté.

-Me llamo Hugo.

-Yo Eveline y mi amiga Pauline

En la pista bailaban una canción de Charles Aznavour, Le bohème, yo tenía que conquistar a una chica, no importaba cual de las dos. Eveline me parecía más simpática y le pregunté si quería bailar, ella aceptó, esa noche nos hicimos amigos. Los dos reíamos de lo que uno y otro decía. Mi madre era

mi mejor amiga, se lo contaba todo. Quedamos en traer a Eveline un domingo a comer a casa. Mi madre había preparado una buena comida. Yo fui a la parada de autobuses a recibirla, estuve un día ensayando para hacerlo bien. Tengo que agradecerle mucho a ella, era una chica fantástica. Mi padre estaba muy contento de ver una mujer en mi vida. Cuando acabamos de comer, Eveline y yo fuimos a mi habitación. Los dos estábamos sentados en sillas, en la mesilla yo tenía unos discos de Claude François. Le dije a Eveline que eligiera uno para ponerlo, mientras oíamos la canción, Eveline se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. En ese instante recordé los besos de mi madre, suaves y dulces. Ella fue a sentarse sobre mi cama y dijo – Siéntate a mi lado. Yo temblaba, no sabía qué hacer y le dije – Perdona, por lo que no pueda hacer, acabamos de conocernos. Ella sonreía y cogiéndome la mano dijo – Hugo no temas, se que eres gay. Yo me puse rojo, estaba avergonzado, le pregunté - ¿Lo sabías?- Desde el primer momento que te vi- ¿Por qué has aceptado mi invitación?-le pregunté. – Los gay no pedís nada a las chicas, vamos tranquilas con vosotros.

Los dos reíamos para partirnos. Mi padre estaba contento de oírnos reír.

-Hugo, ¿Qué pasó con Eveline?-le pregunté.

Él miró a Émile, seguía con los brazos cruzados y la cabeza baja, hacía que dormía.

-Mi madre sabía que todo era una farsa, mis hermanas no estaban al corriente de nada, era mejor que no lo supieran. Mi padre había comprado para el día de san Valentín, un anillo de pedida para que yo se lo diera a Eveline comiendo en casa. Cuando vi lo que me entregaba, dije que no lo aceptaba y que Eveline sólo era una amiga. Mi padre se enfadó, me cogió de los brazos y me zarandeó, se puso agresivo, no solo conmigo, también con mi madre echándole la culpa de todo. Ella lloraba, era lo único que podía hacer. Este fue el último día que Eveline vino a casa.

-Hugo, ¿Su piste más tarde algo de Eveline?-le pregunté.

-Dos años después se casó y me invitó a su boda.

CAPITULO -6 –

-Hugo, ¿Cómo has podido vivir separado de tu madre?.

-Tuve que hacerlo, un día llegamos a las manos mi padre y yo. Ya estaba arto de sus insultos, de sus desaires, ver a mi madre sufrir para mí era un calvario, y decidí venirme a trabajar a Johannesburgo.

-¿Puedo hacerte la última pregunta?-le dije.

-Desde luego que sí-contestó.

-¿Cómo estás de salud?.

-¿Por qué me lo preguntas?.

Émile me miró y me hizo a entender que no preguntara.

-No importa – dijo Hugo – hace dos meses que no me encuentro bien, estoy agotado y sin fuerza en las piernas.

-¿Has ido al médico?.

-Me hicieron una analítica, tengo que ir a por los resultados, son 15 días.

Émile lo miraba moviendo la cabeza, luego dijo.

-Eres hipocondríaco, desde que te conozco siempre estás tomándote la temperatura, un día dices, tengo seis decimas, otro cinco, de esa manera estás cada día.

-¡Es cierto lo que digo, no tengo que tener ninguna!.

-¡Estoy arto que cada día me de la lata con lo mismo!-dijo Émile- ¿Por qué te gusta hacerte la victima?.

Hugo se puso nervioso y con rabia dijo.

-¡Te avergüenzas que Claire esté delante, ella mejor que nadie sabe cómo eres!.

-¡Hugo, me estas calentando!-dijo Émile- ¡Siempre pasa lo que pasa porque la lengua no la sabes guardar!.

-¿Has visto el ojo que me puso a noche?-dijo Hugo señalándome el ojo morado.

-¡Eres igual que mi padre!-dijo reprochándole el puñetazo.

-¡No te consiento que me compares con él!.

-¿Se ha puesto contigo así de violento?-me preguntó Hugo.

-¡A ella no la metas dentro!-dijo Émile muy enfadado.

-Alguna vez nos hemos enfadado-dije – Cuando sucedía, cogía la puerta y se iba, volvía a las dos horas y nos reconciliábamos.

-¡Chica, qué suerte tienes! ¡A mí sí puede pegarme me pega!.

Yo estaba molesta de oírlos discutir. Estoy segura que Émile no le volvió a pegar porque yo estaba delante. No eran dos caracteres que se avinieran, Hugo más sensible y delicado, su comportamiento era cómo el de una mujer. Émile se caracterizaba por tener poca paciencia, no querer escuchar y sobre todo mucha dureza.

Yo sentía pena por Hugo, con su padre lo pasó muy mal y ahora con Émile tenía que soportar sus malos momentos, sus arranques de ira, los había tenido siempre, incluso conmigo estando casados pero, nunca me levantó la mano.

CAPITULO -7 –

Me puse en pie, toda esa discusión me resultaba violenta. Bajé los escalones del cobertizo y fui al jardín. Me paraba en las flores, aspiraba su perfume. Vi que algo se movía en la hierba y que avanzaba moviéndola, no sé veía bien qué era. Me dirigí a Émile y, a Hugo y les dije.

-¡Venir!.

Los dos llegaron a mi lado, pregunté.

-¿Qué es eso que se va deslizando?.

-Es un camaleón-dijo Émile-En el jardín hay muchos, andan sueltos, están en su ámbito .

-¿Muerde?-pregunté.

-No, puedes acariciarlo.

-Claire, cógelo-dijo Hugo.

-Me da miedo - respondí echándome hacia atrás.

Hugo lo cogió y me lo acercó y dijo.

-Tócalo, da suerte, los nativos lo tienen cómo un

animal sagrado. Dicen que es cómo un dios y que sólo los dioses pueden cambiar de color donde se posan.

-¿Crees en eso?-le pregunté.

-Yo no lo creo ni lo dejo de creer. Los nativos dicen que aparte del dios del universo, hay más dioses que cogen forma de animales y están por la tierra.

-¡Quién sabe, es posible que sea verdad!-dije.

-Figúrate hasta qué punto respetan a los camaleones que si ven uno muerto hacen oraciones para que a ellos no les venga un mal. Dicen, que el espíritu del camaleón se venga si alguien los observa muertos.

-Es posible que sea una leyenda-dije.

-Para ellos no lo es, son muy espirituales. Hacen rituales con cánticos para que lleguen a los dioses, también en estos rituales hay quién cae en trance y habla con los espíritus.

-Hugo, si Yosi o Salomón descubre un camaleón muerto en el jardín ¿Qué puede suceder?.

-Se irían a otra casa a trabajar.

Me quedé sorprendida. Miraba a Hugo y al camaleón posado en su mano, había cambiado de color.

-Es curioso lo que dicen también de las mariposas-dijo Hugo-Ellos no se basan en una leyenda, sino el algo que es real.

-¿Qué es?-pregunté.

-Cuentan que hay mariposas de alas doradas y que son grandes, estas mariposas dicen que son hadas que se transforman. Las mariposas pequeñas son ninfas, así podría contarte muchas creencias de ellos.

En la rama de un árbol Hugo dejó al camaleón. Émile escuchaba el relato de Hugo, le pregunté.

-¿Qué te ha parecido la leyenda o realidad?.

-Yo no entro en estas cosas, soy más superficial.

-Sois la noche y el día Hugo y tú-dije.

Cambié de tema para decir algo que me interesaba.

-Necesito ir a una academia para hablar inglés lo más pronto posible.

Hugo miro la hora en su reloj y dijo.

-Nos da tiempo antes de comer ir a lá academia inglesa.

-Hoy es sábado, las oficinas estarán cerradas-dijo Émile.

-No lo creo, hasta las doce permanecen abiertas-contestó Hugo.

Cogimos lo necesario, mi documentación y esas cosas, montamos en el coche y fuimos.

El director de la academia, un hombre alto, delgado y amable, hizo la matricula, ya inscrita en la academia para empezar el lunes a las 8 de la mañana nos despedimos. En una librería compré libros y cuadernos para el estudio.

La comida que hizo Yosi estaba deliciosa, le gustaba cocinar carne con salsa picante, tenía que acostumbrarme a esa clase de cocina que nunca había comido. Después de haber recogido todo, Yosi fue al fondo del jardín, allí estaba su vivienda, se arregló para salir, estaba guapa, se despidió hasta el lunes por la mañana y se fue.

CAPITULO -8 –

Por la noche fuimos a cenar a un restaurante, era Hugo quién pagaba, nos había invitado por la mañana. Era un lugar distinguido, fuimos a entrar, el portero era nativo, vestía con esmoquin blanco, camisa blanca y pajarita negra, guantes blancos, cabeza rapada. Hablaba con Émile y Hugo, yo no lo entendía, volvimos al coche, dentro pregunté.

-¿No ha querido que entremos en el restaurante?.

-Nos ha dicho, que no podíamos entrar, yo no llevo americana y Hugo no tiene corbata, nos ha reprochado de ir con una dama mal vestidos.

De allí nos fuimos a otro restaurante, era inferior. Yo pedí una brocheta de pollo, verdura y arroz. Hugo pidió una pizza, no tenía apetito, miraba por dónde empezarla sin gana de cortarla. Émile pidió un entrecot con patatas fritas, de beber cerveza.

Émile señaló la barra del bar y me dijo.

- Esa chica que hay sentada en la barra, es francesa, la que está con minifalda. Llegó con su

marido hace tres meses, le pone los cuernos con franceses y con ingleses, los lleva a su casa, a su marido lo echa a la calle mientras tiene sexo. Dominique, es el nombre de su marido, hay noches que viene a casa para contárnoslo mientras su mujer está con un hombre.

Me quedé con la boca abierta, pregunté.

-¿Es prostituta?.

-No sé qué título darle, ella dice que no cobra y que lo hace porque su marido no sabe complacerla.

Yo la miraba, era gorda y desalineada. Ella se dio la vuelta. Émile me advirtió diciendo.

-¡No la mires, vendrá para preguntar quién eres!.

No tardó en acercarse a la mesa.

-Buenas noches señor Flanklin y señor Barreau. ¿Quién es esta dama tan elegante?.

-Señora Lecran, ¿ No está su marido con usted?- dijo Émile, sin responder a su pregunta.

-Hace tiempo que busco otro marido, ¿conoce usted uno bueno para mí?-dijo ella con burla.

-Señora Lecran, vuelva a la barra-dijo Émile.

-¡Me está tratando mal!-dijo ella- ¿Ha olvidado que soy una dama?.

De pronto la mesa voló por los aires, los platos, vasos y cubiertos también. Esta mujer tenía mucha fuerza. Ella gritó a Émile diciéndole.

- ¿No va a presentarme a su puta?-dijo en francés.

Yo la miraba sin responder, con ella había que llevarse bien, era una bruta sin medidas.

Los camareros recogieron todo lo que había caído al suelo y lo pusieron de nuevo. Ella seguía chula y llamaron a la policía. No solo nos insultaba a nosotros, también a los camareros. Llegaron dos agentes y se la llevaron.

Ya nos quedamos los tres cenando, Émile dijo.

-A esta clase de mujeres no se les pueden respetar. Dominique su marido es un pobre hombre, quiere dejarla pero ella no lo deja.

-¿Viven cerca de nosotros?-pregunté.

-Dos calles más arriba.

-¿En qué trabaja él?-pregunté.

-En la siderurgia, con nosotros.

Hugo empezó otra pizza que le habían puesto, Émile y yo, lo que habíamos pedido antes, me quedé preocupada por el suceso y pregunté .

-¿A dónde la lleva ahora la policía?.

-Seguro que a la comisaría para que haga declaración y la sancionarán por escándalo, luego al médico, lo suyo es de siquiatra.

Cuando llegamos a casa, eran las doce de la madrugada. El ruido que se oía era el de los grillos y de algún roedor que corría por entre la hierba.

En París es difícil oír a un grillo al menos que se esté viviendo en el campo. No estaba arrepentida de haber ido a África, es otro mundo que también hay que explorar y conocer. Al principio los nativos me daban un poco de respeto porque no los conocía pero, cuando se les trata son amables y buenas personas. Sus costumbres son diferentes a las europeas. La educación que ellos dan a sus hijos es buena, les enseñan a que respeten a los mayores y a sus padres.

El lunes empezaba las clases de inglés, me levanté a las 6 de la mañana para estar preparada y marcharme. La clase empezaba a las 8, estaba un poco nerviosa. Estando desayunando Émile entró en la cocina.

-¿Has dormido bien?-le pregunté.

-Regular, esta noche se ha encontrado mal Hugo.

-¿Qué tenía?.

-Decía que le dolía el vientre, ha estado toda la noche yendo al baño.

-¿Tenía fiebre?-le pregunté.

-No conoces a Hugo, de un poco hace una montaña, no le hago caso.

-¿Está bien para que vaya a trabajar?.

-Claro que sí-dijo tranquilo.

En esos instantes Hugo entraba en la cocina.

-Buenos días Claire-dijo.

-¡Hola Hugo! ¿Estás bien?-pregunté.

-Tengo colitis, me duele el vientre.

-Es mejor que no desayunes nada-le dije.

Miré la esfera de mi reloj, tenía que marcharme, no quería llegar tarde a mi primera clase de inglés.

La clase estaba media de alumnos y alumnas, me senté en un pupitre que estaba vacío. La profesora cogió una nota que tenía en el escritorio y dijo.

-¿Lady Franklin?.

-Si señora, respondí en francés.

-¿No habla usted nada de inglés?-me preguntó en un francés perfecto.

-No.

-tiene que aprender pronto, aquí en clase sólo se habla inglés, no permito otro idioma.

La profesora vino hasta el pupitre, extendió una hoja de papel con unos dibujos, y me habló en inglés para qué servía.

A las once de la mañana se hizo un alto para descansar, de la máquina saqué un té. Pasado 30 minutos, el timbre sonó para recordar que era la hora de entrar en clase.

Susi era el nombre de la profesora, se dirigió a mi

Con la cabeza muy levantada y me preguntó en inglés, que de dónde era.

-No la entiendo- le dije en francés.

-¡No crea que aquí le voy hablar en su idioma!- dijo enfadada.

Yo asentí con la cabeza, no quería responderle en francés. A Susi le cogí pánico, si no sabía algo se enfadaba mucho conmigo, muchas veces pensaba no volver a clase.

Hacía un mes que vivía en Johannesburgo, ese tiempo pasó rápido sin que me diera cuenta. Un día fui a la peluquería, necesitaba arreglar mis cabellos. Era sábado, las cinco de la tarde hora de tomar el té. La peluquera que me estaba cortando el pelo, me preguntó si quería una taza de té, le dije que sí.

Había una señora que esperaba su turno, al oírme hablar me preguntó en un francés perfecto.

-¿Es usted francesa?.

-Sí – le dije.

-¿De donde?.

-De París.

-Yo también soy de allí-dijo ella- Me llamo Magdalena Reig.

-Yo Claire Franklin-dije.

-¿Es usted de origen judío?-preguntó.

-Franklin es por parte de mi marido-dije.

-Yo soy de origen judío-dijo ella- ¿Ha entrado en una sinagoga?.

-No.

-El sábado que viene vamos mi esposo y yo ¿Quiere que pasemos a recogerla?. Su marido también puede venir.

-Él no creo que acepte, no le gustan las religiones ni las nacionalidades.

-En ese caso viene usted ¿Qué le parece?.

-De acuerdo-dije.

-¿Me dice su dirección?.

-Avenida Glasonara – numero 18.

-El lunes o el martes pasaremos por su casa para que nos conozcamos mejor-dijo ella- Tengo qué

Contarle muchas cosas mías.

-¡De acuerdo!- dije.

Nunca pude imaginar que en la peluquería iba a conocer mi mejor amiga.

El domingo hice yo la comida y la cena.

El lunes dieron a Hugo los resultados de la analítica. Tenía infección en la sangre pero los médicos no sabían de dónde procedía, le dieron una alimentación sólida, arroz, pasta y sobre todo mucha carne.

Émile recibió una carta del Doctor para que fuera hacerse otra analítica. Sabía que él y Hugo eran gay y vivían juntos. A partir de la enfermedad que padecía Hugo, Émile empezó a comportarse muy mal con él. Me daba pena de Hugo, estaba realmente enfermo, se había quedado muy delgado, de esa manera iba a trabajar. Muchas veces le costaba mantenerse en pie. A la hora de la comida y de la cena, siempre estaba yo animándolo para que comiera.

CAPITULO -9 –

El lunes a la tarde tomábamos el té en el cobertizo. Un coche se paró en la acera de la casa. Era Magdalena y su esposo, me alegré volver a verla, ella siempre sonriente y simpática. A Émile no le había hablado de ella, se los presenté.

-Son los señores Reig. A ella la conocí el sábado en la peluquería.

Émile puso rápido dos asientos para que se sentaran.

-Gracias por vuestra visita-dije.

Yosi era un primor y siempre estaba en todo, llevó a la mesa dos tazas y algo más de galletas.

-Patrick mi marido – dijo Magdalena – Es inglés pero entiende el francés.

Después que todos estábamos presentado, Magdalena dirigiéndose a Émile le dijo.

-¿Sabía que su apellido es judío?.

-Hace tiempo que lo sabía-dijo él.

-Me gustaría asistir el sábado a la sinagoga-dije a Magdalena. ¿Es cómo la misa de los cristianos?.

-No se parece en nada, es mejor que vayas para que lo descubras.

Émile me advirtió diciéndome.

-Los sábados por la mañana tienes clase de inglés.

-Es cierto, pero un sábado que falte no tiene importancia-dije.

Magdalena se quedó algo parada y dijo.

-¿Estás de acuerdo que Claire venga a la sinagoga?.

-Ella sabe que puede hacer lo que quiera, lo decía para recordárselo.

Magdalena había cogido una galleta de coco, le iba dando pequeños mordiscos mientras miraba a Émile y Hugo detenidamente, tenía en la niña de sus ojos un brillo especial, una luz que le venía del fondo de sus pupilas.

-Magdalena, había algo que me querías decir-dije.

-Quiero hablar del tema-dijo- ¿Conocéis la

historia de los nazis.

-Por supuesto-dije.

-Cuando los alemanes entraron en Francia, fue una batalla campal que no tenía fin, era el año 1940, yo tenía dieciséis años. Al ser familia judía, nos encarcelaron, nos metieron a miles en trenes de mercancía, nos llevaron a los campos de concentración, nos separaron de nuestras familias. Las que éramos jovencitas, nos operaron para que no pudiéramos tener descendencia. No podéis imaginaros el daño que hicieron al mundo.

Yo estaba desolada de oír tanto dolor y dije.

-¡Cómo es posible que un ser humano pueda causar tanto espanto y dolor siendo también humano! ¡Qué desnivel de mundo más incorrecto!.

Magdalena tenía un mérito grandioso.

-¿No tenéis hijos?- pregunté.

-Tenemos dos adoptados, chico y chica, de veinte y dieciocho años.

Había oscurecido, Émile encendió la luz del

cobertizo eran las seis de la tarde, a esa hora ya es noche en África.

-Claire, nos marchamos, pronto es hora de cenar – dijo – Magdalena – El sábado a las 9 de la mañana pasamos a recogerte – Hay un niño que por primera vez lee la tora, los padres hacen una fiesta en el jardín de la sinagoga.

-¿Las niñas leen también la tora?- pregunté.

- A las niñas no les hacen falta. La niña nace bendecida por dios para cuando sea mayor se case, cuide de su marido y eduque a sus hijos.

Magdalena y Patrick se despidieron y se fueron en su coche.

La semana transcurrió igual que la anterior. Por las noches hacía los deberes que me ponía Susi de inglés. Ella quería que en un mes supiera hablar el idioma. Yo me forzaba y cuanto más lo hacía, más nerviosa me ponía a la hora de dar la lección no me salía nada bien. Susi me decía que no hablara francés en casa, tenía razón pero era el idioma por el que entendía.

El sábado que yo tanto esperaba llegó. Bajé a desayunar a la hora de siempre, 7 de la mañana. Émile hacía media hora que se había levantado, Hugo seguía en la cama.

-¿Te encuentras bien?-pregunté a Émile.

-A medias-respondió con la voz apagada – Esta noche Hugo ha estado vomitando.

-¿Qué le pasaba esta vez?.

-No lo sé, deben ser los medicamentos que le ha recetado el médico. Decía que le dolía el estomago.

Cambié de tema y dije.

-Hoy no comeré en casa, hay fiesta y comida en la sinagoga.

-Estoy al corriente, el otro día Magdalena lo mencionó.

El auto de Patrick se paró delante la verja y sonó el claxon.

-Hasta luego Émile-dije, cogí mi bolso y lo colgué en mi hombro izquierdo.

-¿A qué hora vendrás?-me preguntó.

-No lo sé exactamente, pero seguro que a la hora del té.

Dentro del coche Magdalena me iba poniendo al corriente de la fiesta que se celebraba.

En la puerta de la sinagoga habían hombres que hablaban en hebreo. Patrick tenía que reunirse con ellos. En otro lado había un corro de mujeres que hablaban muy animadas, Magdalena y yo nos reunimos con ellas. Se saludaron, todas se conocían menos yo que me presentó mi amiga. La mayoría hablaban español antiguo, le quedaban de sus antepasados cuando vivían en España.

Magdalena me presentó al rabino, era joven y simpático, estaba casado, tenía niño y niña, también me presentaron a su mejer, ellos hablaban Español habían nacido en Melilla. Él era el rabino José, me quedó un buen recuerdo de ese día.

Para entrar en la sinagoga, los hombres lo

Hacían por la puerta principal, las mujeres por otra puerta que daba a unas escaleras a un piso de arriba. Había una baranda de madera, por ese lugar veíamos lo que sucedía abajo, los hombres orando. Un niño que tenía aproximadamente doce años, leía la tora por la primera vez. Yo comprendí que es como hacer en la religión católica la primera comunión. Después en el jardín de la sinagoga hicieron un gran banquete, allí no faltaba de nada, música y baile del que ellos bailan hacía la alegría de la fiesta.

Al terminar, me despedí de todos. Patrick y Magdalena me dejaron delante de la puerta. Al despedirme dije a mi amiga.

-Un día que estemos solas te hablaré de mi y de Émile, quiero ser honesta contigo.

-Querida, no te preocupes, no tienes por qué darme ninguna explicación. El otro día me di cuenta que algo hay entre Émile y Hugo. No es normal que tu marido no te acompañara hoy a la sinagoga. Ya nos veremos otro día y si quieres me hablas de eso.

Al entrar por la puerta de la verja, Émile no levantó la cabeza para mirarme. Él y Hugo estaban sentados en el cobertizo tomando el té.

-¿Cómo has pasado el día?-me preguntó Hugo.

-Muy bien-respondí al tiempo que cogía asiento y me servía una taza de té.

-¿Qué se celebraba?-preguntó.

-Una fiesta judía, un niño leía la tora por la primera vez.

-¿Sólo había un niño? ¿No habían niñas?.

-Ellos dicen que la ley de dios es hermosa para las mujeres. Ellas nacen con un Don divino, el poder dar descendencia, cuidar del marido y de los hijos, dicen que ese es el Don más hermoso que la vida puede dar.

Émile seguía callado escuchando la conversación que Hugo y yo manteníamos. Él me preguntó.

-¿Qué has comido?.

-Mucha comida de la buena –dije –Habían ensaladas variadas, pierna de cordero al horno,

Tenera hecha al humo, besugo al horno, pasteles caseros que las mujeres hacen.

-¿Cómo es la pierna de ternera al humo?- preguntó Hugo.

-Hacen una gran hoguera, la carne la ponen al lado es, el humo que la va haciendo.

-¿Todo eso has comido?-preguntó espantado.

-Lo he probado todo. Más tarde tomaré otra taza de té y con eso estoy cenada.

Yo miraba a Émile, tenía cara de enfado, cuando se cruzaba de brazos y bajaba la cabeza, eso quería decir que estaba de mal humor.

-Émile, ¿Te ocurre algo?-le pregunté.

-No es nada-dijo Hugo – Ya se le pasará, tu y yo lo conocemos.

En ese instante Émile se levantó y propinó una patada a un asiento de bambú que tenía a su lado.

-¿Qué pasa?-dijo Hugo gritando.

Se fue hacía él con intención de pegarle.

-¿No te das cuenta que está enfermo?-dije -
¡Déjalo en paz!.

Lo tenía cogido por los hombros y lo soltó de un golpe. Hugo estaba blanco del miedo que pasó y se echó a llorar como una mujer.

-¡Esta noche no duermo contigo, me voy al dormitorio de arriba!-dijo Hugo.

-¡Muy bien maricón!-respondió Émile.

-¿Crees que tú no eres otro maricón?-dijo Hugo.

Émile fue hacia él y lo cogió por los hombros. Yo intervine diciendo.

-¡Sí le pones una mano encima te arranco los ojos y se los hecho a un cerdo!.

Émile me miró con desprecio y dijo.

-¡Iros los dos al infierno!.

Entró en la casa, diez minutos después salió con ropa de Hugo en las manos, se la tiró encima diciéndole.

-¡Aquí tienes tus pertenencias! ¿No has dicho que esta noche te vas al dormitorio de arriba?.

Émile estaba furioso, yo nunca lo había visto de

esa manera, parecía un loco sin remedio.

Esa noche Hugo durmió en el dormitorio de arriba. Yo no pegué ojo, estuve toda la noche pendiente de él, la pasó vomitando. Bajé y llamé con los nudillos en la puerta del dormitorio de Émile para que subiera y ayudara a Hugo, no respondió a los golpes que daba.

El día siguiente fue triste y apagado, Hugo no bajó a desayunar. Émile esperó a que yo desayunara para hacerlo él. Me senté cerca, tenía que decirle algo, no iba a ser mucho porque estaba nervioso. Cogió una rebanada de pan, la untó con mantequilla, se puso encima una loncha de queso y otra de jamón york, empezó a comer, lo hacía con ansia. Desde que el médico dijo a Hugo que tenía que comer mucho para combatir su enfermedad, También Émile hacía lo mismo. Los análisis dieron que era una enfermedad transmitida por el seme o por la sangre, Émile le cogió manía, no lo podía ver, lo despreciaba hasta la muerte.

Antes que yo hablara dijo Émile.

-¿También tu está en contra de mis?.

-¿Quieres que me vaya a otra casa?-dije

-¡Por mí puedes quedarte, ahora todo me da igual!-dijo con voz apagada.

-Estoy segura, tiene que haber un medicamento para esta enfermedad-dije.

-Para esta no se conoce nada que la cure.

-Esta madrugada estuve llamando a tu puerta, Hugo se puso peor-dije.

-Estuve oyendo todo, no me importa lo que le ocurra, también yo estoy en peligro.

-¿Estás celoso?.

-¿Celoso de quién?.

-Que yo esté más por él que por ti-dije

-No voy a responder a esa pregunta pero, te diré que pareces la esposa de los dos.

-¿No vés a subir para ver como está?.

-No creo que sea lo mejor, lo está esperando para montarme un pollo, lo conozco bien.

-Creo que deberías escribirle a sus padres y ponerlos al corriente de lo que pasa-dije.

-Que lo haga él-dijo.

CAPITULO -10 –

El lunes a las 7 de la mañana estaba yo en la cocina preparando el desayuno para los tres. Yosi entraba por la puerta con su uniforme color rosa.

-¡Buenos días señora!-dijo.

-Buenos días Yosi-respondí.

Ella abrió las puertas del armario de la cocina y sacó tres servicios para desayuno, los puso en la bandeja y los fue a poner sobre la mesa. Desayuné sola, me arreglé y me fui a la academia.

Parecía que Susi solo me estuviera esperando a mí, ese día se enganchó bien conmigo. Nada más llegar me preguntó por los verbos amar.

-No los he estudiado-le dije.

-¡Señora Franklin, ha tenido dos días para estudiarlos!-dijo de mala manera.

Susi se puso de pie y fue hasta la pizarra, me llamó y me dijo.

-¡Venga aquí y escriba el verbo amar!.

-Le he dicho que no lo he estudiado.

-¡Diga mejor que no ha querido! ¡A clase se viene a estudiar!-dijo exaltada.

Me callé para no decirle una barbaridad. Susi seguía mirándome con descaro, le tomó conmigo desde el mismo día que empecé la clase. Le tenía pánico, me daba miedo ir.

-¿Porqué no vino el sábado a clase?.

Los alumnos estaban pendientes que pronto pasara algo. Yo estaba encendida cómo un pavo. Ella seguía haciéndome preguntas de la misma manera, algo debió pasarle el fin de semana y la emprendió conmigo.

-¡Venga a la pizarra y escriba el verbo amar!- volvió a repetirme.

Yo había recogido mis cuadernos y mis libros.

-¡No!-dije – Me voy a mi casa y no vuelvo más.

-Por favor no haga eso-dijo con voz sumisa – Me llamará el director y me regañará.

-Me tiene sin cuidado-respondí.

-Señora Franklin, vuelva por favor, no volverá

a suceder más, ahora ya sé cómo es usted.

No quise oír más suplicas y salí de clase.

Al llegar a casa conté a Émile lo sucedido con Susi, quería ir para hablar con el director y contarle lo sucedido. No lo dejé, era mejor olvidarse del incidente. Cómo ya no iba a la academia, me encargué yo de hacer la comida, todo el día en casa me aburría. Seguía estudiando inglés en mis libros, también hablaba con Yosi. Ella me enseñó mucha cultura de África, me contaba historias de sus antepasados.

Un día le di a Yosi un dólar para que fuera a la carnicería y trajera un kilo de biftec, era eso lo que costaba un kilo de carne. A los diez minutos volvió con el dólar diciendo que el carnicero no había querido venderle la carne y, le preguntó, qué hacía ella con un dólar. Fui yo a por la carne y hablé con el carnicero, él me pidió disculpas y dijo que, los nativos compran por 10, o 20 centavos y que un dólar era mucho dinero para ellos.

Desconozco si algunos blancos tuvieron problemas con los nativo, yo nunca tuve.

Un día estaba yo con Yosi haciendo la comida, me fijé en la palma de sus manos, las tenía como los blancos, le pregunté por qué era negra y la palma de sus manos blancas. Me contó una historia que yo creo es verdad. Dijo que la primera raza que hubo en la tierra era blanca su inteligencia era grande. Dios los dotó de todos los dones pero ellos abusaron de lo que dios les dio y, los castigó a que fueran a cuatro patas, el sol iba quemándoles el cuerpo hasta dejarlos negros pero, las palmas de las manos y de los pies, se quedaron blancas porque no les daba el sol, sólo tocaban el suelo, el pelo se les quemó.

El sábado después de comer Yosi se arregló para irse. Al despedirse me dijo.

-Señora tengo un hijo de tres años.

-¿Estás casada?-le pregunté.

-No señora, el padre de mi hijo cuando supo que estaba embarazada me dejó. Aquí en África lo hacen muchos hombres, no quieren responsabilidades. Necesito pedirle un favor que para mí es muy importante.

-¿De qué se trata?-pregunté.

-Usted es persona de buen corazón, si no le gusta lo que le voy a decir, no pasa nada.

-¿Dime, que es?.

-Le pido si puede ser posible que traiga a mi hijo para que viva aquí conmigo.

-Claro que sí-dije- Los hijos deben estar con la madre.

-¡Gracias señora, sabía que lo aceptaría!-dijo Yosi muy contenta- El lunes lo traigo.

-¿Cómo se llama?-pregunté.

-Moisés.

-Es un nombre muy bonito-dije.

Yosi se fue contenta.

El sábado trascurrió igual que otro día. Por la noche estando cenando, comenté a Émile y a Hugo.

-El lunes, Yosi va a traer a su hijo para que se quede aquí con ella.

-Está bien, nos da igual-dijo Hugo.

Después de la cena entraron en el dormitorio y se encerraron dentro. Mientras que yo recogía la mesa, los oía discutir. A los diez minutos Émile salía vestido para salir. Hugo corría tras él preguntándole con lagrimas.

-¿Dime con quién vas?.

-¡Antes te he dicho que son un grupo de chicos y no los conoces!-dijo Émile con poca paciencia.

-¿A qué local vais? ¡Por qué me haces esto!-decía Hugo llorando.

Émile saltó los tres escalones del cobertizo y se dirigió a la salida de la casa. Hugo lo seguía llorando, lo alcanzó y lo cogió del brazo. Émile dio un estirón y se separó de él diciéndole.

-¡Suéltame, maricón!.

-¿Piensas que no tienes la misma enfermedad que yo?-dijo Hugo-¡Estás infectado hasta las orejas!.

Émile se dio la vuelta y le pegó un puñetazo. Hugo cayó al suelo, seguía repitiendo lo mismo, por más que Émile le pegaba, Hugo no se callaba.

Llegué corriendo, me acerqué para impedir que Émile pegara más a Hugo. Émile me miró con cara

de pocos amigos y dijo.

-¡No te metas en lo que no te importa, esto es cosa de nosotros dos!.

-¡Sí me importa!- dije- ¡No tienes derecho de tratarlo de esta manera!.

-¡Claire, te lo digo por última vez! ¡Mantente al margen de este asunto!.

-¡Qué vas hacer! ¿También me vas a pegar a mí? ¡Sabía que eras cobarde pero no hasta este punto!.

Émile se quedó quieto mirándome, parecía una estatua, me desafiaba con la mirada, la mía no la bajé, los dos nos mirábamos de frente. Fue hasta su coche, lo puso en marcha y se fue.

Ayudé a Hugo a que se pusiera de pie, la nariz le sangraba, fuimos hasta el cobertizo y lo estuve curando y lavando la cara. Él se comportaba como un niño en manos de su madre. Cuando se repuso dijo llorando.

-Claire, ha ido a ponerme los cuernos.

-Hugo, ahora puedes entender cómo yo me sentí el primer día que llegué aquí y todos los demás días siguientes- dije para que lo entendiera y se calmara.

-Tienes razón pero, Émile es el hombre que más quiero. Necesito querer y que me quieran. Te lo voy a decir más claro. ¿Claire me quieres amar tu?.

En ese momento yo no estaba para bromas y creí que se trataba de una, dije.

-Hugo, eres gay. ¿Te das cuenta de lo que dices?.

-Aunque sea así, se cómo hacerte feliz-dijo él.

-No quiero seguir hablando de este tema y vamos hablar de otro que es más interesante para ti.

-¿De qué se trata?-preguntó.

-Tienes que escribir o telefonar a tus padres diciéndoles la enfermedad que tienes.

-Mi madre iba a sufrir, no quiero alarmarla.

-De todas maneras un día u otro se van a enterar, es mejor que lo sepan ahora.

De pronto Hugo se puso de pie y dijo.

-Voy a llamar un taxi, quiero pillar a Émile y, a Paul en plena acción.

-Son las doce de la madrugada-dije mostrándole la hora en mi reloj.

-Quiero ir a casa de Paul, es un amigo que tenemos en común.

-Émile se va a enfadar y te va a pegar otra vez.

-Da igual que me pegue, me estoy acostumbrando a los golpes.

No pude hacerlo venir en razón y llamó un taxi, no quise dejarlo sólo y fui con él.

Dentro del taxi, Hugo dio la dirección de dónde íbamos. Avenida Hooke numero 6 . En esta avenida cómo en todas la de Johannesburgo son largas, en los laterales hay palmeras y casas al estilo inglés con mucho jardín qué parecen paraísos.

El taxista nos dejó en la puerta y se fue. Hugo iba mirando por los barrotes de la verja. Dentro de la casa había luz y en el jardín. En la piscina había varios hombres que se estaban bañando, reían y jugaban. Hugo estaba loco de celos y llamó al timbre de la puerta repetidas veces. Abrió un hombre bien parecido. Se extrañó al vernos y dijo.

-¿Hugo, que haces aquí?.

-¡Vengo en busca de Émile!

-Él no está aquí-dijo en un francés perfecto.

Yo me presenté, Hugo no lo hacía.

-Soy Claire Franklin.

Paul se quedó parado y preguntó por si no lo había entendido bien.

-¿Es usted la esposa de Émile?.

-Exacto-dije.

-¿Qué hace aquí?-preguntó extrañado- ¿Quieren entrar y tomar una copa?.

-No gracias-dije.

-¡Yo quiero que Émile salga!- dijo Hugo.

-No está aquí, hay tres amigos y yo. Ya hace que no he visto a Émile-dijo Paul.

-¡Tiene que estar dentro!- insistió Hugo.

Lo cogí del brazo y estiré de él.

-Hugo, vámonos a casa- dije.

-Claire, ¿Me permite invitarla a una taza de té?.

-Gracias Paul. Lo que si quisiera es que llamara

a un taxi, tengo gana de irme a la cama.

A los cinco minutos Paul volvió y dijo.

-El taxi ya está en marcha.

Me despedí de Paul y le pedí disculpas.

Al entrar por la verja, Émile nos esperaba en el cobertizo. Esta vez sentí miedo de su reacción y se lo dije a Hugo.

-No sé cómo va a reaccionar Émile, me da miedo.

-Contigo no se mete, te respeta-dijo él.

Vino hasta la mitad del caminillos para encontrarnos. Se paró delante de mí y me miró muy fijamente, traté cogerle la mano para suavizarlo pero él lo rechazó. Creo que no veía estaba cómo ciego. Se plantó delante de Hugo, él le plantó cara y le dijo.

-¡No voy a dejar que me pegues más, yo también se pegar!.

Volví a coger la mano de Émile y dije.

-¡Por favor, déjalo está enfermo!.

Émile se enfadó mucho con Hugo y dijo.

-¡Vete de esta casa, no quiero volver a verte!

Émile le quitó las llaves de la casa y lo llevó fuera de la verja. Hugo lloraba sentado en la acera, cubriéndose la cara con las manos.

Émile se encaró conmigo.

-¿Por qué has ido a molestar a Paul? ¡Hace diez minutos me ha llamado!

-He ido acompañar a Hugo, no quería dejarlo sólo, está más enfermo de lo que tú te imaginas. Déjalo que entre en casa, tu comportamiento no es bueno- dije.

Puso el manojó de llaves en la palma de mi mano y dijo.

-¡Parecéis madre e hijo, sois iguales!

Fui en busca de Hugo, lo cogí del brazo y le dije.

-Vamos dentro de casa, son las cuatro de la madrugada.

Émile nos estaba esperando en la entrada de la casa con el pijama y las pertenencias de Hugo. Dijo.

-Qué suba al dormitorio de arriba, no quiero que duerma en el de abajo.

Hugo se negó a entrar en la casa y se quedó en el cobertizo. Yo me fui a la cama, al rato me despertó el gajo de los vecinos ingleses, eran las cinco de la mañana. A las 7 bajé a desayunar. Hugo seguía en el mismo lugar que lo dejé.

-¿No has dormido?- le pregunté.

-No tengo sueño, me duelen los ojos de tanto llorar – dijo con mi mano cogida.

-Hoy sin falta vas a escribir a tus padres para ponerlos al corriente de lo que te ocurre.

-Mi madre se va a morir de pana si sabe mi enfermedad.

-Ya que tú no quieres hacerlo, lo voy hacer yo- dije –déjame su dirección para que les escriba.

Yosi vino con el desayuno y lo puso encima de la mesa del cobertizo. A esa hora su hijo dormía, lo iba a despertar a las 9, le daba el desayuno en su vivienda y lo traía vestido, lo tenía con ella todo el día. Muchas veces lloraba para que lo cogiera en brazos, ella lo ataba a su espalda con un pañuelo grande y de esa manera trabajaba.

Después del desayuno escribí la carta a los padres de Hugo, los ponía al corriente de su situación y que era bueno para él que se lo llevaran a París, allí estaría mejor medicinado y asistido. Entregué la carta a Salomón para que la llevara a correos y la certificara.

Esa noche me fui pronto a la cama, el cansancio no me dejaba estar de pie. Me despertaron unos golpes en la puerta del dormitorio.

-¿Quién es?- pregunté.

-Claire, son las doce del medio día- era la voz de Émile.

Me levanté y abrí la puerta, vi que estaba arreglado para salir. Me miró unos instantes de la cabeza a los pies, luego dijo.

-Voy a casa de unos amigos a comer una barbacoa.

-¿Has entrado en el dormitorio de Hugo para saber cómo está?.

-Sí, pero no quiere hablar conmigo, no viene a razones.

-Ahora te necesita más que nunca.

-Mi querida Claire, la vida nos enseña a cómo debemos comportarnos con las personas- dijo.

-¿Qué quieres decir con eso?-pregunté.

-Nada, ya nada importa-dijo.

-Los dos formáis una pareja, no te entiendo.

-Lo éramos hasta que tú llegaste y lo pusiste todo a tu manera.

-Quiero que me respondas a una pregunta ¿Por qué te casaste con migo sabiendo que eras gay?.

-¿Notaste algo en los siete años de casados?.

-Respóndeme a lo que te ha preguntado-dije.

Me cogió de la barbilla cómo una caricia, eso lo hacía siempre qué quería conquistarme, ladeé la cara para que me soltara, luego respondió.

-Me casé contigo porque te amaba y aún te sigo amando.

Yo negué y dije-

-¿Cómo es posible que seas tan cínico? ¡La vergüenza no la conoces!.

Él puso su mano en mi boca y dijo.

-Querida, habla más bajo, Hugo nos puede oír, ya sabes lo celoso que es. Eres la persona que más he querido en mi vida.

-¡Vete a la mierda!- le respondí.

Era la primera vez que le hablaba de esa manera. Estaba jugando conmigo a dos juegos, me hacía dos caras. Cerré la puerta del dormitorio para cambiarme y salir a la ducha. Me lo encontré de bruces en el pasillo apoyado en la pared. Me cogió del brazo y dijo.

-Estoy seguro que me quieres, me lo estás demostrando en cada momento.

-¡No te quiero!- dije con sequedad.

-¡Estás mintiendo! ¿Por qué has venido a Johannesburgo sino?.

-Para estar con mi marido, pero ya no lo eres.

Hugo estaba a la expectativa de todo lo que hablábamos Émile y yo. Había llegado hasta las escaleras, miró hacia arriba y preguntó.

-¿Claire ocurre algo?.

-Nada, no te preocupes Hugo.

Entré en el cuarto de baño, al cerrar la puerta Émile me dijo.

-Esta conversación queda pendiente, no creas que te has librado de mí.

Bajé vestida, Hugo me estaba esperando sentado en el cobertizo. Sonrió al verme y dijo.

-Te invito a comer fuera. He llamado a un taxi, en diez minutos está aquí.

-¡Eres un cielo!-dije – Voy a por mi bolso arriba.

Hugo estaba bien vestido, traje completo y corbata. A los pocos minutos se oyó el claxon del taxi que esperaba.

-¿Dónde los llevo?- preguntó el taxista.

- A uno de los restaurantes mejores- dijo Hugo.

-Si lo dejan a mi elección los voy a dejar en el restaurante London, es frecuentado por personas de alto nivel.

-Está bien- respondió Hugo.

Era un edificio estilo inglés con mucho porte y elegancia.

-¿Tienen mesa reservada?- preguntó el metre.

-No, dijo Hugo.

-Sígueme por favor.

Se oía de fondo la música de Mozart, sonaba maravillosamente bien. Pronto vino un camarero, nos dio dos cartas y dijo.

-Hoy recomendamos Coq al champagne.

-¿Qué te parece? ¿Pedimos Coq?-dijo Hugo.

-Podemos probarlo-contesté.

-De primero les recomiendo langosta con salsa pimpirenta- dijo el camarero.

-Comeremos eso, lo dejamos a su elección-dijo Hugo.

-¿De beber qué van a tomar?-preguntó el camarero.

-Champagne-dijo Hugo.

El camarero se retiró con las cartas del menú.

-¿Por qué discutías esta mañana con Émile?-
preguntó Hugo.

-Prefiero no pensar en ello, me sacado de quicio.

-¿Te ha ofendido?.

-No lo ha hecho nunca. Está pasando por mal momento con esto de tu enfermedad.

-También él está enfermo de lo mismo pero no lo tiene en tan alto nivel cómo yo.

El camarero se acercó a la mesa, dejó a un lado la heladera con la botella de champagne dentro. La abrió y nos sirvió dos copas. Brindamos para que todo fuera bien.

La langosta estaba muy sabrosa con la salsa pimpirenta, este plato llenó bastante. El gallo al champagne estaba muy bueno. Sitió para postre no quedaba, habíamos comido bien. Nos quedamos en la mesa un rato hablando y terminando el champagne.

-¿Dónde ha ido a comer Émile?-preguntó Hugo.

-A casa de unos amigos, hacían una barbacoa.

-Estará en casa de Paul, allí nos reuníamos antes.

Llegamos a casa a las cuatro de la tarde, después de comer fuimos paseando por una larga avenida para que bajara la comida, luego un taxi nos dejó en la puerta de la casa.

La hora del té nadie se la saltaba, Aún sin gana tomamos una taza, es bueno para la digestión.

Hugo había muchas cosas que se les olvidaban. Se puso a escribir a sus padres hablándoles de su enfermedad. Me mostró la carta que había escrito, no recordaba que hacía unos días yo les había enviado una. No se lo quise recordar para que no se encontrara peor y pensara que lo suyo no tenía remedio. Me la estuvo leyendo, después la cerró y me la dio para que la llevara a correos. La carta la guardé en el cajón de mi mesita de noche.

-Mañana cuando pase el cartero le entregaré la carta – dije a Hugo.

CAPITULO – 11 –

Hugo se removió en el sillón mostrando un agudo cansancio. No cesaba mirar la puerta de la verja esperando la llegada de Émile, lo suyo era obsesión.

-Hugo, es mejor que vayas a descansar-dije.

-¿Sabes en qué pensaba?-dijo.

-Dímelo-conteste.

-Tú y yo podíamos vivir muy bien solos .

-Estamos viviendo los dos solos- repetí.

-Ya sabes a lo que me refiero, tu y yo sin Émile.

Solté una carcajada y dije.

-¿Otra vez te estás declarando a mí?.

-No es una declaración de amor, ya no sirvo para nada, sería cómo compañeros, sabes cuidar de mí.

Pobre Hugo, cada vez iba perdiendo más, quise llevarle el juego para que olvidara a Émile, le pregunté.

-¿Dónde quieres que nos vayamos a vivir?.

-Lejos de aquí, a París.

-¿Quieres estar cerca de tus padres?.

-Contigo me atrevería ir dónde sea. Tú y mi madre sois las dos mujeres más importantes de mi vida.

Había por momentos que Hugo razonaba bien pero no siempre. A veces se enfadaba conmigo y me decía que lo trataba como si fuera un niño.

El coche de Émile se paró delante de la puerta. Hugo al verlo se echó a temblar. Yo sabía que iba a empezar otra guerra entre los dos.

Hugo se levantó de su asiento y llegó hasta la verja, abrió la puerta y cruzó la carretera, se puso delante del coche de Émile, dijo llorando y gritando.

-¡Mátame! ¡Acaba de una vez conmigo!.

Émile enfureció de ira, yo sabía que la iba a emprender a golpes con Hugo y fui lo más rápidamente que pude al encuentro de ellos. Le había dado un empujón y estaba Hugo en el suelo

llorando desconsoladamente. Lo ayudé a que se levantara. Émile había entrado en la casa y se encerró en su habitación. A los diez minutos salió en pijama y en zapatillas.

Hugo entró en el aseo de abajo, de fuera se oía vomitar. Hablé con Émile y le dije.

-Entra y ayúdalo, no lo dejes sólo.

Dentro del aseo estuvieron un rato. Émile salió tapándose la nariz y dijo.

-¡Dios mío! ¡Esta vez huele a podrido!.

-¿Qué ha sucedido?- pregunté.

-No entres-dijo Émile – Lo limpiaré yo, hay que desinfectarlo todo.

A la una de la madrugada subí a mi dormitorio, no me tenía de pie, antes entré a ver cómo se encontraba Hugo. Estaba acostado, Émile le había puesto el pijama y lo había arropado, aún con eso temblaba cómo si tuviera frío. Me senté unos minutos en el borde de la cama, mi intención no era hablarle sino estar con él para hacerle compañía.

Esa mañana no me despertó a las cinco de la mañana el canto del gallo de los vecinos ingleses.

Unos golpes en la puerta del dormitorio me despertaron. Miré el reloj despertador y vi que eran las once, abrí la puerta, delante estaba Yosi con su uniforme rosa bien planchado, dijo.

-Perdone señora que la haya despertado, he pensado que era lo mejor para saber si se encuentra bien.

-Gracias Yosi, has hecho bien-dije -¿Ha venido el cartero?.

-No debe tardar, llega sobre las doce.

Bajé a la cocina, sólo tomé un té, pronto era la hora de comer. Salí al cobertizo, estaba Hugo sentado en un sillón, sonrió al verme y dijo.

-A noche Émile se portó bien conmigo, me estuvo lavando cómo se lavan a los niños. ¿Crees que todavía me quiere?.

-Quítalo de tu mente, es lo mejor que puedes hacer para no hacerte más daño. Émile no te ama.

-¿Es cierto lo que dices?.

-Hugo no quiero ser cruel contigo, sólo pretendo que abras los ojos y veas la realidad. ¿Crees que él me quiere a mí que soy su esposa?.

Hugo quedó pensativo, luego dijo.

-Estoy seguro que te ama, no lo demuestra porque estoy yo delante y sabe que soy celoso.

Émile es egoísta y vanidoso, no te quiere a ti ni a mí, sólo está con alguien por su conveniencia-dije.

Ese día por la tarde tuve que ir al sepermercado, no quedaba carne en casa. De regreso me encontré con mujeres nativas, siempre querían llevarme la bolsa de la compra para que les diera un dinerillo. Venía una perrita con todas juntas, yo creía que era de ellas, al llegar a la puerta de la verja, se quedó a mi lado para entrar conmigo. Yo pregunté a las nativas si la perrita era de ellas, me dijeron que no.

Era de pelo negro, no tenía collar. Llamé a Salomón para que viniera y se hiciera cargo del animal. Lo pensé mejor y dije que entrara la perrita al jardín. Yosi rápidamente vino con su hijo Moisés de la mano. Yosi reía al verme con la perrita y preguntó.

-¿De quien es el animal?.

-No lo sé, me está siguiendo, quiere quedarse aquí.

CAPITULO -12 –

Cogí la cabeza de la perrita entre mis manos, miré su carita, era guapa, de mirada tierna. Las orejas las tenía por dentro llanas de pupas y un montón de moscas que comían de la pus. El animal me miraba pidiéndome quedarse.

Moisés con su vocecita de niño, preguntó.

-¿Cómo se llama la perrita?.

-No tiene nombre pero ahora le voy a poner uno- dije – Se va a llamar Diana.

La bolsa con la carne se la di a Yosi para que la llevara a la cocina. Me quedé con Diana para limpiarle todo lo malo que tenía. Hice una operación que funcionó muy bien. Fui a por él espráis de mata moscas y mosquitos, puse en las orejas de Diana, no se dejaba , corría pero yo iba tras de ella. Durante una semana le estuve poniendo una vez al día, las orejas se curaron y nunca más fueron moscas.

Cuando yo traía carne del supermercado eran bastante biftec de ternera, una pierna grande de cordero cortada, un rosbif para hacerlo al horno y dos pollos cortados. Yosi se quedaba delante de la mesa de la cocina mirando cómo yo iba separando la carne y colocándola en bolsas de congelar. Le daba dos biftec, dos de cordero y pollo. Se ponía muy contenta, los nativos apenas comían carne porque el dinero no les llegaba para biftec o pollo. Ellos compraban por 20 céntimos, les daban huesos, los cocían en agua y les ponían harina de maíz, Milk, ese era el plato fuerte de ellos. Yosi hacía su comida en la vivienda que tenía. Los nativos no comían la comida de los blancos. En la carnicería cómo en todas las tiendas, ellos no podían entrar por la entrada de los blancos, había otra entrada estrecha para ellos. En África conocí a muchos nativos ricos, les sobraban de todo, ellos no hacían nada para mejorar la situación de los que no tenían nada. Los ricos eran racistas con los pobres siendo de la misma raza. Preferían trabajar con los blancos porque los trataban mejor. Yosi una vez me dijo que nunca trabajaría para una familia negra. Los trataban como esclavos y les hacían trabajar mucho.

Era ya de noche cuando Émile volvió a casa, al ver a Diana se puso contento y dijo.

-¿Qué sorpresa es esta?.

-Me ha seguido esta tarde –dije –Buscaba una familia. La he lavado con la manga del jardín, le he limpiado las orejas, las tenía llenas de moscas. Le he puesto de nombre Diana.

-Me gusta –dijo acariciándola.

-Hugo lleva casi todo el día encerrado en el dormitorio de abajo- dije advirtiéndolo- He llamado a la puerta varias veces pero no abre.

-Ya está creando más problemas- dijo muy enfadado- ¿Qué hace metido ahí?.

-¡No me pidas explicaciones! ¡Es asunto de vosotros dos!.

Émile fue hasta el dormitorio y llamó con el puño cerrado varias veces. Hugo no respondía. Émile enfureció y me dijo.

-Aléjate, voy abrir la puerta de una patada.

De dos patadas la puerta se abrió. Hugo estaba

encima de la cama desnudo en forma de foto. Émile se había quedado de pie mirándolo. Yo fui por el otro lado y toqué su hombro, estaba temblando. Levanté la vista y miré a Émile, seguía en la misma posición, parecía que le daba igual, le dije.

-Ocúpate de él, te necesita.

Al rato volvió Émile al cobertizo, su semblante era preocupante, estaba blanco cómo el papel. A todo esto Yosi se había retirado a su vivienda, desde que tenía a su hijo se iba antes, tenía que darle de cenar y acostarlo. Llevé a la mesa rosbif que había sobrado del medio día. Émile y yo estuvimos cenando, Hugo no quiso comer nada, llevaba todo el día sin probar bocado.

-¿Has escrito a los padres de Hugo?- preguntó Émile.

-Hace días y espero respuesta.

-Claire, tengo miedo- dijo mirándome fijamente.

Me di cuenta que había ido a África para cuidar de dos enfermos de sida. Sentía compasión por Émile, siempre había sido fuerte cómo un roble, ahora la

enfermedad daría cuenta de ello.

Émile cogió mis manos entre las suyas con intención de acercarse a mí como matrimonio que éramos, no hice el gesto de rechazarlo pero le tuve que hablar claro y dije.

-Émile lo siento, nuestro amor terminó, no insistas, ya no me atraes. Lo nuestro sería un imposible.

-Quieres o no eres mi esposa, sino me quisieras no hubieras venido a buscarme.

-No has entendido lo que te he dicho. ¡No te amo!- dije separando mis manos de las suyas.

Émile bajó la mirada, era posible que se viera ridículo y desairado por mí. Pasados unos instantes dijo mirándome fijamente.

-Estás lejos de París, aquí sólo me conoces a mí ¿Has pensado que vas hacer con tu vida?.

-Para todo hay una salida- dije- He echado varias solicitudes para trabajar.

-Con el salario que te den, aquí no puedes vivir, pagar casa, los gastos y comer. Piénsalo mejor y vuelve conmigo, soy tu marido.

No respondí, eso era un no rotundo. No me preocupaba mi situación, yo sabía que cuando se hace un bien, es devuelto tres veces más.

A la mañana siguiente esta yo en el cobertizo repasando las lecciones de inglés. El coche de la señora Lansiere se paró delante de la puerta, sin pedir permiso pasó la verja y llegó hasta mí dijo.

-He venido para que me acompañe al centro de la ciudad – Todo fue así sin saludar.

-No puedo tengo trabajo – dije deseando que se fuera.

En esos instantes salía Yosi con su hijo de la mano, al verlo se quedó blanca y me preguntó.

- ¿Qué hace ella con ese niño aquí?.

-Es su hijo-respondí.

Me miró de muy mala manera y me dijo.

-¡Usted ha traído la guerra a Johannesburgo!
¡Pronto las demás negras van a pedir lo mismo!.

Era una mujer que yo no soportaba, tampoco quién la conocía y, le hablé de mala manera, dije.

-¡Fuera de esta casa, no vuelva más por aquí!.

Ella se llevó la mano a la garganta y dijo con la cara desencajada.

-¡Oh! ¡Cómo es posible que me hable de esa manera, soy una dama!.

-¡ Si fuera lo que dice se comportaría cómo tal!

Se echó a llorar, dio la media vuelta para irse y dijo.

-¡Se lo voy a decir a mi marido! ¡Nadie en la vida me ha echado a la calle!.

Yo no respondí y vi como salía de la verja y se fue en su coche.

Hugo hacía quince días que no trabajaba debido a su enfermedad, Salió fuera y preguntó.

-¿Qué quería esa víbora?.

-Lo de siempre, meter cizaña y, meterse en lo que no le importa.

-He oído cómo la has echado a la calle- dijo riendo.

-Para mí ha sido un placer hacerlo, qué descanso saber que no va a volver más.

CAPITULO -13 –

Hugo por poco qué ocurriera se ponía nervioso, era como un niño pequeño sin defensa. Su cuerpo apenas lo controlaba, su mente divagaba imaginando cosas que no existían. Por la noche cuando me encerraba en mi dormitorio pensaba en la tristeza que había a mi alrededor. Los análisis de Émile dio positivo, El médico le dijo que debido a su gran fortaleza física, la enfermedad era menos intensiva y podría curarse. Lo de Hugo no tenía remedio.

Una mañana después del desayuno, nos quedamos Hugo y yo sentados en el cobertizo, él me dijo.

-Claire, quiero darte algo que para mí tiene mucho valor. Trae la caja dónde guardo los casetes de música.

Fui a por la caja y la puse encima de la mesa, entre tanto cogió dos, uno era el Ave María de Schubert y el otro, el bolero de Maurice Ravel. Me los entregó diciendo.

-Esta música es lo más valioso que tengo, quiero que la guardes tú.

-¿Por qué me la das, se que te gusta mucho y que a menudo la oyes?.

-Quiero que sea para ti y cuando la escuches recuerdes estos momentos.

Nos quedamos callados unos instantes, luego yo pregunté.

-Hugo, ¿En qué estás pensando?.

-En cómo debe ser la muerte, muchas veces pienso en ella.

-¿Tienes miedo a morir?.

-Hace un tiempo si, ahora no. ¿Crees que me daré cuenta el día que llegue?.

-Pienso que tiene que ser cómo un sueño cuando dormimos.

Hugo me miraba sereno, hablaba con mucha normalidad de la muerte como supiera que la estaba esperando.

-¿Está preparado para recibir a la diosa muerte?.

-¿No es un hombre que viene con la guadaña?.

-Es lo que se dice, yo en un sueño vi que era una dama vestida de blanco encaje- dije.

En ese instante sonó el teléfono, fui a cogerlo, supuse quién podría ser y dije en francés.

-¡Alló!.

-¿Con quién hablo?-preguntó una voz de mujer.

-Claire Franklin.

-Soy la madre de Hugo, ¿Puedo hablar con mi hijo?.

-Sí señora ahora se pone.

Hugo lo había oído, venía llorando, le di el teléfono.

-¡Mamá!- dijo con voz temblorosa.

-¡Hijo! He recibido la carta, estoy asustada, ¿Estás enfermo?.

-Sí mamá- dijo balbuceando.

-¿Qué enfermedad tienes?.

-El médico dice que se trata de un virus.

Hugo se puso a llorar y me dio el teléfono.

-¡Señora Barreau, soy Claire!-dije puesta al teléfono.

-Claire, ¿Lo de mi hijo es grave? ¡Quiero que me diga la verdad!.

-Sí lo es- dije.

-¡Dios mío, tan lejos que estamos!-dijo ella.

-La solución está en que vengan y se lo lleven a París, allí hay mejor remedio que aquí en África.

-¿Quién cuida de él ahora?-preguntó.

-Prácticamente yo. Le aseguro que está bastante mal.

-¿No es Émile su compañero?.

-Sí señora- dije.

-Usted me ha dicho que es Claire Franklin, ¿Es hermana de Émile?.

-Señora Barreau, es muy largo de contar, lo importante ahora es la salud de su hijo.

-Mañana la llamo y le digo lo que he convenido con mi marido.

-De acuerdo, espero su llamada.

Nada más colgar el teléfono, Hugo se puso muy nervioso, andaba de forma muy rara, iba por el jardín sin saber qué dirección cogía. Yo me asuste y llamé a Émile que descansaba en su dormitorio. Llamó una ambulancia, tardó 15 minutos en llegar, los dos se fueron dentro.

A las tres horas Émile regresó solo, Hugo se quedó hospitalizado.

-¿Qué ha sucedido?- le pregunté.

-Le han inyectado un calmante y lo han ingresado. Lo suyo es grave, tengo miedo que me suceda lo mismo.

Fui a la cocina y calenté un vaso de leche, lo llevé a su dormitorio y lo dejé en la mesilla de noche. Émile se había echado encima de la cama. Estaba llorando, era la primera vez que lo veía llorar tendió los brazos para que yo lo abrazara. Me senté en el borde de la cama e hice lo que me pedía. Conmigo abrazado lloraba más, parecía un niño en brazos de su madre.

-Claire, ahora te necesito más que nunca- dijo.

Lo que menos deseaba en ese momento era que dijera eso. No tenía a nadie estaba solo y me necesitaba. No sabía qué responderle y pregunté.

-¿Por qué te viniste a Johannesburgo dejándome sola?.

-Es largo de contar pero te lo voy a decir en palabras breves. Conocía a un chico, se había enamorado de mí, me pedía que te dejara para irnos a vivir juntos. Le dije que eso no lo haría nunca, me hizo chantaje diciéndome que te iba a escribir para contarte lo nuestro. Tuvimos una pelea fuerte, nos pegamos puñetazos, me dijo que me iba a matar si me veía con otro hombre que no fuera él. Me esperaba a la salida del trabajo y me seguía, así llevaba tres meses, ya no podía aguantar más y decidí venirme aquí. Yo sabía que a ti no te iba a faltar de nada y tampoco te iba a molestar, lo decía para hacerme daño.

-Nunca recibí ninguna carta de nadie- dije.

-Era un miserable, un chantajista, la única manera de deshacerme de él, era venirme aquí. A ti nunca te faltó de nada, estaba yo pendiente.

-Me faltabas tu, lo más importante para mí-dije.

-Ahora me tienes para siempre- dijo queriéndome besar.

Yo ladeé la cara hacía otro lado y me besó en la mejilla. Estaba segura de no volver más con él. No sentía amor, lo quería cómo a un hermano, no me sentía capaz de acostarme con él. Me pidió que me quedara esa noche a su lado, si lo hacía ya sabía a lo que me exponía y dije.

- No Émile, lo nuestro está terminado, ya no tiene arreglo, no podría quererte como antes, no siento nada por ti referente al amor.

-Se que no me he portado bien y que eso lo tengo que pagar pero, sólo pido una oportunidad para demostrarte que he cambiado y que seré un marido ejemplar.

-¿Ya te has olvidado de Hugo?- dije.

-Él ya está acabado- dijo fríamente.

Me puse de pie y fui hasta la puerta del dormitorio. Diana me estaba esperando para entrar en el mío, ella dormía en mi habitación, no me gustaba dejarla abajo.

CAPITULO -14 –

El lloriqueo de Diana me despertó, quería que le abriera la puerta para salir. La dejé abierta y volví a la cama, me volví a dormir. La voz de Yosi me despertó.

-¿Qué ocurre?- le pregunté.

-Señora, son las once de la mañana. Hay una señora al teléfono, habla en francés.

Salté rápidamente de la cama, era la madre de Hugo.

-¡Buenos días señora Barreau, perdone por haberla hecho esperar!- dije.

-¿Pasa algo?- dijo asustada.

-Hugo se quedó anoche hospitalizado, Émile llamó una ambulancia. Se puso raro y agresivo, nunca lo había visto de esa manera.

-Claire, llámeme Jeanne, es mejor que nos conozcamos por nuestros nombres.

-Estoy de acuerdo- dije.

-Mi marido y yo nos estamos vacunando para

Salir lo más pronto posible a Johannesburgo, cuando tengamos el visado, la llamo para decirle el día y la hora que llegamos.

-¡De acuerdo Jeanne, los estaremos esperando!.

Volví al dormitorio, Yosi estaba haciendo la cama, Moisés daba golpes en la pared con un mata moscas, habían dos que no querían ir.

-Señora he hecho la cama- dijo Yosi- ¿Quería volver a dormir?.

-Pronto son las doce es hora de la comida, voy a ducharme-dije.

-Le voy hacer una pregunta si me permite-dijo Yosi.

-¡Claro que sí! ¿De qué se trata?.

-¿Cree en los espíritus?.

-¿Qué quieres decir exactamente?.

-Sí cree en el más allá.

-¿Por qué me lo preguntas?.

-Es que he notado que usted es espiritual ¿Estoy equivocada?.

-Yosi, ¿Eres vidente?-pregunté riendo.

-No señora, pero me doy cuenta de las personas que creen en los espíritus. El comportamiento de usted es de una persona creyente.

Yo no sabía exactamente a dónde quería llegar y le dije.

-Si no me hablas más claro no entiendo lo que me quieres decir.

-En el poblado que yo soy y vive mi familia, hay médium videntes, contactan con los espíritus los primeros días de luna llena, el sábado que cae, yo voy. Hacen danza, los médium caen en trance y hablan con los espíritus, va mucha gente de todos sitios. Se lo pregunto por si usted quisiera asistir, es este sábado.

Advertí que en medio de la conversación Moisés estaba silbando una canción espiritual. Me quedé mirándolo y sonreí, luego pregunté.

-¿Moisés conoce las canciones espirituales?.

-Sí señora, lo llevo conmigo a todos lados, no quiero que ignore nada de la vida, de esa manera será feliz.

Por la tarde me quedaba en el cobertizo estudiando el libro de inglés. Sonó el teléfono, lo fui a coger.

-Claire soy Émile. Te llamo para decirte que esta noche no voy a cenar, nos reunimos varios amigos en casa de Paul.

-¿Has ido al hospital?-pregunté.

-Precisamente salgo ahora, Hugo sigue igual.

-¿Cuánto tiempo has estado con él?.

-¿Por qué me lo preguntas? ¿Te pasa algo?.

-¡Sales de trabajar a las cuatro, ahora son las cinco! ¿Cuánto tiempo has estado con él?.

-Ya estás haciendo preguntas impertinentes. ¡He ido a verlo y basta!.

-Sus padres vienen de aquí unos días, tienes que ir al aeropuerto a recibirlos.

-¿Por qué tengo que ser yo?-dijo en tono alto.

-¡Eres la única persona que puede hacerlo! ¡Es posible que se lleven a Hugo a París!.

-Todo será sí él quiere, a su padre no puede ni verlo. Yo de todas maneras, me iré a casa de Paul los días que ellos estén en casa.

-Si de esa manera está mejor lo haces.

-Cuando estoy en casa de Paul, me encuentro igual que en la mía-dijo- Ahora tengo que dejarte, los amigos me esperan.

-¡Qué lo pases bien!-dije y colgué el teléfono.

A las 7 de la tarde hacía aire frío, subí a mi dormitorio y cogí una chaqueta de lana y me la puse. Era el mes de junio, empezaba el frío y las lluvias. Yosi había dejado encima de la mesa de la cocina un plato con fruta que había cogido de los árboles frutales. Cené un par de piezas, no tenía mucho apetito. Me disponía a recoger el plato y oí el motor de un coche que se paraba delante de la puerta. Era Magdalena, me saludó con su tono amable. Hacía tiempo que no hablaba con ella.

Abrió la puerta de la verja y entró. Me puse de pie para recibirla.

-¡Hola quería! ¿Cómo estás?- dijo con su sonrisa habitual.

-Bien- respondí.

-Vengo de casa del rabino José, se han mudado

a otra casa más grande, he estado ayudando a su mujer a embalar paquetes y cajas. El rabino me manda para decirte que vengas con nosotros este viernes noche a cenar a su nueva casa para la inauguración.

Me alegró mucho esa noticia, no la esperaba y pregunté a mi amiga.

-¿El rabino ha pensado en mí?

-Se quedó prendado de ti, dice que eres una mujer maravillosa. Tiene ojo clínico para ver el interior de las personas.

-Tengo que decirte algo que antes pensaba de los judíos, ahora que os conozco pienso de diferente manera-dije.

-¡Dime que es!

-¡Perdona por lo que voy a decir!. Yo pensaba que los judíos eráis gente rara y avariciosa, que entre todos formabais un círculo cerrado, me he dado cuenta que no es así. El sábado que estuve contigo y con tu marido, me sentí cómo en mi propia familia. Todos me ofrecían lo que tenían, me hicieron sentir una más.

-Querida, sabía que ibas a decir eso- dijo ella con una sonrisa.

Se quedó mirando en el interior del cobertizo y preguntó.

-¿Estás sola?.

-Sí, acabo de cenar dos frutas, pronto me iba a la cama-dije.

-¿No está Émile y su amigo?.

-Hugo está en el hospital y mi marido con sus amigos.

-¿Qué está pasando? ¿Me lo puedes contar?.

Me quedé unos instantes mirándola.

-El tema es bastante complicado-dije- Necesitaríamos varios días para narrarlo.

-¿No eres feliz?-preguntó ella.

-¿Lo es alguien?.

-Depende de cómo encauce su vida. Desde que nos conocemos supe que tu marido y su amigo se entienden. Tú eres una mujer refinada ¿Cómo soporta eso?.

-Vine aquí para vivir con mi marido y me encontré con esto.

-¿Tienes relaciones sexuales con tu marido?.

-No podría tenerlas, las últimas que tuvimos fue en París.

-Estoy segura que volverás a enamorarte de otro hombre, eres joven y guapa.

-No quiero que me hablen de nadie más, mi corazón está cerrado y mis sentimientos también.

Magdalena soltó una carcajada que me dejó parada, luego dijo.

-Claire, el corazón es sabio y los sentimientos también. El día que esa persona llegue a tu vida, sabrás que se trata de él.

-Ya no es fácil que yo ame a otra persona, creo que no existe.

-¡Querida! Cuando aparezca me lo presentas, quiero conocerlo.

Tenía gracia lo que dijo y me dio risa.

-De acuerdo, lo haré- dije.

-Tengo que marcharme, Patrick y mis hijos me

Esperan para cenar.

-Gracias Magdalena por tu visita, eres un encanto.

-¡Recuerda! El viernes por la tarde pasamos a recogerte, el rabino y su esposa quieren que cenes con todos nosotros.

-Estaré preparada-dije.

Acompañé a Magdalena hasta la verja, subió en su coche y se marchó.

Subí a mi dormitorio con la intención de meterme en la cama. Esa noche elegí para leer, Buenos días tristeza, autora Françoise Sagan. Por más que iba leyendo no encontraba la razón del por qué la protagonista siempre estaba triste, pasaba por una depresión y no se daba cuenta. A la mitad del libro me quedé dormida.

Por la mañana en el desayuno, Émile tenía ojeras de no haber dormido bien. Le pregunté cómo estaba y me respondió diciendo.

-¡Todos me estáis atacando cómo si yo fuera el malo! ¡Ayer por la tarde mis amigos dijeron de ir a visitar a Hugo al hospital! ¡Yo me negué, ya había

estado un rato con él, allí sólo se ven desgracias!.

-Cálmate Émile- dije.

-¡No me da la gana!- dijo muy enfadado- Ayer estuve hablando con el Doctor que lleva la enfermedad de Hugo. Me dijo que le queda poco tiempo de vida. ¡Dios mío qué voy hacer!- dijo echándose las manos a la cabeza- ¡También tengo yo ese virus!.

-Lo tuyo es menos grave-dije.

Me cogió las manos y me suplicó.

-Claire ¡Ahora te necesito más que nunca!.

-¿Qué quieres de mí?-pregunté.

-¡Que volvamos a ser la pareja que éramos antes!.

-Eso es imposible, no soy la niña inocente que conociste. No voy a permitir que me hagas más daño. Que estés con tus amigos y conmigo.

-A mis amigos los dejaría, no volvería más con ellos.

-¿Otra vez te estás burlando de mí?-dije enfadada.

-¡Todos me dais la espalda! ¡Veo que al final me voy a quedar sólo!.

Se levantó y se fue.

Después de la ducha me vestí con pantalón gris y jerséis azul marino. Me disponía ir al hospital para visitar a Hugo. El autobús tenía la parada cerca de casa. Le dije al chofer que me avisara al llegar al hospital, dijo que allí era el final.

En recepción pregunté por el señor Barreau Hugo.

-La 201- dijo la joven que me atendió.

El rostro de Hugo se iluminó de alegría al verme. Estaba sentado en una butaca, quiso levantarse para recibirme, le dije.

-Quédate cómo estas.

-Vamos a la sala de estar-dijo- Estoy arto de la butaca y de la cama.

Lo ayudé a que se pusiera de pie, caminaba lentamente. Se había quedado en los huesos.

-Vienen tus padres- le dije.

-¿Cuándo?-preguntó con lágrimas.

-Están esperando el visado y tener las vacunas puestas.

Cambié de tema y le pregunté.

-¿Dan bien de comer aquí?.

-Sí, ponen mucha comida, nunca me la puedo terminar.

-¿Viene el Doctor cada día a ver a los enfermos?.

-Cada mañana pasa revista cómo en el ejercito-dijo riendo.

-¿Necesitas que te traiga algo?-le pregunté.

-Aquí tengo de todo, sólo necesito que vengáis a visitarme.

Me despedí de Hugo.

Cuando llegué a casa era la una y media. Yosi había dejado en la cazuela carne en salsa picante cómo la que ella hacía, en otra cazuela arroz en blanco para mezclarlo con la salsa. Me puse un plato y lo fui a comer al cobertizo. Ese lugar era el que más empleábamos durante el día.

Estuve descansando toda la tarde en la maca, terminando de leer, Buenos días tristeza.

CAPITULO – 15 -

Magdalena y Patrick vinieron a recogerme a las cinco de la tarde para ir a casa del Rabino. Yo estaba preparada y esperando, fui al encuentro de ellos. Magdalena siempre con sus bonitos modales me recibió.

-Claire, está muy guapa-dijo.

-Gracias, tu también cómo siempre elegante.

Patrick era más reservado, no decía nada.

El Rabino José y su esposa nos recibieron alegres y contentos. Antes de sentarnos en la mesa nos enseñaron la casa cómo se suele hacer. Era bastante más grande que la otra anterior. Esta tenía jardín y mucho terreno para las celebraciones que ellos hacían muy a menudo.

El Rabino veía extraño que yo no fuera acompañada de mi marido, sabía que estaba casada, y preguntó.

-Claire, ¿Su esposo no la acompaña?.

-Por raro que le parezca no. Él no es creyente, creo que esta fiesta en la que estamos, se aburriría.

-¡Perdone que le pregunte! ¿Se ha quedado en su casa?.

-No, él tiene otras amistades.

El Rabino se quedó callado, me miraba y también a Magdalena que estaba a mi lado.

En la mesa estábamos un poco apretados, era larga y ancha, no conté cuantos éramos, era posible que 20 – o – 25 invitados. Me di cuenta que en la mesa de una familia judía no faltaba de nada, había comida para comer y cenar. Lo pasé muy bien, hablábamos y reíamos contando anécdotas, todos formábamos una familia.

Nos despedimos del Rabino y de su esposa, también de los demás invitados. Yo deseaba que llegara otro día cómo ese, me sentí feliz al lado de gente maravillosa.

Patrick y Magdalena me dejaron en la puerta de la casa, ella cómo siempre muy gentil y educada.

-Claire, ¿Lo has pasado bien?-preguntó.

-Muy bien. Me parecía haber encontrado mi propia familia.

-Estoy contenta por ti. ¿Te ha gustado la cena?.

-Todo estaba muy bueno, he probado de todos los platos. ¡Tenéis una cocina muy rica!.

-Gracias de haberte dado cuenta-dijo dándome un beso de despedida.

Subió en el coche y se fueron, por la ventanilla Magdalena me dijo.

-¡Un día de estos vendré hacerte una visita!.

Yo le eché un beso con la mano.

Diana estaba lloriqueando detrás de la verja para que abriera la puerta, nada más hacerlo empezó a saltar de alegría a mi alrededor. Cuando me tenía que ausentar, se quedaba triste y cuando llegaba se volvía loca saltando de alegría.

Subí a mi dormitorio para cambiarme de ropa y estar más cómoda. Diana seguía todos mis pasos, había veces que tropezaba con ella. Bajé al salón y conecté el televisor, hacían un reportaje de la guerra que había en el Congo Belga. Estaban mostrando cómo los nativos habían cogido la ciudad de Kolwezi, entraban en las casas, mataban a blancos y hacían con ellos barbaridades, violaban

a mujeres. La electricidad la tenían cortada, el agua también, sólo le daban dos horas al día, en ese tiempo llenaban bañeras y todo lo que podían. Los blancos que podían escaparse de ese calvario lo hacían escoltados por la policía, los que no podían permanecían abrazados al destino de su suerte. De esa manera estuvieron muchos días hasta que llegó la unidad de paracaidistas Belga y Francesa. Entraban por los patios, por los tejados, de esa manera se colaban en las casas y hacían prisioneros a los nativos guerrilleros. De esa manera los blancos fueron liberados y enviados a sus países.

A pagué la televisión y me fui a dormir.

Eran las 7 de la mañana, bajé a desayunar. Yosi estaba preparando el desayuno.

-Buenos días señora- dijo al verme.

-Buenos días Yosi. ¿Sabes si ha llegado Salomón?.

-Sí señora, acabo de verlo cortando hierba.

Me dirigí al jardín y le pregunté.

-¿Has visto las hormigas que trepan por el rosal?.

-Señora, no me he fijado-dijo.

-Ve mirando todas las plantas y los árboles frutales, todos tienen que tener hormigas.

-Lo haré, si hay por todo el jardín tiene que llamar a una fumigadora.

-De acuerdo.

Empezaba a desayunar cuando sonó el teléfono.

-¡Alló!

-Buenos días Claire, soy Jeanne. ¿Cómo sigue mi hijo?.

-Está igual. Hace dos días fui a verlo al hospital, se puso contento cuando le dije que venían.

-La llamo para decirle que el próximo sábado llegamos a Johannesburgo a las doce treinta del medio día.

Me quedé parada aunque lo esperaba que un día de esos tenían que llegar. Émile no iba a ir al aeropuerto, me lo había confirmado unos días antes, y lo que decía lo cumplía.

-Claire, ¿Sigue en el teléfono?.

-Sí, Joanne. Lo que pasa es que yo no tengo coche para ir a recibirlos, la dirección se la dan a un taxista

Y los deja aquí en casa.

-No se preocupe por eso, sabemos arreglarnos.

-¡Créame que lo siento! Les deseo buen viaje-dije.

-Gracias.

Yosi salía con la bandeja del desayuno para dejarlo sobre la mesa del cobertizo, aproveché para decirle.

-Prepara el dormitorio de abajo para cuando salga del hospital el señor Barreau, y uno de los dormitorios de arriba para sus padres que llegan el próximo sábado.

-Muy bien señora. Quiero recordarle que esta noche es luna llena. ¿Quiere venir al poblado para ver el éxtasi de los médium?.

-Sí, me gustaría saber que es-dije muy animada.

-Esta tarde llamo un taxi, mayormente es para usted, no está acostumbrada a ir por caminos pendientes y algo difíciles.

Yo estaba segura que Émile no vendría, era sábado y se quedaba en casa de Paul, ellos montaban fiestas los fines de semana. Me iba tranquila pensando que Émile volvería el domingo.

CAPITULO – 16 -

Me puse un vestido gris perla manga larga, cubría media pierna, zapatos beige y bolso del mismo color. El taxi que Yosi llamó tardó en llegar 10 minutos. Ella dio instrucciones al taxista para ir delante con su hijo y yo atrás. El taxista no dijo nada. No sé si ese era el camino que Yosi cogía cada semana para ir a casa de sus padres. Era pendiente y de tierra. De lejos se veía un poblado y mucha gente, también coches aparcados. El taxista paró en una explanada, no podía seguir, el camino se cortaba. Pagué el viaje, le dije al taxista que me esperara y que no se fuera.

Yosi llevaba de la mano a su hijo, yo iba a su lado, no conocía nada ni a nadie, era mejor que no me perdiera entre tanta gente. Aunque era de noche, la luna iluminaba todo aquel lugar, los brujos y los médium estaban preparados para iniciar sus ritos. Varios tambores empezaron a oírse, una joven nativa vestida de blanco y ropa ancha estaba en el suelo conectando con un espíritu.

Yosi llevó a su hijo con su madre y su hermana y

Volvió a mi lado. La mayoría de los blancos habían llevado cámaras y estaban gravando, otros hacían fotos. El momento llegó que la mayoría de médium cayeron en trance, los tambores no cesaba de sonar. Me di cuenta que Yosi hablaba con un joven blanco. La mirada de él la tenía puesta en mí al tiempo que hablaba con ella. Era un hombre de aproximadamente 27 años, me fijé en sus facciones bellas y masculinas, cabellos de un castaño claro casi rubio, los llevaba recogidos atrás cómo una cola, con el reflejo de la luna pude ver el color de sus ojos verde mar. Vestía traje color marfil, era una maravilla de hombre, para que una mujer cayera rendida a sus pies. Nuestras miradas se cruzaron él sonrió levemente. Yo noté algo extraño en mí, cómo si el fuego de mi ser interno se iluminara y formara dentro una explosión. Era la primera vez que yo sentía eso en mi vida. De mis oídos habían desaparecido los acordes de los tambores, era cómo si me hubiera quedado sorda y sólo tuviera ojos para él.

Yosi se acercó a mí y me dijo.

-Señora, ese joven me ha preguntado quién es usted.

-¿Lo conoces?- le pregunté.

-Es la primera vez que lo veo- dijo ella.

Tanto el joven como yo mirábamos el ritual pero ninguno de los dos estábamos interesados, sólo pensábamos en nosotros. Yo quería irme, la inquietud que tenía dentro de mí era grande, se lo comuniqué a Yosi.

-Me voy- le dije.

-¿No le gusta?- preguntó ella.

-Sí Yosi mucho, pero creo que ya es hora que me vayas.

Me dirigí al taxista que me esperaba y le dije que me dejara en la puerta de mi casa.

En el asiento de atrás volví la cabeza, vi por el cristal que un turismo venía detrás. El taxista se puso a un lado para dejarle paso pero, siguió detrás del taxi a una distancia prudente. El taxista me dejó delante de la puerta, yo pensaba que el turismo iba a seguir pero no fue así, se paró cómo a diez metros de distancia. El taxista antes de seguir le echó una mirada y me dijo.

-Señora, entre pronto en su casa.

Mientras abría la puerta de la verja, vi como bajaba de su coche y venía lentamente hacia mí. Se quedó a mi lado, observaba mis monos.

-¿Vives aquí?- preguntó con un tono de voz suave.

-Sí - respondí mientras abría la puerta.

Diana me estaba esperando con sus saltos habituales y sus lloriqueos regañándome que me había ido.

-Por lo que veo estás casada, llevas una alianza en tu mano izquierda. ¿Estoy en lo cierto?.

-Sí estoy casada, la mayoría de mujeres de mi edad lo estamos- respondí más desenvuelta.

-¿Cómo es que tu marido te deja sola siendo tan guapa? ¿No tiene miedo que alguien te rapte?.

-Está trabajando, esa es la razón por la que no ha podido venir- dije mintiendo.

Él me miraba incrédulo.

-Vives sola ¿No es cierto?- dijo posando su mirada en la mía.

-Perdone, tengo que entrar-dije.

-Me llamo John Edwards, pero me puedes llamar John- dijo sonriente.

-Claire Franklin, esposa de Franklin- dije.

-¿Me permites que te llame Claire?.

-Por supuesto- dije.

-Claire, mientras te miraba esta noche en los rituales, la luna reflejaba tu bonita cara y tu bella silueta. Me hubiese gustado ser uno de los cuervos que volaban para haberme posado en tu hombro.

Las llaves de la casa se me cayeron al suelo. John fue rápido y me las puso en la palma de la mano. Él miraba las facciones de mi rostro, lo recorrió en un instante. Me sentía muy bien a su lado, me dijo.

-En el ritual mientras te miraba a la luz de la luna he escrito una poesía para ti.

-¿Has escrito algo bonito para mí?.

-Sí, la tengo aquí-dijo palpando con su manos el bolsillo de su americana.

-¿Eres poeta?- dije riendo.

-S, lo soy - contestó con naturalidad- escribo poesías y libros, ahora tengo uno a medias.

-¿Qué escribes?.

-Todo lo que veo lo convierto en una historia. Esta noche he ido a este ritual para escribir sobre los nativos y sus costumbres. Y he tenido la suerte de conocerte ¡Figúrate si soy afortunado!.

-¿Eres inglés?-pregunté.

-He nacido aquí en Johannesburgo pero mis padres son ingleses ¡Tu por el acento que tienes eres francesa! ¿Me equivoco?.

-De París ¿Entiendes el inglés que hablo?-dije riendo.

-Te entiendo perfectamente aunque tienes un gran acento francés.

-¿Has estado en una academia para aprender?.

-He ido pero ya no voy- dije sonriéndome- Lo pasé mal en una que estuve.

¿Qué pasó?.

-Es una historia que no tiene importancia, incluso es ridícula.

-¡Quiero saberlo!-dijo medio en broma.

-John, de veras que no tiene importancia.

-Claire ¡Cuéntamelo por favor!.

Hacía media hora que estábamos hablando en la puerta de la verja, lo pensé mejor y le pregunté.

-¿Te apetece que entremos al cobertizo y nos sentemos para hablar?.

-Por mí sí. Voy antes apagar las luces del coche y vuelvo.

Tardó 3 minutos en llegar, cerré la puerta y nos dirigimos hasta el cobertizo, nos sentamos uno enfrente del otro.

-¿Te apetece un té?- pregunté.

-¿Y a ti?.

-Lo decía por ti, ya es medía noche y a esta hora no tomo té.

-Yo tampoco- dijo si perder la sonrisa.

-John ¿Tienes amigos?.

-Sí, también amigas- dijo.

-¿Y tú?.

-Una, se llama Magdalena.

-Cuéntame lo que te pasó en la academia, ¿A qué academia ibas?.

-A la nacional.

-Esa es buena, pero las profesoras son muy exigentes.

-Una cosa es ser exigente y otra era que me traía de cabeza Susi, la profesora de gramática.

-¿Has dado clases con Susi?- dijo escandalizándose.

-Un mes y medio .

-¿Qué sucedió con ella?- dijo con risa burlona.

-Me da vergüenza contarlo.

-Claire ¡Por favor, vamos a reírnos un rato!.

-¿La conoces?- pregunté.

-Fue mi profesora el tiempo que estuve yendo. Es muy buena, hay pocas cómo ella, lo que pasa es que a veces se le va el tarro. Yo la aprecio bastante, gracias a sus regañeras llegué a comprender lo que me enseñaba.

John tenía una sonrisa encantadora, me gustaba estar a su lado, transmitía cariño y amor.

-Susi se metía mucho conmigo, yo tenía miedo cuando me miraba para preguntarme algo, me temblaba todo el cuerpo. Una mañana nada más llegar a clase me dijo que le diera el verbo amar.

John soltó una carcajada. Lo miré y nos reímos los dos.

-¿Has dicho que abandonaste la clase?.

-Aunque sea difícil creerlo sí. Me dejó en ridículo delante de todos.

-¿Qué dijo ella?-preguntó sin dejar de reír.

-Me pedía que volviera a mi asiento. Yo salí de clase y me vine aquí.

John reía con las manos sujetando su cara.

-¡Eres extraordinaria!- dijo.

John miraba el cobertizo, la entrada a la casa y luego parte del jardín, preguntó.

-¿Vives sola?.

-No totalmente. Esta noche no vendrá nadie pero mañana es posible que venga Émile.

-¿Quién es?- preguntó muy interesado.

-Mi marido.

-¿Está de viaje?.

No sabía qué responderle ni cómo decírselo.

Nuestro modo de vida era rara. No quería dañar la imagen de Émile, en el fondo era mi marido, sólo mi amiga Magdalena lo sabía. Contesté lo mejor que pude.

-Está en el hospital, se queda con un amigo de él que está muy enfermo.

-¿Qué enfermedad tiene su amigo?.

-Un virus, pero no encuentran qué virus es.

Quise cambiar de tema y dije.

-Quiero oír la poesía que has escrito para mí.

-¿Te gusta saber cuáles son mis secretos? ¿Y lo más bello que he visto en ti?.

-Sí- respondí riendo.

-Claire, lo que he escrito esta noche para ti, es la manera que te he visto, me equivoco pocas veces cuando miro a una persona a los ojos, los tuyos me han dicho esto.

Es una piedra preciosa, mirar esta gama de colores maravillosos, salen ritmos musicales que invitan a la danza más hermosa que jamás haya visto.

-Este es el trozo de prosa que he escrito para ti, el tiempo que me dejaste cuando te miraba a la luz de la luna.

Los dos nos mirábamos fijamente. El color de sus ojos verde mar, me estaban cautivando. Sentía vergüenza por si lo notaba, estaba segura que lo había advertido, era muy inteligente y por lo que sé veía para las mujeres mucho más. Era la primera vez que un hombre me hablaba de esa manera. Me sentía cómo una chica de veinte años. Me di cuenta que me había enamorado de él. Quería quitármelo de la cabeza, yo era diez años mayor.

Después de estar unos instantes mirándonos dije.

-John, esto que acabas de decirme, se lo tienes que haber dicho a otras mujeres.

-Es cierto que he escrito poesías bonitas para otras mujeres. Me he enamorado varias veces, pero ahora cómo lo estoy contigo no. Lo que siento por ti

es diferente, se llama amor.

Yo estaba viviendo algo irreal, no pensaba que eso me pudiera suceder a mí. En esos instantes me acordé de Magdalena, ella me lo advirtió, tenía experiencia de la vida había pasado mucho.

Me interesaba saber qué clase de amores tuvo y le pregunté.

-¿Amaste a mujeres?.

-Las quise mucho. Cuando conocí a Anne, teníamos dieciocho años, éramos casi dos críos, ninguno de los dos sabíamos lo que queríamos pero nos amábamos con mucha pasión. A Loisa la conocí en una firma de autógrafos que yo hacía para un libro que había escrito. Nos enamoramos y vivimos un romance de amor. Después de ella aquí estoy hablando contigo y contándote mi vida.

-¡Ya volverás a enamorarte otra vez!- dije.

-¿Crees que no estoy enamorado?-dijo sin parar de mirarme.

-No conozco tus sentimientos, es posible que lo estés- dije.

-Claire, quiero pedirte algo.

-Si está dentro de mi posible loaré- dije.

-Quiero ser tu profesor de inglés ¿Lo aceptas?.

-Sí- dije convencida.

-Lo primero que te voy a enseñar es el verbo amar.

Los dos nos reíamos pensando en Susi. John cada vez me iba sorprendiendo más. No quería que acabara esa noche ¡Era yo tan feliz!.

-¿Dónde serán las clases?-pregunté.

-Si te parece bien, en mi casa.

En ese instante sonó el teléfono.

Me puse nerviosa buscando la llave de la casa. La tenía encima de la mesa, me puse de pie y abrí la puerta.

-¿Diga?.

-¿Cómo es que has tardado en coger el teléfono? ¿Estabas durmiendo?- Dijo Émile.

-¿Por qué me llamas a estas horas? ¿Ocurre algo?.

-Nada, sólo quería hablar contigo para

preguntarte cómo te ha ido eso de los ritos.

-Bien.

-¿Hace mucho que has llegado?.

-No, ¿Por qué lo preguntas?.

-Estoy arrepentido de no haberte acompañado, no es normal que una mujer vaya sola a estos sitios.

-Estaba Yosi conmigo. Un taxista nos llevó y luego me ha dejado aquí, todo ha sido fácil.

-¿A qué hora te vas a ir a dormir?.

-Pronto, es la una y medía.

-Mañana por la tarde voy a casa, tengo ganas de estar contigo y de que cenemos juntos.

-De acuerdo, buenas noches Émile.

Dejé el teléfono en su lugar y volví al cobertizo. John estaba sentado esperándome, con Émile había hablado en francés, creí que John no había entendido nada.

-Era Émile al teléfono- dije cómo disculpa.

-Decías que no te había acompañado por estar en el hospital con su amigo.

-¿Por qué me lo preguntas?.

-Por nada pero, estoy seguro que tu marido no está en el hospital.

-¿Cómo lo sabes? ¿Entiendes francés?.

-Sí, hice en el colegio todo el curso. Tengo amigos franceses y hablamos ese idioma cuando nos reunimos. Claire, conozco bien el perfil de una mujer cuando lo está pasado bien o no. Por ahora estás en un momento delicado, no eres feliz. Desconozco la razón del por qué Émile no te ha acompañado esta noche y tampoco está aquí.

Me senté y cerré los ojos. En mi pecho había una gran congoja, por mis mejillas resbalaron dos lágrimas. Esa noche John fue para mí un tubo de escape, me desahogue llorando. Todo lo que me estaba diciendo era verdad.

-Claire por favor no llores, me está rompiendo el alma- dijo con voz suave.

Traté serenarme, saqué del bolso un pañuelo y sequé las lagrimas, luego dije.

-John, te pido disculpas, no era mi intención herir

tu sensibilidad, me ha hecho bien llorar un poco.

-Émile tiene mucha suerte de tenerte, hay hombres que no se merecen mujeres cómo tu.

-¿Qué edad tienes?-le pregunté.

-Veintisiete años.

-Son los mismos que yo te he echado esta noche. Sabes mucho acerca de mujeres.

-Con cinco años ya estaba enamorado. Me gustaba una niña rubia de ojos azules del colegio. Tenía carita de ángel, era muy tierna. Yo sentía mucha vergüenza cuando me miraba, me ponía a temblar. Tuve el valor de ir a cada uno de los niños para decirles que no la miraran porque era mi novia. Un día Elizabeth que era como así se llamaba, se acercó a mí y medió un beso en la mejilla, Me quedé helado sin saber qué hacer o qué decir, la miraba indeciso, me quedé mudo, no me salían las palabras. Sentí en mi mejilla sus dulces labios. Ella me dijo- ¡Ahora ya somos novios!. Me cogió de la mano y de esa manera paseamos por el jardín del colegio, ella también tenía cinco años.

Elizabeth fue mi primer amor platónico, la

Primera niña que me hizo sentir amor.

John era transparente como el cristal.

-¿Estuviste viendo a Elizabeth mucho tiempo?- le pregunté.

-Sólo ese año, al siguiente nos enviaron a ella y a mí, a diferentes colegios. A la edad de doce años entraron en mi vida otras niñas y empecé a escribir poesías de amor para ellas. Una en particular me decía requiebros, yo le respondía de la misma manera pero por escrito, que le daba en clase a escondidas de la profesora. De niño me aterraba hablarle de amor a una niña y me di cuenta que para mí era más fácil decírselo en una hoja de papel.

-John, supongo que más tarde al conocer más chicas el miedo se te iría, porque de amor sabes mucho.

-Las mujeres superáis a los hombres en capacidad de amar, es innato en vosotras. Nosotros estamos obligados a seguiros y vamos a dónde queráis llevarnos. Un hombre por amor hace lo imposible por una mujer, cosas insuperables a todo. Las mujeres estáis al mando.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Miré la hora en mi reloj de pulsera, era las tres de la madrugada.

-John, ¿Has hablado antes en serio?- le pregunté.

-¿A qué te refieres?.

-Que serías mi profesor de inglés.

-Quiero serlo, te iba a pedir volver a vernos para la primera lección y para que aprendas algo más.

-Me das miedo- dije entre sonrisa.

-¿No deseas ser feliz y ser amada por un hombre de verdad? ¿Quieres seguir cómo estás?.

-John, yo tengo diez años más que tú, eso me causa sentirme inferior a ti.

-En el amor no hay edad. El destino ha hecho que nos conociéramos, es por algo. Tus miedos están en tu inseguridad, déjate llevar. Lo que importa es que tú me gustas y necesito que creas en mí.

Yo estaba ruborizada. Un hombre tan bello como era John se estaba declarando a mí, me parecía un sueño en el que pronto iba a despertar y no quería.

-Tengo que poner en orden mis ideas, esta noche

ha ido todo muy de prisa, sólo hace unas horas que nos conocemos.

-Recuerda que tengo que ser tu profesor de inglés- dijo sin soltarme la mano que se la había dado para despedirnos.

-Quiero que me enseñes a todo lo que yo no sé.

Los dos seguíamos mirándonos con las manos cogidas, parecíamos dos enamorados, éramos dos enamorados. Nos soltamos las manos con gana de besarnos, yo no quería que fuera tan pronto pero él besó mi mano suavemente y dijo.

-Claire, te deseo felices sueños.

- También yo a ti-dije deslizando mi mano de la suya.

Bajó los tres escalones del cobertizo y siguió el camino para llegar a la verja. Me fijé en sus andares elegantes y en su forma masculina. Era realmente bellissimo, el único en la tierra para mí. Al llegar a la puerta se dio la vuelta y me envió un beso con la mano, yo le correspondí con otro. Oí el motor de su coche, al pasar por delante de la puerta se paró. Por la ventanilla me hachó otro beso.

CAPITULO -17 –

Estuve durmiendo hasta las doce del medio día, me despertó la voz de Émile que me llamaba desde el umbral de la puerta del dormitorio. Abrí los ojos con los párpados todavía pegados. Deslumbré la figura bien vestida de Émile, se había puesto la colonia que usaba en París, hasta mi nariz llegó el aroma – Brut-Faberge- desde que yo estaba en Johannesburgo no se la había puesto hasta ese día. Por mi cabeza volaban pajarillos, no sabía qué iba hacer con Émile, me iba siguiendo para conquistarme cómo si fuera la primera vez, lo hacía porque me necesitaba por la enfermedad que también había contraído. Sentía pena por él, ya no lo amaba y sería imposible para mí amarlo, lo veía como un hermano o amigo.

Había llegado hasta la cama, posó su mano en mi hombro y con sonrisa de conquistador, preguntó.

-¿Estás bien?.

-Muy bien- dije sonriéndole.

Me miraba a los ojos, algo raro veía en ellos.

Yo también me sentía rara desde que conocí a John.

No era la misma, sentía por todo mi cuerpo burbujas de colores, en mi mente sólo estaba él.

Émile se sentó en el borde de la cama, me dijo con palabras suaves al tiempo que acariciaba mi mano.

-Claire, mientras que te duchas yo me encargo de la comida ¿Qué te parece?.

-Está bien- dije sonriendo – repuse - ¿Has ido a ver a Hogo?.

-Esta tarde iremos tú y yo, se pondrá contento.

-No sé si es buena idea que nos vea juntos. Ya sabes cómo es, va a empezar con sus celos.

-Me da igual- dijo algo contrariado.

-Émile, ¿Qué interés tienes que yo vaya contigo al hospital?.

-Quiero que nos vean juntos todos los que nos conocen, eres mi mujer.

Enmudecí.

-Eso jamás- dije- ¿Paul ya no es tu amigo y compañero?.

-Nunca fuimos pareja, tuvimos algún tonteo pero de ahí no pasó.

-Émile, ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que sigo siendo la mujer tonta e ilusa que hace años conociste?.

-¡Estamos casados para lo buen y lo malo! ¡Recuerda que eres mi esposa!.

Émile no cesaba de mirarme, veía algo extraño en mi, fue a salir del dormitorio y se paró en la puerta, se dio la vuelta y dijo.

-Eres la única mujer que he tenido, nada ni nadie te va arrebatar de mi lado, quién se lo proponga lo mato.

Rompí en sollozos.

-¡No eres justo!- dije con lágrimas- ¡Yo también tengo derecho a rehacer mi vida!.

-¡Tu vida está a mi lado, no lo olvides!.

-¡Tu quieres una esclava que te esté esperando las veinticuatro horas! ¡Aquel tiempo terminó!.

-Claire, vamos a tranquilizarnos, pongamos nuestras ideas en orden, de nada sirve que

discutamos, todo va a seguir igual. He apalabrado una casa para que tú y yo vivamos juntos.

-¿Por qué haces las cosas sin consultarme? ¡No quiero irme a vivir contigo!. Los padres de Hugo llegan el sábado que viene, no saben nada de inglés.

-Tú tienes otra cosa tramada que no me quieres decir, te estaré vigilando aunque sea lo último que haga y, te aseguro si es un hombre, me lo cargo.

Lloraba desconsoladamente, sabía que decía la verdad, era agresivo por naturaleza, llevaría a cavo sus amenazas. Émile me había cogido de los brazos y me tenía sujeta a la pared, estaba inofensiva cómo una niña chica, mi llanto se oía por toda la casa, en esos instantes el ángel de la guarda me vino a salvar.

-¡Hola Claire!

Era la voz de Magdalena que había entrado en casa. Di gracias a dios al escuchar que me llamaba. Émile me soltó, yo sequé mis ojos y dije.

-Magdalena estoy arriba sube.

En esos instantes Émile acercó su boca a mi oído y dijo.

-Ahora muéstrate cómo si nada, quiero que estés natural.

Se separó de mi cómo a dos metros de distancia. Oía los últimos escalones que le quedaba por subir a Magdalena, me di un último toque en las mejillas. Se plantó delante de nosotros con su sonrisa habitual, se fijó en el estado en que yo estaba, luego le echó una mirada a Émile de arriba abajo. Ella miraba mi cuerpo medio desnudo y con señales rojos en los brazos, preguntó.

-¿Qué ha pasado?.

-Nada Magdalena, estoy bien- dije con la voz agitada.

-No es verdad, no estás bien- dijo- Miró a Émile y le preguntó.

-¿Le has hecho tú esas marcas en los brazos?.

-Son cosas de matrimonio, hemos tenido una pequeña discusión.

-¡Pues para ser pequeña te has despachado bien!.

-¡Vamos Magdalena no exageres! ¡ A penas la he tocado!- dijo Émile defendiéndose.

Yo no podía articular palabra, rompí en sollozos. De pronto me vino a la mente la enfermedad de él, ya le estaba jugando malas pasadas. Muchas veces habíamos discutido y nunca me cogió de un brazo ni me levantó la mano, sólo se quedaba en palabras.

Émile se fue calmando, también yo, en los brazos tenía la marca de sus manos, estaba segura que se haría una hematoma.

-Claire, he venido para invitarte a comer en casa, mis hijos se han ido con unos amigos. Patrick se ha quedado terminando de hacer la comida.

Émile se adelantó diciendo.

-Ahora iba yo a preparar la comida ¿Verdad Claire?.

-Venir los dos, hay comida para todos- dijo Magdalena para suavizar la situación.

-Gracias, en otra ocasión- dijo Émile- Después de comer vamos al hospital a visitar a Hugo.

-Deja que Claire decida- dijo Magdalena- Ella tiene derecho a decir si quiere venir o no.

Émile nos miraba a las dos, estaba seguro que

Magdalena sabía que era gay, a él le daba igual, hacía de su vida lo que quería.

Bajé las escalera con Magdalena para despedirla en la puerta y darle las gracias por su invitación. Ella no me preguntó nada, Émile bajaba las escaleras con la mirada puesta en nosotras. Al darnos un beso para despedirnos, ella me susurró al oído.

-Ya hablaremos tú y yo más despacio.

Después de comer Émile estuvo amable, dijo.

-Voy a limpiar la mesa y los platos, tu sube y ponte el vestido amarillo con margaritas blancas, siempre que te lo pones me gusta.

-¿No crees que es un poco llamativo para ir al hospital?- dije.

-Depende de quién te mire, yo quiero que te lo pongas.

Me puse ese vestido, zapatos de medio tacón y bolso blanco.

Émile estaba abriendo la puerta de la verja, yo me encontraba a su derecha, de pronto la sangre se me encendió al ver el coche rojo descapotable de John aparcado a 30 metros de la casa, en la acera de

enfrente y la silueta inconfundible de John apoyado en el tronco de un grueso árbol.

-¡Madre del amor hermoso!- dije en voz alta sin darme cuenta.

-¿Qué decías?- preguntó Émile.

-Nada, hablaba sola-dije.

-¿ Te duelen los brazos de lo que he hecho? ¡Pido que me disculpes!.

No respondí y subí en al coche.

En un matorral de flores se había parado una mariposa de color amarillo, era hermosa y bella, en esos instantes pensé en las mariposas de alas doradas. Hugo un día me habló de ellas, eran libres y podían volar por encima de los árboles, ríos y montañas, me hubiera gustado ser una de ellas.

Émile puso el coche en marcha, por el retrovisor vi que John entró en el suyo y lo arrancó. Yo iba rezando todo lo que sabía y mucho más, pedía que Émile no se diera cuenta que el rojo descapotable iba detrás siguiéndonos. La noche anterior, John me dijo, cuando le gustaba una mujer la seguía hasta el final, e iba a donde ella fuera.

Émile notó que estaba intranquila y me preguntó.

-Claire, ¿Te ocurre algo?.

-Nada- contesté en voz baja.

En el trayecto hasta que llegamos al hospital, no hablamos de nada. Al salir del coche Émile recorrió con su mirada en dirección a dónde yo miraba. Traté disimular curioseando gente que iban por otra calle.

Émile cogió el pomo y abrió la puerta. Hugo estaba sentado en el butacón, al vernos se emocionó y se levantó del asiento, nos besamos en la mejilla y Émile también. A Hugo lo vi muy desmejorado, sólo tenía la piel y el hueso. Salimos de la habitación y fuimos al salón, nos sentamos.

-Te encuentro mejor- dije para animarlo.

-Esperan hacerme otro análisis para mandarme a casa. ¿Cuándo vienen mis padres?.

-El sábado a las doce y media llegan- dije.

-¿Irás a buscarlos?- dijo Hugo a Émile.

Émile tardó en responder. Me miraba, yo agaché la cabeza, la situación era embarazosa. A los dos

minutos respondió diciendo con altanería.

-No voy a ir a buscarlos, ellos tienen la dirección, pueden coger un taxi.

Hugo nos miraba con los ojos húmedos, con expresión de pena en su rostro. Se encaró con Émile y dijo.

-¡El sábado no trabajas! ¿Qué manía le tienes a mi padre si no lo conoces?.

-¡Por todo lo que me has hablado de él, no lo acepto!.

-Ahora es un hombre mayor, ya no piensa de la misma manera, es mi padre- dijo Hugo.

-¡Te he dicho una y mil veces que no iré!.

-Hugo, no te preocupes, un taxi los deja en casa- dije- Ahora piensa que pronto abrazarás a tu madre.

Hugo sonrió y se conformó.

-¿Dónde vais después de salir de aquí?- preguntó.

Émile se adelantó y dijo.

-Vamos a un restaurante a cenar.

-¿Con quién vais?- preguntó mirándonos.

-Los dos solos ¿Por qué lo preguntas?.

Miré a Émile con un movimiento de cabeza.

-¿ Qué pasa?- se descaró también conmigo- Hay que cortarlo para que nos deje tranquilos.

-Esas no son manera de hablarle- dije.

-Siempre le has dado la razón, nunca has visto un fallo en él, ¿Por qué tiene que ser él, el bueno y yo el malo?.

-Émile, vamos a dejarlo, este no es el lugar para dar un escándalo- dije.

-¿Por qué dices eso?- me replicó enfadado.

No quería ir con Émile al hospital, sabía que de una manera o de otra la iba a liar pero, Hugo no se quedaba atrás, cuando se enfadaban parecían dos gayos en pelea.

Hugo se fijó en mi brazo y me preguntó.

-¿De qué manera te has hecho ese morado?.

No respondí, quería que todo terminara bien.

-¿Te lo ha hecho este?- dijo acusándolo.

Seguía callada, era mejor no decir nada.

-¿Sabes por qué no me gusta venir a verte?
¡Porque eres un pedante!- dijo Émile.

-¡Seré todo lo que quieras pero esto que le has hecho a Claire, no es de hombres! ¡Ella se merece estar en un pedestal!.

Émile se quedó blanco él, aunque fuera gay, era muy hombre. A Hugo se lo permitió por estar en el hospital muy enfermo. Yo estaba pasando un mal rato, tal como era Émile la iba a pagar conmigo de una manera o de otra. Él no quiso seguir hablando más con Hugo y se despidió diciendo.

-La próxima vez que nos veamos será en casa.

-Quiero estar un poco más con Hugo- dije.

-Te doy quince minutos, no le des mucha coba.

Émile salió fuera, yo me quedé con Hugo, los dos reíamos por lo que había sucedido. Él se fijó en mis ojos y dijo sin dejar de sonreír.

-Claire, estás tratando de decirme algo. Veo en tus pupilas un brillo especial que antes no tenías.

Yo reí al tiempo que sonrojaba.

-Estoy seguro que te has enamorado, te estás

comportando como una chica de veinte años.

-No quiero decirte nada porque nada hay todavía.

-¡Estaba seguro que te habías enamorado!- dijo riendo- ¿Cómo ha sucedido?.

-Hugo, es pronto para que hable del tema.

-¡Venga, cuéntamelo yo soy tu amigo!.

-Lo único que te puedo decir es que es muy guapo, un hombre bellísimo.

-¡Claire, quiero saberlo todo! ¿Es de los que a mí me gustan?.

-Sí.

-¿Cómo tiene el color de ojos?.

-Vede mar.

-¡Uh! Me encantan. ¿Cómo tiene la boca?.

-Es un hombre bello.

-¡Te has enamorado de él como una loca! ¿No es cierto?.

-Hugo, tengo miedo que Émile se entere y vaya a por él. Esto es un secreto que, queda entre tú y yo.

-Ya sabes que en mí puedes confiar, ya era hora

que te tocara ser feliz. ¿Cómo se llama?.

-John.

-Me gusta para ti- dijo mientras reía- Imagino la cara de Émile cuando se entere.

Estaba contenta de ver a Hugo reir.

-¿Es francés?- preguntó.

-Ha nacido aquí, sus padres son ingleses- dije- Nos ha seguido con su coche, está esperando una calle más arriba.

-¡Oh! Esto no me lo perdería yo por nada del mundo. Claire, cuéntamelo todo por favor.

Émile hizo su presencia indicándome salir.

-Hugo, tengo que irme, el comandante me espera-dije en broma él, se echó a reír.

-No sabe lo que le espera cuando sepa que amas a otro hombre.

-Voy acompañarte a la habitación- dije.

La cena ya la estaban sirviendo.

Después de dejar a Hugo y despedirme de él, fui al encuentro de Émile.

CAPITULO- 18-

Sin que me diera cuenta el coche se deslizó. Émile me dijo algo que no entendí, volvió de nuevo hablarme y dijo.

-Claire, ¿Has oído lo que te he dicho?.

-No- respondí mientras miraba por el espejo el coche de John que venía detrás- ¿Qué decías?.

-¿Cómo has encontrado a Hugo?.

-Igual que los últimos días. Hoy ha reído, me ha gustado- dije.

-¿De qué habéis hablado?.

-Nos hemos contado tonterías, sobre todo lo he hecho para hacerle reír.

-Habéis estado hablando una hora, en ese tiempo se puede hablar de muchas cosas. ¿Te ha preguntado algo sobre mí o Paul?.

-Émile, no insistas, hemos hablado cosas nuestras de otras veces cuando estábamos solos.

-¡Por qué te pones así! ¿Eres tu ahora la que mandas?.

-Nunca he mandado, no lo voy hacer ahora. ¡Ya para qué!

-¿Cómo que para qué? ¡Tenemos tu y yo todavía qué caminar juntos! ¿Lo has olvidado?.

Miraba yo por el espejo el descapotable de John.

-¿Ocurre algo?-preguntó.

-Nada, miro los coches que vienen detrás.

-¿No tienes nada que contarme?-preguntó.

-Mañana a las diez tengo una entrevista de trabajo en la librería inglesa intr. Me lo ha conseguido Patrick el marido de Magdalena.

-No quiero que trabajes, estando a mi lado no necesitas nada, te necesito.

-¿Me estás pidiendo ayuda?.

-¡Te necesito y punto!- dijo tajante.

El descapotable de John iba unas veces detrás de un coche o de otro para no ser visto por Émile. Yo no lo perdía de vista, el miedo que yo tenía era que Émile se diera cuenta en algún momento, creo que iba con la mosca detrás de la oreja, me miraba mucho para ver qué hacía.

Me distraje mirando a John bajar de su coche. Nos miramos, me hizo un saludo con un gesto de cabeza, yo sonreí, no podía hacer otra cosa, Émile vigilaba todos mis gestos. John entró en el restaurante antes que nosotros.

-Buenas noches señor Edwards- dijo el metre.

-Buenas noches Ralf- saludó John.

-Buenas noches señores. ¿Tienen mesa reservada?- preguntó el metre a Émile.

-No- contestó Él.

-Da igual, síganme.

El metre nos condujo a una mesa que estaba enfrente de la de John. Tenía el menú en la mano disimulando que lo miraba, pero, su mirada la tenía puesta en mí. Había un pianista que tocaba Rapsodia número dos de Liszt. Me fijé en él, estaba tocando de cara a los clientes. Un camarero vino y nos dejó dos cartas para que eligiéramos el menú.

-¿Te has decidido por algo?-preguntó Émile.

-Voy a pedir concha de marisco y de segundo,

Besugo Rousseau al horno.

-¿Eliges pescado para cenar?.

-Sí, me apetece, llevo días comiendo carne y estoy un poco harta.

-Yo pediré de primero como tú y de segundo lenguado, de esa manera cenaremos los dos igual.

El camarero vino para preguntar qué iba a ser la cena, luego preguntó qué íbamos a beber. Émile dijo, un rosado natural.

Íbamos saboreando la concha de masco y Émile me dijo.

-Claire, quiero que sigamos la conversación que teníamos.

-¿Lo de yo trabajar en la librería?.

-¡Exacto!. No quiero que vayas a esa entrevista, yo gano lo suficiente para que tú vivas bien.

-Émile, estás poniendo zancadillas en mi vida. Yo trabajaba en París en la librería Francesa, ahí no me decías que no trabajara ¿Por qué lo haces ahora?.

Émile se alteró y habló alto.

-¿Te falta algo conmigo? ¡Tienes de todo!.

-Émile, baja la voz, la gente nos mira.

-¡Se que he cometido fallos, todos los cometemos! ¿Es por eso que me vas a crucificar?.

-Por favor habla más bajo- dije susurrando.

-Es que me pones de los nervios para estallar, pero , quiero que recuerdes, que no vas a ir a trabajar a esa dichosa librería.

El camarero vino y se llevó el primer plato para traernos el segundo. Miré la mesa dónde estaba comiendo John, nos miraba, lo estaba pasando muy mal, meneó la cabeza negando yo, también sufría de verlo a él. Era un caballero de buenos modales, seguro que tenía defectos pero también muchas virtudes. Sólo hacía un día que nos conocíamos y aunque parezca raro, nos habíamos enamorado, estaba haciendo cosas por mí, que solo un hombre enamorado lo puede hacer.

John salió del restaurante antes que nosotros y se metió en su coche. Quince minutos después salíamos en dirección a casa. Yo iba contenta cómo una niña cuando estrena vestido nuevo. John había llegado antes y esperaba fuera del coche viéndome entrar por la puerta de la verja. Me di cuenta que le

daba igual que Émile se fijara en él, creo que lo estaba buscando.

Diana nos estaba esperando detrás de la verja mostrando su alegría de vernos. Mientras que Émile cerraba la puerta de la verja, yo hice un saludo leve con la mano a John, él sonrió y me hizo un gesto que quiso decir-hasta mañana. Subí a mi dormitorio y rápidamente fui a mirar por la ventana, en ese momento John pasaba por delante de la puerta, me vio y me echó un beso con la mano, yo le correspondí con otro. Me sorprendió Émile que en ese instante entraba en el dormitorio, me di la vuelta y dije.

-¿Ocurre algo?.

-Me voy, he quedado con unos amigos en casa de Paul para tomar unas copas, es el cumpleaños de uno de ellos.

-Muy bien- respondí con naturalidad.

-Mañana volveré por la tarde y quiero que me des la respuesta si te vienes a vivir conmigo a otra casa.

-Te la doy ahora, ya te he dicho que no voy contigo a ningún sitio, si aquí las cosas no me van

bien, vuelvo a París. Mañana voy a esa librería de la que hemos hablado, quiero trabajar.

Émile palideció, intentó volver a cogerme otra vez de los brazos pero yo le grité diciendo.

-¡Basta ya de brutalidades! ¡No lo voy a soportar más!.

Se acercó más a mí, con su mano cogió mis mandíbulas y lleno de ira me dijo.

-¡Te voy a cortar todos los caminos! ¡Eres mi mujer y tienes que seguirme! ¡Mañana noche quiero de ti una respuesta positiva!.

-¡Émile, yo no te quiero, mi respuesta es no!.

-¡No se trata que me quieras, nunca te lo voy a pedir! ¡Sólo te pido que te vengas a vivir conmigo!.

Me armé de valor y dije.

-¡La respuesta ya te la he dado! ¡No!.

-Está bien- dijo tratando tranquilizarse- Faltan cuatro días para que acabe el mes, ya no obtendrás más dinero para que sigas viviendo en Johannesburgo.

-No me importa, me iré de esta casa pero no

volveré contigo, tengo mi dignidad. No voy a soportar por más tiempo los malos tratos que me das. Hay veces que te miro y me das asco.

-Las mujeres dais asco, es por esa razón que prefiero a los hombres.

Salió de la habitación, oí como bajaba las escaleras, me asomé a la ventana para asegurarme que salía de la casa. En su mano derecha llevaba una bolsa de viaje, quizá había cogido ropa suya para llevársela a casa de Paul. Me quedé más tranquila cuando vi que cerraba la puerta de la verja y entraba en su coche y lo ponía en marcha. Pesé que John se había ido pero no era así, estaba como a diez metros de distancia dentro de su coche, Émile pasó por delante de él. Hacía más de dos horas que esperaba para ver si él se iba.

Entré en el cuarto de baño, me puse agua en la cara para quitarme la tensión que había pasado con Émile, estaba nerviosa y me quería calmar. Estaba segura que John era mi ángel de la guarda y que si estaba allí era por algo. Me quité el vestido de margaritas y me puse otro más sencillo y cómodo, bajé al cobertizo y de ahí hasta la verja, quería ver si John seguía en su coche, desde allí no se veía.

CAPITULO -19 –

-¡Claire! – Era la voz de John que estaba al otro lado de la verja.

Mi corazón dio un vuelco y me estremecí de la cabeza a los pies. En esos instantes lo necesitaba más que nunca. Hablar con él, descansar en su mirada candente, en sus ojos verde mar, en su voz melodiosa. Necesitaba esta medicina, no me importaba que alguien lo viera conmigo, eso era lo que menos me preocupaba.

Llegué hasta a la puerta de la verja y la abrí. Cuando estábamos uno frente al otro, oí su corazón palpar y su boca deseando encontrar la mía. En ese instante me sentí como una niña chica en los brazos de su padre y comencé a llorar. John me abrazó muy fuerte contra su pecho, fuimos hasta el cobertizo y nos sentamos. Yo sequé las lágrimas de mis mejillas, John me acarició la cara y con las yemas de sus dedos me quitó otra que brotaba.

-¿Quieres a tu marido?- me preguntó.

Negué sin responder.

-No lo quieres- dijo- Me he quedado porque sabía que su comportamiento no iba a ser bueno contigo después de la escena que ha montado en el restaurante.

-Está enfermo y se ve solo para afrontar su enfermedad, quiere que esté a su lado para todo lo que me necesite. No sé cómo voy a solucionar este problema, a su lado voy a ser muy desdichada, no es buen esposo.

-¿Qué clase de enfermedad tiene?.

-Un virus, no sé si es él quien se lo ha transmitido a Hugo, o este a él.

John se quedó callado y pensativo, luego dijo.

-¿Estás tratando de decirme que tu marido es gay?.

-Desde siempre lo fue, nos casamos y yo sin saberlo hasta que llegué aquí y me encontré con el panorama.

-No parece que sea gay, lo disimula bien, se ve un hombre fuerte con ademanes brutos.

-Conmigo nunca se mostró bruto hasta que supo su enfermedad. Él pasaba de mí totalmente pero

ahora, me obliga a que esté a su lado, alegando que soy su esposa.

-¿Esta noche la discusión que habéis tenido era por eso?.

-Sí, y porque no quiere que trabaje, mañana tengo una entrevista de trabajo en la librería inglesa.

-Yo quería pedirte que mañana a las diez viniera para llevarte a mi casa, e hiciéramos la primera clase de inglés.

Me quedé que no sabía qué decirle, por un lado quería ir a la entrevista, por otro me pedían mis sentimientos ir con él. Estaba hecha un lio, nadaba entre dos aguas sin saber qué hacer. John se fijó en mis brazos, los cogió y me preguntó.

-¿Cómo te has hecho estos morados?.

No quería decir nada y me mantuve callada.

-¿Te lo ha hecho tu marido? ¿Cuándo?.

-Esta mañana, pero lo hace sin querer, está enfermo.

-Lo estás protegiendo, ¿Por qué lo haces?.

-Él no es así, tiene ese comportamiento desde que sabe que tiene el mismo virus que Hugo. Saben que están condenados a morir, a Hugo le queda poco tiempo de vida.

-Aún así no es motivo para que te trate mal y te señale, esto se va a cavar pronto.

-Émile no viene a razones, es muy vestía en pelea.

-Eso me tiene sin cuidado. Él no me conoce a mí.

-John, tú no eres de su calaña, tu comportamiento es de un hombre sensible y tranquilo.

-Claire, no voy a permitir que te ponga una mano encima, si tengo que arrearle lo voy hacer.

No supe qué decir, no veía yo a John en pelea con Émile, ni quería que ocurriera. Vi que se puso de mal humor. Me tenía los brazos cogidos mirando los morados. En esos instantes sentí deseos de besarle pero no cómo se besa a un amigo, lo mío era pasión lo que sentía por él. Sintió mi cara muy cerca de la suya, solo había cinco centímetros entre su boca y la mía. Se fue acercando hasta que nuestras bocas se unieron en un beso largo y dulce de amor. Estoy

Segura que los dos lo necesitábamos, El destino nos había unido para siempre. Me hubiese gustado pasar la toda la noche junto a él, pero era imposible, lo nuestro sería una locura, y dije.

-John, es muy tarde, es mejor que nos despidamos.

-Sí, amor mío, dejo que duermas un rato, acuérdate que mañana a las diez paso a buscarte.

-También yo te deseo felices sueño- dije.

-Eso para mí es fácil, solo tengo que pensar en ti.

Volvimos a besarnos con pasión.

Estuve en el cobertizo observando su cuerpo varonil hasta que llegó a la verja, abrió la puerta y me echó un beso con la mano, y dijo.

-¡Te quiero!.

-¡Yo también!- respondí.

Entré y cerré la puerta de la casa. Fui apagando luces y subí las escaleras. Diana estaba arriba esperándome. Entré en el dormitorio para mirar por la ventana. John estaba enfrente esperando a que saliera para decirme adiós.

CAPITULO- 20 –

Faltaba diez minutos para que sonara el despertador. Me despertaron los gritos de Moisés llamando a su madre, ella le decía por lo bajo que no gritara. Yosi arreglaba el dormitorio de abajo, le dije que lo tuviera preparado para cuando Hugo saliera del hospital. Bajé a desayunar.

-Buenos días señora. Esta mañana ha venido su marido para coger ropa de su dormitorio.

-¿A qué hora ha venido?- pregunté extrañada.

-Siete y diez aproximadamente.

-¿Te ha preguntado por mí?.

-Dijo que la puerta del dormitorio de usted estaba cerrada y que no la quería despertar.

-¿Te dijo algo más?.

-Sí, que más tarde volvería, pero no dijo la hora.

-¿Ha desayunado aquí?.

-Ya había desayunado fuera.

-Está bien Yosi, prepárame un doble de té y una

tostada, en media hora bajo.

Entré en el cuarto de baño y me duché. Mi mente vagaba pensando en Émile el día que se enterara que John y yo, nos amábamos. Un día u otro se tenía que enterar, se volvería loco de saber que me había perdido para siempre. Esto no ocurriría porque me amara sino porque me necesitaba para que alguien llevara su casa y cuidara de él.

Estaba preparada esperando en el cobertizo a John. Oí el motor de un coche que se aproximaba, era él, paró delante de la puerta. Me dirigí a Yosi y le dije.

-Tengo que irme, estaré de regreso a la hora de la comida, prepara lo que quieras.

-Si viene su marido ¿Qué le digo?.

-Le dices que he tenido que ausentarme.

Al salir del cobertizo, Yosi miró el descapotable y sonrió. Me dijo por lo bajo.

-Este joven es el que yo le presenté el sábado por la noche ¿Verdad?.

-Sí, pero de esto, nada a nadie ¿Entendido?.

-¡OK!.

Llegué hasta la puerta de la verja. John estaba esperando delante, sonriente y con gana de abrazarme. Él me gustaba mucho, muchísimo, yo aún tenía en mi mente los diez años que teníamos de diferencia.

-¿Cómo está mi diosa?- dijo besando mi mejilla.

-Muy bien- respondí.

-¿Preparada para el estudio de inglés?.

-Sí- contesté riendo.

Cogimos la gran avenida y luego cogió una carretera de montaña.

-¿Dónde vives?- pregunté.

-En una casa algo alejada de Johannesburgo. Allí puedo escribir tranquilo y sin ruido.

-¿Quién se ocupa de tu casa?- pregunté.

-Samuel trabaja el jardín, el huerto y los árboles frutales. Rosemary es un encanto de mujer, se ocupa de la casa y de mí.

-¿Es guapa?- pregunté con algo de recelo.

-¡Guapa no, guapísima!

-¿Es blanca o negra?.

-Sólo las nativas trabajan para los blancos.

-¿Qué edad tiene?.

John lanzó una carcajada, luego dijo.

-¿Te preocupa que Rosemary sea joven?.

-Depende, creo que sí. ¿Por qué la quieres tanto?.

-Claire, ya estamos llegando, lo primero que voy hacer es presentártela para que te quedes trasquila.

Nos paramos delante de una casa vallada pintada en cal, no era estilo inglés. Era la primera vez que yo iba a casa de un escritor, de un hombre que podía regalar belleza de tanta como la madre naturaleza le había otorgado. Era para estar celosa de cualquier mujer que se la acercara a él.

Salimos del coche, yo deseaba conocer a Rosemary, me imaginaba a una chica nativa y joven.

La puerta de la casa estaba abierta, yo iba al lado de John. En el borde de la piscina se hallaba un hombre nativo de aproximadamente sesenta años,

sacaba con una red hojitas que habían caído al agua. Los dos mantuvieron la mirada sonriendo. Yo estaba deseando que Rosemary apareciera. Se oyó la voz de una mujer que dijo.

-John, estoy en el huerto.

-Voy a presentártela- dijo él.

Pasamos por otra puerta que daba a los árboles frutales. Rosemary cogía fruta de un árbol, mi sorpresa fue enorme al descubrir que era una mujer mayor y nativa. Ella vino a nuestro encuentro, era risueña y agradable. John se adelantó y dijo.

-Mami Rose, te presento a Claire.

Rosemary me miraba con ternura.

-Mi niño, es encantadora y con una sonrisa que cautiva- dijo ella mirándonos a los dos. Luego se dirigió a mí diciendo- ¿Quieres mucho a mi niño?.

-Sí, mami Rose.

Ella lanzó una carcajada al aire de satisfacción y dijo.

-Dices la verdad, los dos sois de la misma raza.

Me quedé sorprendida al no entenderla.

-Mami, explícate mejor, Claire no te ha entendido- dijo John.

-He querido decir que eres exquisita cómo mi niño, los dos habéis nacido para amaros. Me gustan tus maneras, no me conoces y me has llamado mami Rose. ¿Te ha contado John por qué me llama así?.

-No. Yo quiero también llamarla de esa manera si me lo permite- dije.

-¡Claro mi niña! Los hijos qué tendréis también me llamarán mami.

Mami Rose era una mujer muy directa, tenía un ojo que veía rápidamente lo que había y no se equivocaba.

-John, ¿Por qué la llamas mami?-pregunté.

-Ella fue la que me vio nacer y la que me crió. Mis padres siempre estaban ausentes por cuestión de trabajo. Ella era la que me cambiaba los pañales, me daba de comer, me cantaba canciones para que me durmiera, me acunaba en sus brazos, dormía a medias para vigilar mi sueño. Ella fue la que me vistió el día que hice la primera comunión. Estaba

a mi lado en la pubertad y en mis tiempos difíciles cuando no sabía lo que quería, ella me entregó todo su amor de madre. Me enseñó a rezar y a respetar a todas las personas y a todo lo creado. Ella canta como nadie los cantos espirituales, me los cantaba para que me durmiera.

Me quedé asombrada, la madre de John no salía en el relato, no la mencionaba, y le pregunté.

-¿Dónde estaba tu madre?.

-Mis padres son los propietarios del gran hotel palace y de varios restaurantes. Mi madre no pudo criarme pero puso a una sustituta que hizo su labor. El día que yo nací mami estaba en el parto, y desde ese día no se ha separado de mí. Esta casa la compré hace tres años por un precio moderado. Es grande, tiene huerto y árboles frutales. Antes vivíamos con mis padres en una mansión que tienen pero, yo quise independizarme y pedí a mi madre que mami Rose y su marido Samuel se vinieran a vivir conmigo, ella aceptó.

-Mami Rose, ¿Tenéis hijos?- pregunté.

-Dos, uno lo tuve con catorce años y el segundo con dieciséis. Mi madre no quería que viviéramos en su casa, no cabíamos. Samuel y yo nos casamos y nos pusimos a trabajar. A la edad de treinta años conocimos a los padres de John y trabajamos con ellos hasta ahora.

-Mami, ¿Dónde estás tus hijos?.

-Cada uno en su casa y trabajando, nos hicieron abuelos.

-Mami, ¡Qué pasó con tus hijos cuando empezasteis a trabajar con los padres de John?.

-Uno tenía diecisiete años y el otro quince, los dos trabajaban de jardineros en casas distintas, comían y dormían en casa de mis padres. Al nacer John volví de nuevo a criar, tenía experiencia. Lo quiero cómo a un hijo, es muy tierno y cariñoso, de niño me lo comía abesos.

-Mami, no empieces ya- dijo John- Hay veces que me habla como si fuera un niño y no se da cuenta de la edad que tengo.

Mami se rio y me preguntó.

-Mi niña, ¿Te vas a quedar a comer?.

-No, mami. He dejado a Yosi instrucciones para que me espere al medio día a comer.

John le advirtió.

-Mami, no entres en mi escritorio, vamos a trabajar.

Ella no dijo nada y siguió cogiendo fruta.

El escritorio de John era acogedor, grande y desordenado. En una butaca dormía una gata angora blanca.

-¿Puedo acariciarla?- pregunté.

-Sí, desde luego, es preciosa y muy buena.

La hora se nos había echado encima y no habíamos estudiado nada de inglés. John me vio preocupada y me preguntó.

-¿Te pasa algo?.

-Ya conoces mi preocupación cual es. Ahora tengo miedo de llegar a casa y encontrarme con Émile. Me va a preguntar que de dónde vengo.

-Cuando nos acerquemos a tu casa, si el coche de él está en la puerta, no me muevo de allí hasta ver qué pasa.

Me despedí de mami y nos fuimos.

De la guantera del coche John sacó una tarjeta suya y me la dio, dijo.

-Quiero que la tengas y si te ves en apuros me llamas por teléfono y rápido estoy aquí.

Al llegar a la calle vimos que el coche de Émile no estaba, respiré hondo y me tranquilicé. John sintió mi respiración, cogió su mano con la mía, sentí su calor y quedé tranquila. Al parar delante de la puerta, dijo.

-Ahora necesito que me beses.

No dije nada y nos dimos un beso profundo, un beso que yo no quería que terminara nunca.

Al ruido del motor del coche Yosi salió al cobertizo y nos vio. Me despedí de John con otro beso que nos dimos, y dije.

-Tengo que entrar, Yosi nos está mirando.

-Claire, necesito que estés a mi lado para siempre, te quiero.

-Yo también a ti, hasta pronto- dije.

-¿Hasta pronto dices? Esta tarde te estaré

esperando frente a la puerta, en este mismo lugar que estamos ahora.

Yosi me estaba haciendo un ademán con las manos para que fuera. Me despedí de John y vi como se alejaba.

-¿Qué ocurre Yosi?-pregunté nada más llegar al cobertizo.

-Señora, su marido vino media hora después de que usted se fuera. Me preguntó por usted, le dije que había salido.

-¿Dijo algo?.

-Subió al piso de arriba, oí que trasteaba en el dormitorio de usted, después bajó y me dijo. Vuelvo a la una para comer con mi mujer.

-Yosi, te veo asustada ¿Tienes miedo?.

-El miedo que tengo es por usted, puede hacerle algo irreparable, lo he visto un poco descentrado.

-¿Por qué dices eso?- pregunté un poco preocupada.

En ese instante se oyó el motor del coche de Émile que llegada y se paraba al lado de la verja.

CAPITULO- 21 –

El bolso aún lo llevaba colgado en el hombro, lo retiré y lo puse sobre la mesa sin dejar de mirar a Émile, que a largo paso llegaba al cobertizo.

-¿Dónde has estado?- me preguntó de mal talante.

Estaba sudoroso y la garganta seca, por su boca salía espuma de manera que no lo dejaba hablar.

-¡Te he preguntado que dónde has estado!- dijo gritando.

-He tenido que salir- dije con la voz apagada y temerosa.

-¡Sabes lo que me ha dicho la señora Lansiere? Me ha parado y dice que te ha visto en un descapotable con un hombre joven. ¿Quién es?.

Permanecí callada y si dejar de mirarlo.

-¡Respóndeme!- dijo gritando.

-No lo conoces- me limité a decir.

-¡Ya lo sé, es por esa razón que quiero saben quién es!.

-¡No, te importa!- respondí secamente.

Los ojos se le encendieron, movía la cabeza enloquecido, y dijo salpicándome la cara de saliva.

-¡Zorra! ¡No me obligues a que vuelva a utilizar la violencia contigo otra vez! ¡Por tu bien, dime como se llama y dónde vive!.

Pensé en John y me dio fuerza para responderle.

-No me asustas, ni me das ningún miedo. Lo tuyo y lo mío es viejo y pasado- dije serenamente.

-¡Te has enamorado, es por esa razón que me hablas así! ¡Sólo te pido que me digas quién es!.

-Émile, no tienes derecho a preguntarme nada. Y haz el favor de no insultarme.

- ¿Qué? ¡Vuelve a repetir otra vez eso, y haré que te comas las palabras!- dijo casi para pegarme.

-Émile, tienes un grave problema- dije.

-¡No tengo ninguno, el único problema eres tú!.

-Lo tienes de hace muchos años, desde que supiste que eras homosexual, lo escondiste a tu familia, a amigos incluso a mí. Te gustan los hombres pero no acepta que eres gay.

Émile me cortó la palabra.

-¡Basta ya de tonterías! ¿A dónde quieres llegar?.

-Ya me estoy acercando- dije- Has vivido las tres partes de tu vida con muchos complejos y miedos de que alguien descubriera que eres gay. Esa es la razón por la que te casaste conmigo, para despistar tu homosexualidad. De ahí viene la mayoría de malos tratos que los maridos dan a sus mujeres.

Se descompuso cuando escuchó eso.

-¡No tengo por qué decirle a nadie lo que soy!- dijo dando un palmetazo encima de la mesa.

No me alteró en absoluto.

-¿Sabes por qué prefiero a Hugo más que a ti?- dije.

-¡Alguna idiotez tuya me irás a decir!- dijo con la garganta seca.

-Desde un principio Hogo no escondió su homosexualidad, tuvo valor para enfrentarse con todos, incluso con su padre.

Émile cambió de tema, no le interesaba.

-Dejemos ahora a Hugo y a mí a un lado, quiero

que me hables de ese chulo que has conocido- dijo con el semblante blanco.

-No, te diré nada sobre esa noble y buena persona. ¿Me hablas tú de tus amigos o con quién sales y entras?.

-¡Estás muy enamorada de un quita esposas! ¡No juegues conmigo al ratón y al gato, voy a cavar con él! ¡Seguro que debe ser otro maricón!.

Eso no se lo iba a permitir y de lleno le pegué una bófeta y seguidamente otra en la mejilla izquierda, y le dije.

-¡No, vuelvas hablar más de ese modo tan ruin de esa persona tan extraordinaria! ¡ No te lo voy a permitir!.

Dio una patada a la silla que había cerca de él y la tiró al suelo. Me miraba con desafío, yo también. No le tenía miedo, John me había hecho muy fuerte, el amor mueve montañas.

Me señaló con el dedo y con la mirada cruzada.

-Claire, ¡Esto que has hecho lo tenías que haber pensado antes! ¡Me has pagado!.

-¡Y lo volveré hacer!- le dije plantándole cara.

Su modo de mirarme era más tranquilo, le había hecho efecto las dos bofetadas que le di.

-Claire, sólo quiero que comprendas una cosa.

-¿Di me qué es?.

-Estoy seguro que te has enamorado de este hombre. Te irás a vivir con él, es posible que tengas hijos, todavía eres joven. ¿Has pensado qué puede ser de mí, solo y sin nadie?.

-Émile, cuando necesites ayuda te la daré.

-Él no te dejará que lo hagas.

-Sabe que has contraído el virus.

-¿Le has hablado de mi enfermedad?.

-Sí, lo sabe todo y también de Hugo.

-¿Por qué se lo has contado?- dijo contrariado.

-No quiero entrar en detalles, eso sería hablar de él.

- ¿Tanto lo quieres que te molesta que yo pueda saber de su vida? ¿Habéis hecho el amor?.

-No, es una persona que me respeta mucho.

Nos sentamos, más calmados los dos.

-Claire, te pido disculpas por lo bruto que he sido. No soporto que haya otro hombre en tu vida que no sea yo.

-Te entiendo y sé que me necesitas, esa es la razón por la que no quieres que haya otro hombre en mi vida. Necesito ser feliz con el hombre que amo.

-Claire, a mí también me amaste, lo sé. ¿Te ha faltado algo a mi lado?.

-Émile, no quiero hablar del tema, sería volver a lo mismo, hacerte daño sería lo último que quisiera hacer. No estás en el derecho de pedirme que me quede a tu lado. No puedes hacer de mí, más víctima de lo que ya soy.

-Es que es fácil engañarte, eres muy ingenua.

Quería salir de ese callejón sin salida que no iba a ningún lugar, y cambié de tema.

-¿Hoy no has ido a trabajar?- pregunté.

-Ya ve que no- respondió tranquilo.

-¿Qué excusa has dado para no ir?.

-He dicho que me hacían unas pruebas.

-¿Has montado todo ese tinglado solo para que yo no fuera a la cita de trabajo?.

-Todo lo hago porque no te quiero perder y esté a mi lado.

-De la manera que eres me haces mucho daño.

-Claire, quiero que pienses un poco en mí. Necesito que vengas conmigo esta tarde a ver la casa que tengo apalabrada, a las cuatro firmo el contrato. Estoy seguro que la casa te va a gustar, la he cogido pensando en ti y para que esté bien.

-Émile, no vuelvas a lo mismo, haz tu vida con quien tú quieras, te lo he dicho antes y te lo volveré a decir siempre.

En ese instante sonó el teléfono. Pensé que era John, Émile también pensó lo mismo por la manera de mirarme, fue rápido para coger el teléfono pero yo lo detuve.

-Deja que lo coja yo- dije.

Me siguió y se quedó a mi lado. Estaba yo que no sabía qué decir, y respondí.

-Diga- dije con voz apagada.

-Claire, ¿Cómo estás?- era la voz suave de John.

-Bien, muy bien- dije con voz tímida.

-Noto que te ocurre algo ¿Qué es?.

-John, estoy bien.

-¿Está tu marido cerca de ti?.

-Sí.

-¿Se ha propasado contigo?.

-John, no ha sucedido nada.

-Quiero ir ahora a verte, necesito saber si es verdad lo que me dices.

Levanté la vista y miré a Émile. Estaba blanco y la cara rígida, me asusté al verlo, era lo más parecido a un tigre a punto de saltar sobre su presa. Quiso quitarme el teléfono pero colgué. Me insultó.

-¡Zorra!..¡Putá! ¡Ahora soy yo quién no quiere saber nada de ti!.

Respiré aliviada. ¿Sería verdad lo que decía?.

Sabía que John no iba a tardar en llegar, el que yo colgara el teléfono tan rápido hizo ver que me hallaba en una situación crítica. Émile rompió un

jarrón que había cerca del teléfono, lo estampó con rabia en el suelo. Salió al cobertizo y empezó a dar patadas a las sillas, pensé que se había vuelto loco, mientras lo hacía me insultaba.

Era la hora que tenía que irse para hacer el contrato de la casa. No quise acompañarlo, si lo hacía le daba esperanza de que todo volvía de nuevo. Al irse me miró de mala manera pero no dijo nada. Montó en el coche y se fue.

Yosi había presenciado todo desde la cocina. Retiró los trozos rotos del jarrón , y pusimos bien las sillas del cobertizo.

El descapotable de John no tardó en llegar, se paró en el lugar de siempre, fui a recibirlo a la puerta de la verja, le dije.

-John, vamos a tu coche, hablaremos lejos de aquí.

-¿Estás bien?- preguntó revisando con la mirada todo mi cuerpo.

-Ahora si lo estoy, a tu lado siempre me encuentro bien.

-¿Dónde está Émile?.

-Acaba de irse, va a firmar un contrato para una nueva casa. Se va de aquí, quería que fuera con él.

-¿Qué ha ocurrido?.

-Es mejor no recordar nada. Lo perdono por estar enfermo y verse sólo.

-¿Ha tratado de hacerte daño o de insultarte?.

-Le he tenido que dar dos bofetadas.

-¿Tú le has pegado?- dijo riendo- ¿Cómo ha reaccionado?.

-Mal, pero me da igual, antes le tenía miedo, ahora no.

John acaricio mi cabellera y sin perder la sonrisa dijo.

-Me gusta que seas valiente. Ahora quiero llevarte a cenar a un sitio especial, coge tu bolso.

Entré y fui a darle instrucciones a Yosi para que no hiciera cena. Cogí mi bolso y salí de la casa. John seguía esperando junto a la verja, y nos dirigimos al descapotable.

Habíamos llegado al centro de Johannesburgo. Mi sorpresa fue enorme al hallarnos frente al hotel y

restaurante, Gran Palace. Al descender del coche John cogió mi brazo para entrar en el restaurante. El portero nativo y vestido con esmoquin blanco, nos recibió con un saludo.

-Buenas noche, señor y señora Edwars.

-Buenas noches Josué- respondió John.

Era un gran restaurante de lo más lujoso de Johannesburgo, la descripción sería larga.

John me condujo a una de las últimas mesas, todas las demás estaban ocupadas de gente que cenaban. Yo miraba todo el alrededor entusiasmada. Me quedé mirando la silueta de una señora bien vestida, de cabellos teñidos y de media melena, de aproximadamente cincuenta años. Ella observaba que todo estuviera en orden. Vi que le hacía señas a un camarero nativo para que se acercara a ella, le dio instrucciones de algo. De lejos pude apreciar el parecido físico que tenía con John, lo miré y le dije.

-Eres el mismo retrato de tu madre.

-Es cierto, no podemos negar que somos madre e hijo, también el color de los ojos es igual.

Un camarero se acercó y nos trajo dos cartas para elegir el menú. Había mucho para pedir pero yo no tenía apetito y pregunté a John.

-¿Qué vas a cenar?.

-Voy a pedir canapés variados y un vino blanco frío.

-Yo quiero lo mismo- dije.

John se fijó en los morados que tenía en los brazos y dijo.

-Me pongo de mal humor cuando te veo las hematomas. Émile se la está buscando.

-Es mejor que lo olvides, es un bruto, un salvaje, se hizo en la calle y pega muy duro.

-Claire, tú piensas de una manera y yo de otra. Mis pensamientos son, que hay que acabar lo más pronto posible con los malos tratos que te da.

-Mientras siga yendo a casa y me pida que me vaya a vivir con él, lo seguirá haciendo.

-Te propongo que esta noche, vengas a dormir a mi casa hasta el sábado que llegan los padres de Hugo. ¿Qué te parece?.

-Es mejor que no lo haga, lo conozco bien, se volvería loco y haría mil cosas que no quiero decir.

-Dices que él apenas duerme allí y que va cuando se le antoja. Yo estaré más tranquilo si está en mi casa, con mami no te faltará de nada.

-John, no es necesario que te preocupes tanto, conozco los límites de Émile y hasta dónde puede llegar.

-Con esta clase de hombres, nunca se sabe. Yo espero que no vuelva a insultarte y aún menos ponerte una mano encima.

-No quiere oír nada sobre su vida pasada ni de la que tiene ahora. Los complejos se les han acumulado en la mente y se pone furioso si, se le recuerda algo.

-Un hombre de esa condición es peligroso. ¿Le ha pegado alguna vez a Hugo?.

-Infinidad de veces. He presenciado los golpes y puñetazos que le ha dado estando ya enfermo.

-¿Émile tiene padres?.

-Padres, hermanos y hermanas.

-¿Saben que es homosexual?.

-Que yo sepa, no.

-Esto es difícil de creer que unos padres no sepan que tienen un hijo gay – dijo John incrédulo.

-A Émile no se le nota nada, sólo lo sabe el círculo donde se mueve que también es gay.

Habíamos acabado la bandeja de canapés. El camarero hizo su presencia y preguntó.

-¿Los señores desean algo más?.

-Yo, no – dije.

-¿No quieres pedir un postre?-me preguntó John.

-No me cabe ni una uva en el estómago- dije.

-No tomaremos nada más- dijo John al camarero.

Me sentía bien en el restaurante de los padres de John y junto a él. No parábamos de hablar y de hacernos preguntas.

-Claire, háblame de tus padres- dijo John.

-Mi madre murió hace cinco años y mi padre mucho tiempo más.

-Lo siento.

La gente había abandonado el restaurante, los camareros quitaban los manteles y ponían otros limpios. La madre de John no la volví a ver esa noche, seguro que se había ido. Nos quedamos los dos solos.

John aparcó el descapotable delante de la puerta. En lo primero que nos fijamos fue si el coche de Émile estaba aparcado, no era así, las luces de la casa estaban apagadas, todo en orden.

John pasó su brazo por mis hombros y nos besamos, ese beso duró una eternidad. Sus labios eran suaves y dulces cómo la miel. Su aroma a limpio me embriagaba. Yo rodeaba con mis brazos su cuerpo atlético. Me susurró al oído.

-Claire, diosa mía. Es mejor que esta noche la pases en mi casa. ¿No es buena idea?.

-Sí lo es, pero es mejor que me quede aquí.

-¿Lo haces por si viene Émile?.

-No pienso en él. Está Diana la perrita me espera.

-La traes, en casa estará bien.

-John, ahora no puede ser, hay que esperar un tiempo.

-Entonces me quedo aquí en el coche hasta que amanezca, estaré más tranquilo, a si te vigilo de cerca.

-¡Estás loco!- dije riendo- ¿De veras lo harías?.

-Por mi diosa haría las locuras más grandes que se haya escrito en la historia.

-No serías capaz de quedarte toda la noche aquí.

-¿Crees que no?- dijo besándome.

-No, lo creo- dije riendo.

Se fijó en el poste de luz que había delante de la verja y dijo.

-Ahora voy a subir por el poste hasta arriba. Lo hago por mi diosa, de esa manera verás que un hombre enamorado hace locuras por la mujer que ama.

Abrió la puerta del coche y salió, yo lo iba siguiendo con la mirada al tiempo que reía, no creía que sería capaz de hacerlo. Cuando se agarró al poster para subir, me asusté mucho, el poster era muy alto, lo iba subiendo cómo el que sube por unas escaleras. Le dije.

-John, baja por favor. ¿Me estás escuchando?.

A la mitad del poster empezó a bajar, lo hizo para que yo estuviera tranquila. Al entrar en el coche le dije.

-Me has hecho pasar miedo. ¿En verdad ibas a subir hasta arriba?.

Con sus manos rodeó mi cintura y me llevó hacia él, y dijo.

-Por ti haré todo lo que sea necesario, incluso andar por el cable de la luz. ¿Te has asustado mucho?.

-Muchísimo- dije con mi boca pegada a la de él.

-Es porque me quieres, los dos nos queremos.

Eran las doce de la madrugada. Yo tenía que entrar en casa, Diana esperaba detrás de la verja llorando.

-Buenas noches John- dije dándonos otro beso.

-Claire, llámame nada más que oigas un ruido.

-Lo haré John, no te preocupes. No creo que Émile venga esta tarde, le he hablado muy en serio y le he puesto las casas claras.

-Sí, pero no me fio, ese es un loco de verdad.

-John, vete tranquilo. Hace esas locuras conmigo porque se encuentra sólo, tiene unos cuantos amigos para su disfrute, pero su única familia soy yo.

-Claire, es por esa razón que va a luchas para tenerte con él. ¿Lo quieres aunque sea un poco?.

Esa pregunta me desconcertó.

-¡No lo quiero! Es cierto que lo he querido mucho, no puedo negarlo, pero ese fuego hace tiempo se apagó. ¿Por qué lo preguntas?.

-Necesitaba oír tu respuesta.

-Tengo que correr el riesgo de enfrentarme a él. Espero que esto pronto acabe.

-No tienes necesidad de correr ese riesgo. Vente a vivir conmigo, quiero que nos casemos y que seas la señora Edwards.

No hacía una semana que nos conocíamos y ya hablaba de casarnos. John era de esa manera de ser, claro y transparente. Yo no lo decía pero tenía más ganas de casarme con él y de estar viviendo a su lado. Yo también soñaba que llegara ese día.

-También yo sueño en que llegue se día y verme convertida en señora Edwards. ¡Te amo John!.

Me atrajo contra él, y me llenó de besos y de frases hermosas de amor. Era la primera vez que vivía un sueño de amor tan deseado y con tanta pasión. No queríamos separarnos el uno del otro, estábamos fuertemente abrazados. Yo sentía el latir de su corazón en mi pecho. Estábamos viviendo unos momentos de amor y de frenesí.

El lloriqueo de Diana me hizo reaccionar. Me fui separando del cuerpo de John sin ganas de hacerlo.

-John, es hora que nos separemos para irnos adormir- dije.

-Sí, diosa mía. Quiero que sueñes esta noche conmigo, porque yo no sé si voy a poder dormir.

Me dirigí a la verja y abrí la puerta. Diana empezó a dar saltos a mi alrededor. Me siguió hasta el cobertizo de la misma manera, di al interruptor de la luz. Me di la vuelta para decirle adiós a John, seguía de pie viendo todo lo que yo hacía. Le eché un beso con la mano, él a mi otro y seguidamente entré en la casa. Sobre la mesa del salón había una nota de Émile, la leí sin cogerla, decía.

CAPITULO – 22 –

-Claire, he venido pero no estabas.

En ese instante sonó el teléfono, sabía que se trataba de él, lo cogí despacio y con un hilo de voz respondí.

-Diga.

-He estado ahí esta tarde, también por la noche y no estabas.

Su voz sonaba alterada y la respiración agitada. Respiré profundamente para tranquilizarme y poder responderle.

-Se que has estado, he leído la nota- dije tragando saliva.

-¿Dónde has estado tanto tiempo? ¡Vine para cenar contigo!.

Me vi obligada a mentirle.

-Fui a casa de mi amiga Magdalena.

-¿Todo este tiempo has estado con ella?.

-Insistió para que me quedara a cenar.

-Estoy seguro que habéis hablado de mí.

Me quedé más tranquila al notar que lo creyó.

-No te mencionamos, hablábamos cosas de mujeres.

-¡Me estás mintiendo! ¿Por qué no hablas de ese niño? ¿Crees que me voy a tragar la historia que me estás contando? ¡Después de yo irme vino él y os fuisteis en su descapotable! ¡Está enamorado de ti hasta la médula!.

Me quedé muda sin saber qué decir. De pronto vi no a mi mente la imagen de John y me dio fuerza para responderle.

-¡Émile, déjame tranquila! ¡No me espíes ni me atosigues! ¡Yo a ti no te pregunto por tus amigos!.

-¡A ese niño lo voy a dejar marcado, le voy a desfigurar la cara de guaperas que tiene!.

-¡No lo llames niño! ¡Es más hombre que tú!.

-¡No me hables en ese tono! ¡Eres mi esposa y estás obligada a vivir conmigo!.

-Émile, lo nuestro no tiene sentido, es agua pasada, trata de rehacer tu vida junto a otro

hombre y deja que yo haga la mía. No me quieres, no sientes nada por mí, ni yo por ti. Si un día necesitas que te ayude, loaré, pero no cómo esposa.

Se quedó callado, solo oía su respiración alterada, pasados unos instantes dijo.

-Claire, ¿Has pensado en la enfermedad que tengo? Ahora el virus no está fuerte, pero en cierto tiempo puede estarlo y me encontraré solo.

-Émile, pienso en todo eso y también en mí. Tengo treinta y siete años y estoy en el derecho de rehacer mi vida con el hombre que quiero.

Volvió a quedarse en silencio.

-Yo también te quiero- dijo con voz más tranquila.

-No es verdad, solo lo dices para que yo lo crea, pero no es cierto. Ahora ya no ibas a cambiar, para que haga lo que quieres tienes que amenazarme y dejarme señales en los brazos también insultarme. Émile, debes de comprender que no eres un buen esposo.

-Es cierto lo que dices, pero lo hago para que me obedezcas, es mi manera, no conozco otra.

Tenía que cambiar de tema .

- Hugo hoy se ha quedado sin visita.

-He hablado con él por teléfono- dijo- Siempre está con la misma historia, me aburre su conversación.

-¿Esta noche es la primera que pasas en tu nueva casa?- le pregunté para animarlo.

-Sí, pero estoy solo-dijo con voz triste- El sábado voy a dar una fiesta, van a venir mis amigos, haremos una barbacoa. ¿Cuándo vas a venir a conocer la casa?.

-Lo más pronto que pueda- dije.

-Este sábado es un buen día para que vengas.

-Llegan los padres de Hugo, tengo que estar con ellos. Tú también tendrías que estar aquí.

-Claire, de este tema hemos hablado muchas veces. No soporto al padre de Hugo.

-No lo conoces, no debes pensar de esa manera de él. Ahora viene para ver a su hijo, estoy segura que sufrirá mucho cuando vea en el estado que está. Tarde o temprano tienes que verlo, estás

cometiendo un grave error con tu comportamiento.

-¿Por qué?.

-¿Has pensado que a Hugo le quedan pocos días de vida? ¿No vas a estar con él en su lecho de muerte?.

Estuvo cayado unos segundos.

-Hace tiempo que lo pienso- dijo con voz pausada.

Miré la hora en mi reloj, eran las dos de la madrugada, tenía que despedirme, el sueño me consumía y dije.

-Émile, tengo que irme a dormir.

-Voy a dejarte que duermas- dijo él.

-Buenas noches- seguidamente colgué el teléfono.

Me disponía a subir las escaleras cuando sonó el timbre del teléfono, me di la vuelta y lo cogí.

-Diga- dije con voz serena.

-Claire, hace rato que te estoy llamando pero comunicabas. ¿Hablabas con Émile?.

-Sí, me ha tenido dos horas al teléfono, no he tenido más remedio que escucharlo.

-¿Se ha portado bien esta vez contigo?.

-No me ha insultado. Este sábado es la inauguración de la casa dónde va a vivir, me ha pedido que vaya.

-¿Qué le has dicho?.

-Este sábado llegan los padres de Hugo, tengo que estar aquí para recibirlos. Y de todas maneras no hubiera ido, es una fiesta para hombres.

-Claire, deseo con todas mis fuerzas que toda esta pesadilla acabe y que tú y yo estemos juntos para siempre. Te quiero.

-Yo más- dije.

-Soy un hombre afortunado, le doy gracias al destino. Ahora vete a dormir, tienes que estar cansada.

-Buenas noches John.

-Hasta mañana diosa mía.

Dejé el teléfono en su lugar y subí al dormitorio. Diana hacía rato que dormía encima de

la alfombra. Me quité la ropa y me metí en la cama. El haber hablado con John me había quitado el sueño, solo pesaba en él, en su cara de ángel pero masculina, en sus brazos de hierro, en su cuerpo de atleta, en su voz suave y acariciadora, era imposible quedarme dormida, como no podía dormir, me senté en la cama, abrí el cajón de la mesita y extraje un bloc y estilográfica. Me puse a escribirle, le decía todo lo que sentía hacía él, todo el amor y la pasión que corría por mis venas cuando estaba en sus brazos. No puse tabú en ninguna frase ni en ningún pensamiento. La carta la cerré y la guardé en mi cofre con llave.

Me dormí muy tarde. Me despertaron unos golpes en la puerta, abrí, era Yosi, dijo.

-Señora, son las nueve de la mañana.

-Gracias Yosi. Prepárame el desayuno, voy a ducharme y en media hora estoy abajo, tengo que ir al hospital a visitar al señor Barreau.

-Ok señora.

Tardé veinte minutos en ducharme y vestirme. Estaba desayunando y oí el motor de un coche que se paraba delante de la verja, miré, era Magdalena.

Rebosé de alegría al verla, ella era siempre bienvenida a mi casa. Me puse en pie para recibirla, hacía más de una semana que no la veía.

- Claire, estás guapísima- eso fue lo primero que dijo al verme.

Se sentó en frente de mí. Yosi trajo un platillo y una taza para que tomara té conmigo.

-Magdalena, tu siempre tan amable- dije- Tienes mucha más intuición que yo. ¿Qué crees que me ha podido suceder?.

-Déjame adivinar- dijo sin dejar de sonreír- ¡Has pedido el divorcio!.

-No, pero estás entre frío y caliente.

-¡Te has enamorado, lo veo en tus ojos!.

-Has acertado- dije.

-¿Quién es el afortunado? ¿Lo conozco?.

-Es posible que hayas oído hablar de él.

-Querida, me tienes intrigada, dime su nombre.

-Se llama John Edwards.

- ¿John Edwards?- repitió recapacitando- ¿Es el

escritor?.

-Sí.

-Hace un año le dieron un premio por un libro que escribió. ¿Cómo lo has conocido?.

-El pasado sábado noche en el poblado de los nativos.

-¿Asististe a la ceremonia que los brujos ofrecían a la madre luna?.

-Sí, me llevó Yosi. Él estaba allí, hacía un reportaje para un libro que está escribiendo.

-UFF. Vaya pedazo de hombre. No lo conozco en persona, lo vi en una fotografía en el periódico cuando le dieron el premio. Me lo tienes que presentar.

-Desde luego que sí. Estoy muy enamorada de él.

-¿Y qué mujer no lo puede estar?.

-Es diez años más joven que yo- dije.

-Para el amor no hay edad- dijo ella.

-¿sabe Émile?.

-Sí.

-¿Cómo se lo ha tomado?.

-Muy mal. Me ha amenazado con romperle la cara, mira las marcas que me ha hecho en los brazos. Se ha ido a vivir a otra casa, quiere que me vaya con él.

-¿No es gay?.

-De toda la vida, pero como tiene la enfermedad de Hugo, quiere que esté a su lado.

Magdalena no dijo nada y cambió de tema.

-Claire, he venido para que me acompañes al centro, voy de compras. ¿Te apetece venir?.

-Ahora voy al hospital a visitar a Hugo.

-¿Cómo está?.

-Mal, el viernes lo mandan para casa, y al día siguiente llegan sus padres.

-¿De qué vas a mantener esta casa si Émile ya no vive aquí?- preguntó Magdalena.

-Hay acontecimientos que todavía no quiero desvelar- dije.

-¿A mí tampoco? ¿Me lo vas a ocultar?.

-John quiere que vaya a vivir a su casa, de hecho ayer me llevó.

-Sólo hace unos días que os conocéis- dijo extrañada- ¿Por qué tiene tanta prisa?.

-Creo, que tiene miedo a perderme, eso no va a suceder, yo también tengo miedo de perderlo a él.

-¿Tan enamorados estáis?.

-Mucho. Estar dos horas con John es como si lo conocieras de toda la vida, es transparente como el cristal. No quiero perderlo por nada del mundo él, es toda mi vida.

-¿Recuerdas lo que te dije un día? ¿Lo recuerdas?.

-Lo recuerdo, y he pensado mucho en ti la noche que me quedé prendada de él.

-Claire, muchas veces hemos hablado del amor y, en una ocasión te dije, que te ibas a enamorar. Tú me decías que eso no iba a suceder porque ya no creías en los hombres.

-John es diferente, es imposible no amarlo.

-Me gustaría estar en tu piel y sentir ese amor.

CAPITULO – 23 –

Magdalena me dejó en la puerta del hospital, ella se fue de compras. La puerta de la habitación estaba entornada, la empujé y la abrí. Hugo estaba en la cama hojeando una revista, al verme la dejó a un lado y se incorporó para darme un beso.

-¡Hola Hugo! ¿Cómo estás?.

-Sin fuerza, dónde mejor estoy es en la cama. Mira lo que me ha salido dentro de la boca.

-Ábrela- le dije.

Tenía yagas y manchas rojas en las encías y dentro de los labios.

-¿Se lo has enseñado al médico?.

-Dice que todo es de lo mismo. Me duele mucho, no puedo tragar ni agua. Espero encontrarme bien para el viernes, me voy a casa. Al día siguiente llegan mis padres, Tengo gana de abrazar a mi madre, también a mi padre.

-¿Sabes que Émile ya no vive en casa?- dije.

-¿Se ha ido a vivir con Paul?.

-Ha alquilado una casa con jardín y piscina.

-¿La has visto?.

-No, me lo ha contado él.

Hugo cambió de tema para decirme.

-Claire, quiero pedirte perdón por todo lo que he podido hacerte y ofenderte.

-Hugo, no tienes que pedirme perdón por nada, no me has hecho ningún daño.

-Sí y mucho. Cuando llegaste a Johannesburgo quise separarte de Émile para siempre. Al principio me caías mal, tenía celos de ti y miedo que me lo quitaras. Las peleas que teníamos eran por eso, os vigilaba cómo gata en celo. Tu siempre estabas ahí para separarnos y regañar a Émile de cómo me trataba, pero la culpa era mía.

Yo lo escuchaba atónita.

-Gracias Hugo por todo lo bonito que me acabas de decir- dije con los ojos llorosos.

-Claire, tu no mereces un marido como Émile.

-Lo sé Hugo, es por esa razón que mi vida ha cogido otro rumbo.

-¿Qué sabes de John?. Pienso que él te hará feliz.

-Estás en lo cierto. Pronto todo va a cambiar-dije.

Traían la comida a los enfermos.

-Hugo, me despido de ti hasta el viernes-dije.

Un taxi me dejó en la puerta de la casa. Al abrir la puerta de verja, me sorprendió ver a Émile sentado en el cobertizo en un sillón de bambú. Había cambiado de manera de vestir más elegante. Portaba un traje color blanco, una camisa a rayas blancas y azules y corbata gris merengo, zapatos marrón brillante acabados de limpiar.

Reconozco que estaba atractivo pero su visita no me hacía ninguna gracia. Se levantó para recibirme y llegó a mí. Esperé que hablara.

-Claire, estoy contento de verte, se que vienes del hospital, Yosi me lo ha dicho.

-También yo me alegro de verte-dije.

-¿Te alegras de verdad?- dijo contento.

-Émile, ¿No tenías que estar en tu trabajo?.

-He pedido cinco días libres. ¿Te gusta el traje que he comprado? Lo he hecho por ti y que veas que he cambiado, ya no soy el mismo hombre, te quiero y te seguiré queriéndote.

Me cogió de los brazos con intención de besarme, yo lo rechacé y me fui para un lado. Miró el gesto que hice y vi cómo apretaba las mandíbulas disimulando el mal humor que se le había puesto.

-¿Por qué dices que ese traje lo has comprado por mí?- dije algo separada de él.

-Se que te gusta el hombre que viste clásico, a partir de ahora te voy a complacer en todo.

-¿Por qué quieres hacer es por mí? ¿A qué viene eso ahora?- dije dándome igual- Dime, ¿Para qué has venido?.

Su sonrisa de dientes blancos y limpios había cambiado.

-No soy bien recibido ¿Verdad? yo venía contento para sacarte de todos tus apuros.

-¿Me ves apurada?.

Movió la cabeza afirmando.

-Me necesitas- dijo convencido- Soy tu marido y el que tiene que mantenerte, todo lo demás es pasajero.

-¿Qué tienes previsto para mí?- dije con ironía.

-Claire, tienes que ser razonable y ver las cosas como son, tienes treinta y siete años y ese tal John diez menos que tú. Cuando consuma lo que quiere te dejará, soy hombre y sé lo que buscamos.

-¿Me dejará tirada como tú lo hiciste? ¿Te estás refiriendo a eso?.

Sonrió ligeramente, luego se puso serio.

-He venido para llevarme tus cosas a la otra casa- dijo en seco y afirmando.

-¡Nada que sea mío saldrá de aquí!- dije rotundamente.

-Te aferras ¿Eh? ¿Por qué siempre has conseguido que yo pierda la paciencia? ¿Desde cuándo dudas de mí?.

-Desde que supe que me engañabas con otro hombre. ¿Cómo quieres que te crea?.

Me señaló con el índice.

-¡No será fácil que te libres de mí! ¡No puedes casarte con John porque estás casada conmigo! ¡Tampoco es fácil que pidas el divorcio porque estamos lejos de Francia!.

-Émile, no te entrometas en mi vida- dije enfadada.

-¡Y si no! ¿Qué? Soy tu marido y quiero que vivas conmigo.

Se oyó el teléfono sonar, Yosi lo cogió, oí que hablaba con alguien, pero seguidamente cortó.

-Será tu amigo- dijo Émile con voz ronca- Todo terminará cuando yo le eche el guante ¡Niñato de papá que todo se lo dan hecho!.

-Si lo conocieras no hablarías de esa manera. Ha llegado a donde está por sus propios meritos- dije.

Se enfadó y creí que se volvía loco.

-¡Qué meritos puede tener un pobre marioneta que viste y tiene porte de narciso! ¡Que tiene una melena que le llega a la mitad de la espalda atada como una mujer! ¡Ese es más maricón que yo! ¿Desde cuándo te gustan los maricas?.

Me tapé los oídos con las palmas de mis manos para no oírlo.

-¿No te interesa saber lo que pienso de tu delicada flor? ¿Tienes miedo a que dañe su imagen?- dijo haciendo gestos femeninos.

-¡Basta!- grité sin quitar las manos de los oídos- ¡Eres torpe, ridículo y tonto! ¿Quieres que siga diciendo de ti todo lo que pienso?.

-¡Vamos, despelótame!- dijo avanzando hacia mí.

-¡No quiero a seguir hablando contigo!- dije entrando en la casa.

Ocurrió lo que yo temía.

Delante de la puerta acababa de aparcar el descapotable de John. En ese instante deseé que la tierra me hubiese tragado. Vi cómo John salía del coche, se quedó de pie con los brazos cruzados de cara a la casa. Llegué hasta la cocina, necesitaba hablar con Yosi, ella dijo.

-Señora, ha llamado el señor Edwards preguntando por usted.

-¿Qué le has dicho?.

-Que estaba usted con su marido hablando en el cobertizo.

Oí que Émile entraba en el aseo.

-Está fuera- dije bajando la voz- Acércate a la verja y dile que se vaya y que vuelva cuándo mi marido se haya ido.

-Si señora.

Yosi salió por la puerta trasera de la vivienda para no encontrarse con Émile que ya salía del aseo.

Puse la mesa en la cocina para comer. Émile entró y le pregunte.

-¿Quieres comer?.

-Sí. ¿Estás enfadad conmigo por lo que he dicho?.

-No es nada, ya se me pasará- dije.

-Claire, ¿Quieres mucho a John?.

Me quedé sin saber qué decir por miedo a su reacción. Volvió hacerme la misma pregunta.

-¿Quieres a John?.

-Émile, ya hemos hablado antes, no quiero que entres en mi vida, vive la tuya y déjame en paz.

-Eso es un sí- dijo levantando la voz.

-¿Te pregunto yo a ti si quieres a Hugo, a Paul u otros amigos que tienes?.

-Sí los quiero y no me avergüenzo decirlo.

-¿Los deseas y sientes amor hacía ellos?.

-¿A qué viene eso ahora?- dijo cómo si nada.

-Émile, a lo mismo- dije mientras me levantaba de la mesa. Estaba inquieta de no saber la respuesta de John a Yosi.

-¿A dónde vas?- preguntó.

-Tengo que subir a mi habitación.

-Ya subo yo y te traigo lo que sea- dijo.

-No, tengo que ser yo.

-Muy bien sube.

Subía las escaleras liberada de su presencia, entré en mi dormitorio y cerré la puerta. Llegué hasta la ventana, quería ver si John seguía en el mismo lugar. Estaba en el mismo sitio mirando la casa. Le hice gestos con las manos, me vio y se acercó a la verja. Me dijo en voz alta.

-¡Claire, baja, necesito hablar contigo!.

Con las manos le marqué, que bajara la voz. No hizo caso y siguió diciendo.

-Claire, tengo que verte de cerca.

-Ahora no- dije por lo bajo.

Estaba segura que Émile lo había oído y me puse a temblar. Me separé de la ventana y fui hasta la puerta, al abrirla me di de bruces con Émile. Tenía el semblante serio y blanco, la mirada rígida. Me quedé helada de pie como una estatua. Me apartó y me dejó a un lado, entró en el dormitorio y fue a la ventana, miró de cara a John que seguía en la verja y le dijo con insultos.

-¡Ya tenía ganas de pillarte! ¡Excremento!
¡Basura!.

Bajé rápidamente las escaleras y salí al jardín, me dirigí a la verja, la abrí y dije a John.

-Vete por favor, Émile está enloquecido.

John estaba sereno y tranquilo, me dijo.

-Claire, cálmate, no tengas miedo.

Me di la vuelta, Émile venía a grandes

Zancadas, al llegar a la verja, me gritó diciendo.

-¡Claire, entra en casa! ¿Me oyes?.

John se acercó a mi mejilla y me dijo por lo bajo.

-Haz lo que te dice, entra en casa y no tengas miedo ¿De acuerdo?.

No me dio tiempo a decir nada, Émile había llegado a la verja, parecía un león en ataque dispuesto a devóralo todo.

Salomón se había quedado a la mitad del jardín observando lo que sucedía. Yosi en el cobertizo mirándome como me acercaba. Iba llorando, el corazón me palpitaba, parecía que iba a explotar. Al llegar al cobertizo me di la vuelta para presenciar lo que sucedía. Me sentí impotente y poca cosa al sentirme dominada por Émile, no tenía derecho hacer eso, yo era dueña de mi persona. Sentí mucha rabia y decidí volver a la verja y presenciar lo que estaba pasando. Émile le decía a John.

-¡No te acerques más a mi mujer! ¡De lo contrario, seguro que te mato!.

Yo me acerqué a los dos y dije a Émile.

-¡Eres tú quién no tiene que acercarse más a mí!.

John me observaba con una sonrisa. Estaba tranquilo, no había perdido los nervios. Émile parecía que se había vuelto loco, balbuceaba al hablar, por la boca le salía saliva espesa. Me miraba cómo si me quisiera matar. Con el mismo coraje le dije.

-¡Coge lo que te quede en la casa y vete!.

Émile tardó en responder.

-¡Te recuerdo que si quiero quedarme, me quedo! ¡Esta casa todavía es mía!.

-¡Quédate si quieres pero yo me voy!- dije.

Émile se sintió ridículo ante la presencia de John, por la manera que le hablé. Los humos de hombre macho se le bajaron. Sin mediar palabra entró en la casa, a los cinco minutos salió con la chaqueta en la mano y la corbata en la otra. Se dirigió a su coche, se dio la vuelta y me miró, del modo que lo hizo no era de odio, si no para que yo sintiera pena de él. Arrancó el coche y se fue.

Tanto John como yo nos sentimos aliviados.

-¿Cómo te encuentras?- preguntó.

-Mucho mejor, al fin he podido quitarme una

espina que me molestaba.

-¿Quieres estar sola?.

-No es necesario. Quiero estar contigo el resto que le queda al día. ¿No eres mi profesor de inglés?.

-¿Quieres que vayamos a mi casa? Mami estará contenta de volver a verte, hoy me ha preguntado por ti.

-Claire ¿Sigues preocupada por Émile?- preguntó.

-No se me va de la cabeza, esto requiere su tiempo.

-El viernes vendrá en la ambulancia acompañando a Hugo. ¿Lo recuerdas?.

-Es cierto, faltan sólo dos días- dije pensativa.

-Le has prohibido entrar en la casa ¿Te vas a quedar sola con Hugo un día hasta que lleguen sus padres? Está muy enfermo y necesita que sea un hombre quien lo mueva.

-No me preocupa eso, Émile aunque es borde y se porta a veces muy estúpido, no tiene malos sentimientos. Hugo ha sido su compañero y cuidará de él los días que sean necesarios.

-¿Estás decidida a que vayamos a mi casa?.

-Sí, voy a darle instrucciones a Yosi para la cena.

Me cogió de la mano y me retuvo.

-¿Qué te parece si esta noche cenamos en mi casa?.

-Creo que es buena idea- dije manteniendo las miradas.

A Yosi la encontré en la cocina limpiándole las manos a su hijo con una servilleta.

-Yosi, no hagas nada para cenar, me quedo en casa del señor Edwards.

-Si viene su marido ¿Qué le digo?.

-No va a venir, pero si viene le dices la verdad.

Ya no iba a esconderme más de Émile ni de nadie, mi amor por John lo iba a gritar en todos sitios que fuera, tampoco me importaba tener diez años más que él. El destino lo había puesto en mi camino en agradecimiento de haber sobre llevado una ilusión perdida de Émile.

Ahora me sentía renovada y sobre todo joven.

CAPITULO- 24 –

Entré en el dormitorio y me cambié de ropa, mientras lo hacía miraba por la ventana la silueta esbelta de John esperándome junto a su descapotable rojo. Pasé al cuarto de baño y toqué los labios con carmín color amapola, era mi preferido. Peiné mis cabellos, seguidamente cogí el bolso y bajé las escaleras. Yosi estaba limpiando el cobertizo, su hijo se entretenía con algo que había encontrado en la hierba.

-¡Yosi hasta mañana!- dije.

-Qué lo pase bien señora.

John abrió la puerta del coche para que entrara, era muy galante y refinado en todo, había recibido buena educación, era una prenda de hombre. Cuánto más lo miraba más enamorada estaba de él, sus ojos color verde mar entraban en mí, y no era dueña de mis acciones, había veces que él se daba cuenta, yo sentía vergüenza, pero él sabía cómo quitármela. Muchas veces tenía miedo que todo fuera un sueño y qué de pronto me despertara.

La tarde estaba cayendo. Mami y su marido Samuel estaban sentados en el jardín hablando cosas de ellos, a vernos entrar se levantaron para recibirnos.

-Buenas tardes Claire- dijo mami saludándome con su cortesía y simpatía habitual.

-Buenas noches mami- respondí.

-Mami, Claire se queda a cenar- dijo John.

-¡Estupendo! ¿Se quedará también a dormir?.

John me miró y sonrió, luego dijo.

-Mami, qué cosas tienes.

-¿Hay algo malo en eso?- preguntó ella.

Negué mientras sonreía.

-Claire, ¿Qué te apetece para cenar?-dijo ella.

-Mami, lo que tengas previsto- dije.

-Hay de todo, tú pide.

-¿Tienes langosta?- se me ocurrió decir eso.

-Por supuesto que tenemos mi niña.

-Nos la sirves con champagne- dijo John.

-Mis niños, en media hora la cena estará servida-
dijo mami.

-Estamos en mi despacho- agregó John.

Dejé mi bolso sobre un sillón del despacho.

-John, ¿puedo leer un poco sobre el libro que
estás escribiendo?- le pregunté.

-Claro que sí, vamos a leerlo juntos.

Sacó una docena de los primeros folios y nos
sentamos en el sofá. John mantenía las hojas del
libro en las manos, los dos nos mirábamos, nos
fuimos acercando hasta que nuestras bocas se
juntaron y se unieron en un beso largo y dulce.
Estábamos abrazados, no sentíamos el deseo de
separarnos. Nos hizo reaccionar dos llamadas en la
puerta y la voz de mami diciendo.

-¡Mis niños, la cena está servida!.

La langosta estaba muy buena acompañada de
una salsa rosa, el champagne exquisito, al entrar
por la garganta no se notaban las burbujas.

Mami había puesto una mesa de etiqueta para

los dos, con centro de flores, nos había dejado solos para que nos sirviéramos nosotros mismos y estuviéramos en la intimidad.

Al salir del comedor, mami estaba sentada en una butaca en el jardín, al vernos nos preguntó.

-¿Os apetece té?.

-Gracias mami, por la noche no tomo. La langosta estaba buenísima- dije.

-Me alegro mucho que te haya gustado, lo he hecho para eso.

-Yo tomaré té- dijo John.

Mami se puso de pie y entró en la cocina dispuesta hacer té para John.

Nos quedamos en la mesa del jardín uno enfrente del otro con las manos cogidas. Mami vino con la bandeja del té y la depositó a un lado de la mesa, se quedó de pie mirándonos sonriente, y dijo.

-¡Cómo sería yo feliz viendo a niños correr por el jardín!.

-Todo vendrá a su debido tiempo- dijo John.

-Estoy segura que sí- respondió ella.

Mami se retiró y nos quedamos solos.

-¿Qué vas hacer mañana?- me preguntó John.

-Voy ayudar a Yosi a preparar dos dormitorios, uno para Hugo y otro para sus padres.

-¿Cuándo nos podremos ver?.

-Siempre que queramos, ya no hay barreras que nos separe ¡Te quiero!.

-Y yo te amo diosa mía.

Nos volvimos a besar.

Era hora que yo volviera a casa, me despedí de mami, era un sol de mujer, John tenía mucha suerte de tenerla, cuidaba de él como una madre.

John me dejó en la puerta de casa. No había señales que Émile estuviera. Yosi había dejado la luz del cobertizo encendida para que yo viera al entrar, Diana me estaba esperando por detrás de la verja con sus lloros porque había llegado.

-Que duermas bien, mi adorable diosa- dijo John.

-Buenas noches- dije y nos besamos.

-¿Te apetece que mañana a las cuatro tomemos el té juntos?- propuso él.

-Es buena idea- respondí.

-Mañana estoy aquí cómo un centinela a las tres.

Me quedé en la puerta de verja viendo como el descapotable rojo se alejaba. Como si de un rayo se tratara, el coche dio marcha atrás y en un instante estaba delante de mis pies. John salió del coche, me abrazó muy fuerte y dijo.

-Bésame, no me voy de aquí hasta que me des el beso que siempre he esperado de ti.

-¡Estás loco!- dije acercándome a su boca.

-¿Ahora te das cuenta que lo estoy? Me volví loco la primera noche que te conocí. Cuando te miraba ¿Sabes lo que pensaba?.

-¿Qué?- dije riendo.

-Ella es la que va a ocupar mi corazón.

-¿Pensaste eso?- dije sin parar de besarlo.

-¿Tu qué pensaste de mí?.

-Que eras el hombre más guapo que había conocido, y sentí celos de que fuera otra mujer que ocupaba tu corazón.

-¿Llegaste a imaginar cómo era ella?.

-Rubia con el cabello largo, más que el tuyo ¿Esa mujer ha existido en tu vida?

John rio de buena gana.

-Esa mujer ¿No eras tú?

-Es posible pero en ese instante no me reconocí.

Los dos seguíamos abrazados, sin gana de separarnos. Nos besábamos cómo si fuera la última vez que nos fuéramos a besar.

Esta vez nos despedimos, pronto iban a ser la una de la madrugada. John monto en su coche y se fue.

Diana saltaba de alegría a mi alrededor. Al entrar en mi dormitorio vi una nota escrita en inglés, era Yosi que la había escrito, en lo poco que sabía de inglés entendí que la madre de Hugo me llamaría a la una de la madrugada, faltaban cinco minutos, dejé el bolso y bajé al salón a esperar la llamada y de inmediato el teléfono sonó.

-Diga.

-Buenas noches Claire. He llamado esta tarde y se

ha puesto una mujer que hablaba inglés, por mediación de la operaria he sabido que usted no estaba en casa.

-Hola Jeanne, he encontrado la nota- dije.

-¿Cómo está mi hijo?.

-Esta mañana he ido a verlo al hospital, sigue igual.

-Estoy rezando mucho por él ¡Dios sabe cuánto rezo!.

-Me ha dicho que tiene muchas ganas de abrazarla.

Hubo unos minutos de silencio.

-Claire, la llamo para decirle que el sábado a la una del mediodía llegamos a Johannesburgo. Hemos decidido coger un taxi hasta la casa.

-Muy bien Jeanne, los estaremos esperando aquí.

-Buenas noches Claire.

-Hasta el sábado Jeanne.

Dejé el teléfono en su sitio. Tenía la boca seca y me dirigí a la cocina, saqué agua de la nevera y bebí un vaso. Esa noche dormí bien.

CAPITULO- 25 –

Puse el despertador para que me avisara a las siete de la mañana. Ese día era jueves y había mucho trabajo para hacer, teníamos que preparar dos habitaciones, al día siguiente llegaba Hugo y al otro sus padres. Quería que todo estuviera en orden y que no faltara de nada en las habitaciones. Cuando me di cuenta vi que eran las dos de la tarde, solo faltaba una hora para que John viniera para ir a tomar té, a un sitio especial que dijo me llevaría.

Me di prisa en ducharme y vestirme, elegí un vestido color crema con escote abierto hasta el canalillo. Toda la ropa que tenía la había traído de Paris. Los zapatos que utilizaba eran siempre mocasines. Me adorné el pelo con dos pasadores finos de colores, el color de labios siempre color amapola. Eché una mirada por la ventana, John me estaba esperando de pie, delante de su coche. Estuve dos minutos mirando su figura varonil sin que él me viera. Estaba muy enamorada.

Eran muchas emociones las que estaba viviendo en poco tiempo y todas las que me esperaban, todo

acababa de empezar. Nunca puse metas en mi vida y dejé que el destino se ocupara de hacer su trabajo.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina con la intención de darle a Yosi instrucciones para la cena. Vi que estaba en los árboles frutales cogiendo mangos. Al verme fue para ver qué quería.

-Yosi, me voy, no sé a la hora que voy a volver pero ceno aquí. Haz una pierna de cordero al horno, está en la nevera, de esa manera hay para mañana.

-¿La pierna de cordero la dejas sin cortar?- preguntó ella.

-Corta dos filetes finos para mí esta noche, el resto lo dejas entero, se conserva mejor.

-Ok, señora.

John me esperaba sonriente.

-Estás muy guapa- fue lo primero que me dijo dándonos un beso.

Subimos al coche, fuimos en dirección a Johannesburgo, sabía que íbamos a tomar el té de las cuatro pero no dónde. Aparqué en un parking de un gran edificio. Había un ascensor que dejaba en

el salón de té. El salón estaba medio lleno de gente adinerada. Un camarero vino y nos llevó hasta una mesa, nos dejó la carta para que eligiéramos pastelería y la clase de té.

Me percaté que medio salón estaba pendiente de John, entre ellos murmuraban. Yo sospeché que lo hacían porque lo habían reconocido, estaba en lo cierto. Sólo había pasado diez minutos cuándo la mesa se llenó de chicas jóvenes y de mujeres de más edad pidiéndole ortógrafos. Yo me sentía agobiada, no estaba acostumbrada a la fama, miraba a las más jóvenes, eran chicas guapas y de bonitos cuerpos, sentí rabia de que tantas mujeres jóvenes estuvieran casi encima de él, haciéndoles preguntas y casi personales. Cuándo nos quedamos solos, vino el camarero con lo que habíamos pedido. Todo estaba exquisito, muy bueno.

Al salir del salón de té, John me tenía preparada una gran sorpresa, algo que no me esperaba. Paró el coche delante de una joyería. El dueño conocía a él y a sus padres, eran amigos de toda la vida.

-Claire, vamos a entrar en esta joyería- dijo John.

-¿Vas a elegir una joya para ti?- dije.

-Vamos a elegir- dijo –Necesito que estés segura que yo te quiero.

-Lo estoy John, eso que me ha pasado es porque no estoy acostumbrada a la fama, y aún menos ver tantas mujeres arrimadas a ti.

-Es parte de mi trabajo, tendrás que acostumbrarte, es por eso que quiero que lleves una sortija mía cómo alianza.

John me encantaba y me tenía enamorada. Esa parte de poeta que iba luciendo en su figura, en sus palabras, en su modo de vestir y de peinarse con clase y seducción. ¿Por qué me había enamorado tanto de él?.

Descendimos del coche y nos dirigimos a la joyería que estaba enfrente, era una galería larga. Al entrar nos recibió un hombre de aproximadamente cincuenta años, era amable. John me presentó.

-Buenas tardes Alwin, te presento a Claire.

-Encantado, señora o señorita Claire.

-Señora- recalcó John.

-Perdone el poco tacto que he tenido- dijo disculpándose conmigo.

-No se preocupe- dije sonriendo.

-Alwin, venimos para que nos muestres anillos- dijo John.

-¿Para ti o para la señora?.

-Para los dos.

-¡Ah! Exclamó quedándose con la boca abierta.

Detrás del mostrador extrajo dos cofres, uno era para mujer y el otro para hombre. Había mucha variedad y muy bonita. Yo no sabía exactamente la clase de anillo que John buscaba.

-Claire, ¿Te gusta alguno de aquí?.

-Me gustan las esmeraldas-dije.

-También es la piedra que yo prefiero.

Iba fijándome en todas las sortijas y me paré en una de oro blanco, piedra esmeralda en forma de corazón

-Esta me gusta- dije.

El joyero la extrajo, la entró en dedo anular

de mi mano derecha, se fijó en la alianza que llevaba en la mano izquierda, no dijo nada. La sortija me iba bien. Se la mostré a John, le dije.

-¿Te gusta?.

-Si te gusta a ti, también a mí.

John había elegido otra de oro blanco, piedra esmeralda cuadrada.

Decidió hacer algo que yo no esperaba.

-Alwin, te dejo los anillos para que por dentro marquen los nombres.

-¿Qué quieres que se ponga?- preguntó el joyero.

-El de ella, John a Claire y el mío, Claire a John.

El joyero se quedó impresionado, pero no lo hizo notar, sólo John se dio cuenta y preguntó.

-¿Ocurre algo Alwin?.

-Nada John, perdona esta distracción mía.

-¿Para cuándo estarán?- preguntó John.

-De pende del trabajo que tengan en los talleres, pero creo que para tres días. ¿Vienes tú a buscarlos? O te los llevo a tu casa.

-Vengo yo, Alwin.

-Señora, ha sido un placer conocerla- dijo el joyero al despedirnos.

-John, ¿Crees que le he gustado a Alwin?- dije dentro del coche.

-No me interesa saberlo.

-¿Se habrá dado cuenta de la diferencia de edad?.

-¿Por qué te preocupa eso?. Cada uno vivimos la vida a nuestra manera.

De nuevo tenía razón, y llegué a pensar que siempre la tenía. Desvié el tema y dije.

-¿Te he hablado alguna vez de Magdalena?.

-En una ocasión me hablaste de ella.

-Está interesada en conocerte, el día que le hablé de ti, me dijo que te había visto en el periódico en una foto cuándo recibiste un premio.

También quiero yo conocerla por el hecho que es tu amiga.

-Es la única que tengo pero la mejor.

Habíamos entrado en la calle dónde yo vivía. John detuvo el coche delante de la puerta. Me abrazó muy fuerte y me dijo.

-Mañana quiero verte, todos los días quiero estar contigo.

-No sé cómo va a transcurrir mañana, traen a Hugo y Émile viene con él, es mejor que yo te llame.

-¿Le tienes miedo? Dime la verdad.

-No le tengo miedo, el que él esté en casa, lo cambia todo. El sábado estarán los padres de Hugo, Émile se habrá ido.

-Me da igual, mañana tenemos que vernos a la hora que sea o a dónde sea.

Nos estuvimos besando sin deseo de separarnos. Descendimos del coche, nos quedamos delante de la verja. Diana hacía rato que lloriqueaba desde que habíamos llegado.

Nos despedimos.

-Claire, espero mañana tu llamada, estaré en mi escritorio avanzando mi novela.

-Cuándo tenga un hueco y pueda, te llamo.

-¡No me vale!- dijo manteniéndose serio.

-¿Por qué dices eso?.

-Quiero que me llames sin más. No tienes que esconderte de nadie.

-Tienes razón- dije rodeando su cuello con mis brazos y besándolo.

-Tienes que llamarme aunque esté Émile delante, de esa manera te dejaré en paz.

-John, mañana te llamo a la hora que sea- dije.

-Así me gusta. Te quiero, te quiero mucho diosa mía.

Nuestros besos no se acababan nunca, tanto él como yo no queríamos que se terminaran.

Abrí la verja y como de costumbre, Diana saltaba de alegría a mi alrededor. Al llegar al cobertizo me di la vuelta, John seguía de pie mirándome. Me dijo en voz alta.

-¡Te quiero más que a nada en el mundo!.

Esperé hasta que entró en su coche, dio la vuelta y se fue.

Estábamos viviendo los dos un sueño de amor.

Terminaba de cenar los dos filetes de cordero y sonó el teléfono.

-Diga.

Era la voz de Émile seria y seca.

-Claire, te llamo para decirte que mañana a las diez, sale la ambulancia con Hugo y yo voy también. Te lo digo por si tienes que preparar algo, dormitorios o comida.

-Está todo arreglado- dije con palabras cortas.

Después unos instantes de silencio.

-Hoy te he visto- dijo con la voz apagada.

-¡Ah! – exclamé, no quería preguntarle donde había sido.

-Te he visto en la puerta de casa.

No quería seguir hablando más con él. Me imaginaba en qué momento me había visto con John. Me negaba a seguir hablando de ese tema.

-Gracias Émile por avisarme- dije como despedida.

-Buenas noches Claire- dijo con voz pausada.

CAPITULO -26 –

Después de desayunar organicé con Yosi el trabajo de ese día, aunque no había mucho que hacer, los dormitorios estaban preparados, también había comida, había quedado la pierna asada de cordero.

Preparamos un sillón con dos cojines en el cobertizo, era posible que Hugo quisiera quedarse mirando el jardín. También su cama estaba preparada por si quería acostarse.

Vimos por la verja pararse la ambulancia, yo esperaba de pie en el cobertizo que los enfermeros trajeran a Hugo en silla de ruedas. Al dejarlo en el cobertizo, me sonrió. El camillero más joven preguntó, si lo dejaban en el sillón o en la cama. Hugo dijo que en el sillón. Émile iba con él, pero el trabajo lo hacían los camilleros, ellos volvieron a la ambulancia y se fueron.

Besé las mejillas de Hugo.

-¡Gracias dios mío que ya estoy en casa!- dijo.

-Hugo, tenía ganas que estuvieras aquí- dije con

sus manos cogidas.

-Yo también, aquí puedo respirar aire puro.

Émile seguía de pie serio y sin gana de hablar, lo miré para poder intercambiar algunas frases, se percató y se dio la vuelta haciéndome un desprecio. Lo encontré normal después de haberme visto besándome con John en la puerta. Sonreí a Hugo, se había dado cuenta del detalle. Me preguntó.

-¿Qué le pasa? ¿Por qué no te habla?.

-¿No te ha dicho nada?.

-No- respondió con cara de circunstancias.

Émile volvió a donde estábamos.

-Hugo, mañana llegan tus padres- dije.

-No te puedes imaginar las ganas que tengo de abrazar a mi madre- dijo con los ojos llorosos.

-Ya falta poco- dije.

Advertí que Émile no había traído bolsa para quedarse esa noche y cuidar a Hugo. Le pregunté que iba hacer.

-Me voy ahora- dijo con el semblante serio.

-No puedes dejar a Hugo de esta manera, quédate esta noche hasta mañana- dije.

-Tiene otras cosas más importantes que hacer- dijo Hugo. Yo soy el primero que no quiero que se quede, puedo valerme todavía por mi solo.

En ese instante sonó el teléfono, fui a cogerlo, Émile venía detrás. No me dio tiempo a responder, me lo cogió y colgó. Los dos sabíamos que se trataba de John, volvió a sonar de nuevo, lo cogió Émile, dijo borde y groseramente.

-¡Maricón de mierda, si no dejas en paz a mi mujer acabaré contigo! ¿Me oyes?.

-¿Cómo está Claire? Quiero hablar con ella- oí la voz de John.

-¡Ven a verla tu mismo si tienes huevos! ¡Te estoy esperando!.

Mi corazón iba a salir de su sitio, me cogió ansiedad y fui a la cocina a beber agua. Al volver vi el teléfono colgando y caído en el suelo, Yosi lo cogió y habló con John, le decía que yo estaba bien, lo estaba tranquilizando, le pidió que yo me pusiera.

Cogí el teléfono, no podía hablar con John y rompí en sollozos.

-No quiero oírte llorar- dijo- Ahora voy para allá.

-No vengas, Émile está por aquí.

-No me importa, es bueno que me conozca.

-Amor, hazlo por mí, sé bien como es Émile, hoy no es el día mejor que tiene, el corazón se me para.

-Lo voy hacer por ti para que no sufras pero, este no es mi modo de actuar.

Hugo había llegado hasta el salón, no sabía lo que sucedía, me preguntó.

-¿Con quién hablas?.

-Con John- dije.

-¿Puedo hablar con él y saludarlo?.

-Sí, ahora te lo paso.

Dije a John que Hugo lo quería saludar.

-Está bien, pásalo- dijo.

-¡Hola John! ¿cómo estás?- saludó Hugo.

-Bien- oí a John que decía-¿Te encuentras mejor?.

-Desde que estoy en casa mucho si, cada día mejoraré más.

-Está bien que pienses de esa manera- dijo John.

-Claire me habla mucho de ti, dice que eres el hombre más guapo de la tierra.

-Es ella que me ve de esa manera, cuándo me veas, verás que soy muy normalito.

-Dice que tienes unos ojos muy bonitos.

-Son heredados de mi madre.

-Claire tiene mucha suerte en tenerte.

-Soy yo quién tiene la suerte de haberla conocido.

-La quiero cómo a una hermana, es mi mejor amiga.

-Lo sé Hugo, lo sé.

-¿Te ha hablado de mí?.

-Muchas veces.

-John, me despido de ti, ahora te paso con ella.

Hugo me pasó el teléfono, estaba contento de haber hablado con John.

-John, nos despedimos hasta mañana- dije.

-De todas maneras, no estaré lejos de ahí.

-¿Quieres decir que estarás cerca de casa?.

-así es. Es posible que Émile vuelva y te la arme bien. Quiero estar cerca, tiene que encontrarse con un hombre que le dé fuerte, entonces comprenderá y te dejará en paz.

Sabía que John estaba hablando en serio, eso era lo que me dolía y el miedo que sentía dentro de mí. John no era un hombre violento, Émile sí.

-Espero que no le dé por venir- dije- Es sucio en pelea, no respeta las normas.

-Me tiene sin cuidado, el no conoce las mías.

-¿Vienes ahora para acá? ¿Sabré yo dónde estás?.

-¿Para qué lo quieres saber?- dijo riendo.

-Solo para saberlo- dije con inocencia.

-Es mejor que no lo sepas. A partir de ahora voy a ser tu guarda espaldas.

Era mí cielo y lo amaba.

-John, mi amor, te has metido en un lio tremendo

Conmigo, no pensaba que lo nuestro iba a llegar tan lejos.

-¿Yo no te gustaba?- dijo riendo.

-Mucho, muchísimo. Antes de conocerte tenía mis sentimientos encadenados, el corazón me dolía y me ardía, es una sensación difícil de explicar.

-¿Ahora sigues sintiendo lo mismo?.

-John, mi amor, me haces una pregunta que sabes la respuesta.

-Claire, ahora tenemos que despedirnos. Un beso muy fuerte te doy desde aquí. Te quiero.

-Yo más- dije.

Dejé el teléfono en su sitio. Hugo estaba sentado en un sillón cerca del teléfono, había oído nuestra conversación, me miraba riendo.

-Claire, es muy bonito todo lo que os decís.

-John es mi gran amor, mi todo en el universo.

Hugo se encontraba cansado.

-Claire, quiero irme a la cama- dijo.

Lo acompañé hasta el dormitorio, Hugo dijo.

-Claire, déjame solo, no quiero que me veas desnudo, sé apañármelas.

-Sí me necesitas me llamas. Más tarde te traeré leche caliente y una galletas-dije.

-Gracias por todo lo que haces por mí- dijo.

Dejé la puerta de la habitación entornada, de esa manera si Hugo me llamaba lo oía.

Tenía necesidad de saber si John había ido, llegué hasta la verja y miré derecha e izquierda, no vi señales que John estuviera allí. Diana me había seguido, estaba a mis pies olfateando el aire, pensé que John no estaba lejos. Decidí volver al cobertizo, me senté en uno de los sillones de bambú, cerré los ojos y pensé en John la noche que nos conocimos, lo enamorada que me quedé al verlo. En ese instante no pude imaginar que lo nuestro iba a llegar tan lejos.

Oí la voz de Hugo que me llamaba. Fui hasta su dormitorio, estaba sentado en la cama. Dijo.

-Claire, ayúdame a levantarme.

-¿Quieres ir al baño?- pregunté.

-No. Estoy arto de estar en la cama, quiero salir fuera.

-Busqué las zapatillas y se las puse, se agarró de mi brazo y salimos al jardín, nos íbamos parando en las flores y en todo lo bonito que había. Luego fuimos a los árboles frutales. Era curioso lo que sucedía entre un naranjo y un granado, en medio de estos dos árboles, una araña grande y gorda tejía de un lado a otro, de manera que no se podía pasar por allí, Muchas veces yo la quitaba con la escoba y lo que había tejido, al día siguiente estaba allí, había hecho el trabajo de tejer de un árbol al otro. Tuvimos que dar la vuelta, la araña nos podía picar, era posible que estuviera enfadada por romper el trabajo que hacía cada día.

Hugo daba muestra de cansancio, apenas podía levantar los pies del suelo, decidí que volviéramos al cobertizo. Nos sentamos en un sillón uno enfrente del otro.

-Tenemos que cenar- dije a Hugo.

-Yo no tengo hambre ni sueño, esta noche me quedo aquí en el cobertizo a esperar a mis padres.

-No voy a dejar que hagas eso. Es hora de cenar y después hay que irse a dormir. Tus padres no vienen hasta mañana al medio día.

-Cenaré un vaso de leche caliente y galletas- dijo.

Eso fue lo que llevé para él, yo comí cordero frío y un aguacate. Nos fuimos pronto a dormir, Hugo no me dio ningún trabajo, el solo se lo hizo todo. Me quedé un rato asomada a la ventana de mi dormitorio, los vecinos ingleses ya tenían mormada su fiesta, la música se podía soportar, no le tenían tan alta como otras veces. Me fui a la cama y rápidamente me dormí.

El despertador sonó a las siete, me puse el batín y bajé a la cocina, estaba Yosi preparando los desayunos.

-Buenos días señora- dijo.

-Buenos días Yosi.

Tenía que darle instrucciones para ese día.

-Yosi, hoy haz un rosbif con verduras. La mesa la montas en el comedor, seremos cuatro para comer.

- Si señora.

CAPITULO- 27 –

No tenía que preocuparme por Hugo, él desayunaría más tarde, era pronto y seguía en la cama. Al acabar de desayunar oí que Hugo entraba en la cocina, se había duchado y afeitado, olía a su colonia.

-¿ Has dormido bien?- le pregunté.

-Muy bien. Estoy pensando en el momento que lleguen mis padres, quiero que me encuentren bien.

-Ahora tienes que desayunar para que tu madre te encuentre bien.

-Claire, ninguna de mis hermanas me aconsejarían ni me hablarían como tú lo haces. Siempre te estaré agradecido por todo lo que has hecho por mí.

Subí al cuarto de baño, me duché y me puse un vestido cómodo para ese día. Estaba contenta de recibir a los padres de Hugo, no sabía si se lo llevarían a Paris, ellos decidirían.

A la una y media de la tarde un taxi se paró en la puerta de la casa. Salomón tenía instrucciones de ir

para coger las maletas y subirlas al piso de arriba.

Salí hasta la puerta de la verja para recibir a los padres de Hugo. La madre era una mujer encantadora, se mostró contenta, nos abrazamos, su marido lo vi agradable, nos saludamos con dos besos en las mejillas. Hugo esperaba de pie en el cobertizo. Lloraba antes que sus padres llegaran a él. Se abrazó a su madre, no se despegaba de ella. El padre buscaba con la mirada a Émile, creía que se encontraba allí, él preguntó.

-¿Dónde está Émile?.

Hugo no dijo nada, yo tampoco.

-¿Habéis roto vuestra relación?- preguntó la madre.

Hugo seguía sin responder, sólo hacía que llorar.

-¿Por qué no está aquí?- preguntó Antoine el padre de Hugo.

-Cuando supo que ustedes venían, él hizo sus cosas y se fue- dije.

-¿Usted no es la esposa de Émile?- dijo Antoine.

-Sí- respondí sin ningún pudor.

-Antoine, no hagas preguntas- dijo Su esposa- Estamos aquí por nuestro hijo.

-Claire, perdone- se disculpó.

Yosi se acercó para decir que la mesa estaba servida.

Al acabar de comer John se presentó, fui a recibirlo a la puerta de verja. Me sentí reconfortada al verlo él, era mi cielo y mi paraíso. Nos besamos, fuimos hasta el cobertizo cogidos de la mano. Hice las presentaciones, se quedó para tomar el té con nosotros. Hugo estaba entusiasmado, solo hacía que mirarlo, le dijo.

-John, me gustaría que escribieras mi vida. Claire la conoce, le he contado todo desde que era adolescente, ella ha sido testigo de lo que he vivido junto a Émile.

-Te prometo que loaré- dijo John.

-Eres realmente guapo- dijo Hugo- Claire me lo decía pero no me imaginaba que lo fueras tanto, tiene mucha suerte ella.

-La suerte la tengo yo, ella ha hecho de mí un

hombre nuevo y joven.

-Eres joven, ella dice que solo tienes veintisiete años.

-Es cierto que lo soy. Antes de conocerla vivía en mí un anciano, un hombre que ya no creía en el amor, ahora todo mi mundo es ella.

John se despidió tenía que marcharse, lo acompañé hasta la verja, allí nos volvimos a besar, esperé a que entrara en su coche, por la ventanilla me echó un beso, le dije.

-Te querré toda mi vida.

-¿Hasta la eternidad?- preguntó.

-Hasta después de la eternidad.

-Nos querremos los dos de la misma manera- dijo al tiempo que arrancaba y se iba.

Los padres de Hugo habían llegado cansados del viaje. Los acompañé hasta el dormitorio de arriba para que se ducharan y descansaran.

Yosi se iba después de haberlo recogido todo, era su día libre hasta el lunes por la mañana.

Me disponía a subir las escaleras para ir a mi dormitorio cuándo sonó el teléfono. Sabía que John no era hacía dos horas que se había ido, lo cogí.

-Diga.

Al otro lado del hilo oí la respiración agitada de Émile, esperé a que hablara.

-Claire, llamo para saber cómo Hugo ha recibido a su padre, y qué han dicho ellos al no verme ahí.

-Su padre ha preguntado por ti. Hugo le ha dicho la verdad.

-¿Qué verdad es esa?.

-Les ha contado que te has enamorado de otro hombre y lo has dejado a él.

-¡Cabrón! ¡Es un sinvergüenza!.

-¿No es cierto?- dije.

-¿También tú estás de su parte?.

-Estoy de parte de la verdad.

-Claire, quiero que me respondas a una pregunta más.

No lo soportaba y le dije.

-Te voy a hacer dos preguntas.

-¿Por qué lo has dejado solo tan enfermo cómo estás? La siguiente es. ¿Por qué le pegabas y lo dejabas en el suelo?.

-¡Eres una zorra! ¡Jamás me has querido!. ¡Te lo advierto, no te dejaré tranquila! ¡Hoy te he visto con ese novio que te has echado, hasta que no acabe con él, no voy a parar! ¡Le voy a romper los huesos!.

Solté una carcajada que no pude evitar.

-¿Quieres ver cómo mañana me presento ahí cuando vaya a verte?.

Su agresividad había llegado muy lejos.

-Émile ¿Por qué te intereso tanto? ¿No te importaría matar con tal de tenerme a tu lado? ¿Tomas los medicamentos?.

-¡A ti qué te importa! ¡Disfrutas poniéndome mal de los nervios!.

Tenía que cortar esta absurda conversación.

-Émile, vamos a parar, si quieres que te ponga con Hugo me lo dices y le preguntas a él lo que ha

hablado con su padre.

-No es necesario, ya me lo has dicho tu. También te he llamado para decirte algo más.

-Date prisa, hoy estoy cansada- dije.

-Te quiero recordar que eres mi mujer y tengo derechos sobre ti.

-No hay derechos sobre un marido mal tratador y gay.

-¿Tienes algo en contra de los gay?.

-No. Ya ve que quiero a Hugo y estoy haciendo todo lo que puedo por él.

-Me he dado cuenta que lo quieres más que a mí.

-No quiero seguir hablando más contigo, tu conversación no lleva a ningún lugar- dije.

Dejé el teléfono en su sitio. Al minuto siguió insistiendo, no paraba de sonar. Descubrí al padre de Hugo en el último escalón de las escaleras, dijo.

-Claire, el teléfono está sonando.

-Sí, es Émile, no quiero seguir hablando con él.

-Voy a cogerlo yo, necesito hacerle algunas

preguntas para que me deje las cosas claras.

-¡Aló!...¡Aló!.

Émile tardó en responder.

-¿Con quién hablo?- preguntó.

-Soy Antoine el padre de Hugo. Émile, tengo que hablar contigo.

-¿Para qué?.

-Necesito hablar con el Doctor que lleva a mi hijo.

-¿Cómo han encontrado a Hugo?.

-Muy mal, mi mujer solo hace que llorar. ¿Por qué no nos quieres ver? ¿Tienes padres?.

-¿A qué viene eso ahora?.

-Porque los padres queremos lo mejor para nuestros hijos.

-Un padre que quiere a su hijo lo acepta tal como es.

-Lo hecho, hecho está, mira si lo quiero, que estoy dispuesto a que me ultraje y me diga de todo lo peor.

-Escúcheme Antoine, a Hugo le queda poco de

Vida, quizá un mes, dos. Eso fue lo que me dijo el Doctor, la razón que lo hayan mandado a casa, es por eso.

-Émile, ya le he pedido perdón a mi hijo, también te lo pido a ti si estás ofendido.

Émile no respondió y dejó el teléfono.

A las siete de la mañana estaba yo en la cocina preparando los desayunos.

-Buenos días Claire- era Jeanne. Tenía mala cara de no haber dormido. Al instante llegó Antoine con el saludo habitual de los buenos días, yo correspondí. Desayunamos en el comedor, Hugo lo hacía más tarde cuando se levantaba.

Antoine se había fijado en John.

-¿Quién es John?- preguntó Antoine en el desayuno- ¿Son ustedes novios?.

-Sí.

-Creo que se casarán.

-¿Por qué está seguro?- dije.

-Los he visto muy enamorados. ¿Por qué viste y se peina de esa manera.

-No entiendo lo que quiere decir- dije.

-Claire perdona, Es la primera vez que veo a un hombre vestir tan refinadamente y peinarse de la misma manera.

-John es artista, y cómo todos los artistas parecen raros y extravagantes.

-Es posible lo que dice, estoy seguro que serán felices, se ve que es un gran hombre.

-Gracias Antoine.

Jeanne se había levantado de la mesa para preparar el desayuno de Hugo y llevárselo a la cama. Era con su madre que se entendía más, con ella hablaba mucho, con su padre apenas mantenía unas palabras. Ese día era domingo y Yosi no estaba, entre Jeanne y yo hicimos la comida del medio día, todo fue rápido, arroz cocido y unas verduras, había quedado rosbif del día anterior.

Deseaba que pronto fueran las siete de la tarde para que John viniese a recogerme, íbamos a cenar y luego a bailar. Subí a mi dormitorio para

cambiarme de ropa. Abrí el armario y saqué seis perchas con vestidos, los dejé sobre la cama para elegir uno. Me decidí por un vestido color carmesí con tirantes, me llegaba por la rodilla. Los zapatos que mejor me iban eran unos color marrón con el talón descubierto y la punta.

John acababa de llegar, aparcó delante de la puerta. Mi corazón saltaba de alegría cuando lo veía.

A Jeanne le dejé todo preparado para la cena de ellos. Desde que habían llegado, Hugo no se quería separar de ella, la cogía de la mano cómo si alguien se la quisiera quitar. Antoine no servía mucho para las cosas de la casa, todo se lo tenían que dar hecho.

Me despedí de los tres hasta al día siguiente.

-Claire, que se divierta- me deseó Jeanne.

-Gracias, hasta mañana.

Llevaba unos deseos enormes de besar a John, Cuando lo veía, todo resplandecía a mi alrededor, todo lo veía de colores. Él siempre me daba muchas ganas de vivir.

CAPITULO- 28 –

-¿Cómo está mi diosa?- dijo al verme.

-¿Cómo está mi amor?- respondí.

John estaba guapo, siempre lo estaba y esa tarde mucho más. No supe hasta conocerlo a él, que podía perder la cabeza amándolo, creo que era eso lo que me estaba sucediendo.

Habíamos llegado al centro de Johannesburgo, esta delante de un gran restaurante. Un mozo se ocupaba de dejar el coche en el garaje.

En la puerta del restaurante había un rótulo luminoso que decía- Baile de gala. Habían varios metros nativos que acompañaban a los clientes a la mesa reservada. La sala era muy grande, en medio una gran pista para bailar. Ya acomodados en la mesa, John me preguntó.

-¿Te gusta este sitio?.

-Mucho- dije olvidándome de los problemas que me rodeaban.

Un camarero trajo la carta de menú.

-John, pide tú para los dos- dije.

-¿No quieres saber lo que hay?.

-Quiero cenar lo mismo que tú.

-Eres encantadora- dijo besando mi mejilla.

El camarero vino y cogió nota. Yo no presté atención a lo que John estaba pidiendo, quería que fuera una sorpresa para mí.

El camarero traía una heladera y dentro una botella de champagne francés, la descolchó nos sirvió en copas de cristal.

Levantamos las copas y brindamos por nuestra felicidad. Dejamos las copas sobre la mesa, noté que John iba a decirme algo, cogió mis manos y dijo.

-Claire ¿Quieres casarte conmigo?.

Esa era otra sorpresa de la noche que no me esperaba, las palabras de John sonaron en mis oídos como música celestial. Tenía que responderle.

-Sí quiero- respondí con la mirada llena de amor, con la voz cortada por la emoción- Sí quiero casarme contigo pero antes tengo que divorciarme

de Émile. No va a querer concederme el divorcio, nos va hacer la vida imposible para que no nos casemos.

-No corre prisa, esperaré el tiempo que sea necesario pero, te aseguro que nos casaremos. Necesito sentirte cada mañana a mi lado y al despertarme, oír tu respiración, sentir tu aroma de mujer, envolverme en tus brazos, sentir tu cuerpo con el mío hasta sentirnos que tú eres yo, y yo tu. Lo nuestro es un hechizo, el hechizo del amor.

-Es posible, eso fue lo que nos sucedió la noche que nos conocimos- dije besándonos.

John era mi pasión, mi locura y la razón de mi alegría. El corazón me iba a cien por hora. El amor de mi vida lo tenía frente a mí.

-Émile nos va hacer chantaje- dije.

-Uno de mis amigos es abogado, de los mejores que hay en Johannesburgo, lo pondré en sus manos, el divorcio será eficaz.

El camarero hizo su presencia con una bandeja de frutos de mar, la depositó sobre la mesa. Estaba descubriendo que John era un buen conocedor de

La alta cocina, un gourmet, era normal, sus padres siempre habían tenido restaurante.

John extrajo dos cajitas cuadradas color marrón, las depositó sobre la mesa y dijo.

-Ábrelas.

-¿Yo?.

-Sí.

Mantecía una sonrisa de felicidad esperando a que descubriera lo que había dentro. Abrí una y luego la otra.

-¿Te acordabas?- preguntó John.

-Me lo he imaginado al sacarlas del bolsillo de tu americana, pensé que se trataba de las sortijas, son preciosas.

Él cogió la que yo elegí y la entró en mi dedo, yo hice lo mismo con él, y dije mientras se la ponía.

-Es la sortija de un rey para un dios.

John traspasó su mirada verde mar con la mía, y sin darnos cuenta nos estábamos besando.

La orquesta empezó a tocar la primera balada de la noche – Begin de Begin.

-¿Bailamos- me propuso.

-Sí, y quiero bailar contigo toda la noche hasta que amanezca.

Éramos la primera pareja que salía a la pista. Antes que terminara la pieza ya estábamos rodeados de más parejas. John me tenía bien agarrada, su pecho con el mío, su mejilla con la mía, me decía cosas preciosas al oído.

-¿Eres feliz?- me preguntó.

-No hay mujer más feliz en el mundo que yo en estos momentos- dije.

Volvimos a la mesa. El camarero traía en un carrito de níquel, una bandejita y dos platos, nos sirvió dos trocitos de hígado de pato al porto.

Estuvimos bailando hasta la última pieza que la orquesta tocó, fue una noche maravillosa que nunca pude olvidar.

Cuando llegamos a la puerta de casa eran las tres de la madrugada, nos quedamos dentro del coche, John me hablaba de cómo sería nuestra boda y también los hijos que tuviéramos. Me demostró, que él lo deseaba más que yo.

CAPITULO -29 –

Estaba pendiente de todo lo que me decía John y, también si Émile se encontraba por allí. Miraba la fila de coches que había a lo largo de la calle, advertí el de Émile que estaba detrás de uno y él dentro, por lo visto hacía rato que estaba esperando a que llegáramos. El corazón me empezó a palpar, en el estómago sentí un dolor que pasó al vientre, tenía que decírselo a John.

-¡Émile está ahí!.

John miró a su izquierda, vi por su expresión que lo habían visto. Me tranquilizó diciendo.

-Claire, no te preocupes, no va a pasar nada, si alguien va a recibir es él.

Émile se acercaba a pasos gigantes, como si quisiera acabar con todo al instante. Yo muy asustada dije.

-Émile es muy bruto, dice que te va a romper los huesos, lo que dice es en serio.

-Claire, no te asustes, entra en casa y quédate

en el cobertizo.

Hice lo que me dijo, y cuando estaba entrando por la puerta de verja, la voz de Émile se escuchó aguda y áspera diciéndome.

-¡No te vayas puta! ¡También quiero arreglar cuentas contigo! ¡Te voy a dejar la cara destrozada, zorra!.

Al llegar a la mitad del jardín me di la vuelta, el terror se apoderó de mí, el miedo que sentía era por John, en Émile no pensaba. John me miraba, estaba pendiente que llegara que yo llegara al cobertizo, me hizo una señal con la mano para que avanzara. Subí las escaleras del cobertizo, mi bolso lo dejé sobre la mesa. Veía lo que ocurría con la luz de la farola de la calle. Émile hizo un ademán de abrir la puerta de la verja pero John se lo impidió. La furia de Émile iba contra mí, quería verme muerta, por su boca salían insultos y barbaridades.

John lo agarró por los hombros y le dijo con rabia.

-¡Para de insultarla! ¿No te has dado cuenta que no quiere nada contigo? ¡Déjala en paz!.

Émile reaccionó de la manera que lo sabía hacer, le pegó un cabezazo. De mi garganta salió un grito. ¡Dios mío!. Tan nerviosa estaba que no distinguía la lucha entre John y Émile, hasta mis oídos llegaban los golpes que se daban. Tenía que reaccionar y no sabía cómo, saqué de mi bolso las llaves de la casa y con mano temblorosa abrí la puerta. Fui al piso de arriba y llamé en la puerta del dormitorio dónde dormían los padres de Hugo. Antoine abrió, en ese momento se puso en lo peor, pensaba que se trataba de su hijo.

-¡Antoine, baje rápido por favor! ¡Émile y John se están pegando en la calle!.

Bajaba en pijama, Jeanne en camisón, Antoine nos dijo.

-Quedaos las dos en el cobertizo, voy a ver qué pasa.

Ya no se oía ruido de golpes, se había quedado la noche en silencio. Yo estaba temblando, no podía quedarme allí quieta y eché a correr hacía la verja. Jeanne al verme dijo.

-Claire ¿A dónde va?.

No presté atención a lo que me dijo y salí fuera de la verja. Antoine miraba lo que había sucedido. John tenía sujeto en el suelo a Émile, no se podía mover con los brazos por detrás de la espalda lo tenía cogido. No me acerqué a ellos, me mantuve a dos metros. Émile tenía la cara dando en el suelo, para él eso era vergonzoso.

-Es mejor que llamemos a la policía- dijo Antoine.

-No hace falta, ahora lo dejaré libre y se irá.

Émile se levantó del suelo con la humillación más grande que en su vida había sufrido. No miró a nadie pero en su rostro se podía ver venganza. John por último le aconsejó.

-No molestes más a Claire, es mejor que no vuelvas más por aquí, de lo contrario no voy a reaccionar como esta noche.

me di cuenta que John hablaba en serio.
Cuando Émile se iba, John le dijo.

-¿No te vas a excusar con Claire?.

-Ni con ella ni con nadie, ahora ha quedado anulada para siempre de mi mente- respondió con voz apagada.

-Prefiero que sea así- dijo John.

Jeanne llegó hasta nosotros, Émile la miró, sabía que era la madre de Hugo, del padre no hizo caso, seguidamente se fue hacia dónde tenía su coche. Yo conocía bien a Émile, si no reaccionaba era porque John lo iba siguiendo con la vista, sabía que si hacía un gesto, John lo dejaría paralizado y, esta vez sería peor, ya iba enterándose que John no era un maniquí cómo un día me dijo.

Antes de llegar a su coche se dio la vuelta y me dijo.

-La mitad de los muebles son míos y la otra mitad de Hugo.

-No tengo inconvenientes en que te los lleves.

-El dormitorio donde tu duermes, lo compré yo.

-¿Te lo quieres llevar ahora?- preguntó John.

-¡Tal vez!- dijo secamente.

-No hay ningún problema en que te lo lleves, Claire tiene donde dormir y vivir el resto de su vida.

Émile no respondió y se limitó a entrar en su coche. Lo seguimos con la vista, no era de fiar.

Decidimos entrar en casa. Jeanne me ayudó hacer té, los cuatro lo necesitábamos. Antoine estaba interesado en conocer la cultura de África, hacía preguntas a John sobre los nativos y sus costumbres.

Con tanto alboroto que se había formado en la cocina de hablar entre nosotros, Hugo se levantó y se sentó en una silla. No sabía lo que había sucedido entre John y Émile, dormía en ese momento.

-¿Qué hacéis aquí a estas horas?- preguntó.

-¿Te hemos despertado?- dijo Jeanne.

-Hace rato que estaba despierto. Quiero una taza de té.

Jeanne se la sirvió, al tiempo que le acariciaba la cabeza, le preguntó.

-Hijo ¿Estás mejor?.

-Mamá, no me duele nada, lo único es, que estoy cansado. ¿Por qué está John aquí?.

-Hemos estado cenando y bailando- dije.

Pronto iba amanecer, el cielo mostraba

Colores rojizos y rosas anunciando que el nuevo día llegaba.

Hugo sólo tenía ojos para mirar a John, capte su deseo y le pregunté.

-¿Quieres que John de té de un masaje en las cervicales?.

-¿Lo haría?- preguntó como si fuera su última voluntad.

John sonreía, se puso de pie y le dijo.

-Quédate recto en la silla, voy a empezar por los hombros.

Hugo cerró los ojos, respiraba saboreando el contacto de las manos de un hombre deliciosamente guapo.

Había amanecido, pronto sería la hora que Salomón y Yosi empezaran su trabajo. Nosotros cinco estábamos desayunando y luego iríamos a dormir, yo necesitaba descansar y John también. Todos se fueron a dormir, en la cocina quedamos John y yo, apenas podía abrir los ojos, me quedé dormida en la silla. Me di cuenta que subía en

Brazos de John por las escaleras, el sueño era tan grande que me volví a dormir.

Me despertaron los ladridos de Diana, pedía que le abriera la puerta para salir hacer sus necesidades. Miré el reloj de la mesilla, era la una y media. Me puse a recordar de qué manera me había ido a la cama. Tenía puesto el camisón blanco de satén, no recordaba haberlo hecho yo. El vestido carmesí estaba colocado sobre un sillón. Los zapatos que había llevado por la noche, estaban al lado del sillón. Pensé en John y dije- ¡Está más loco de lo que yo pienso! ¿Sé abría atrevido a desnudarme?.

Entré en el cuarto de baño, tomé una ducha para despejarme. Al salir me encontré con Jeanne, se disponía a bajar las escaleras, me preguntó.

-¿Ha dormido bien Claire?.

-Muy bien- respondí.

-Anoche se quedó dormida en la silla, John la subió a su dormitorio y la dejó en la cama, me pidió que la desnudara y le pusiera el camisón.

-¿Fue usted quién me desnudó?.

-Por supuesto, la tuve que ver desnuda pero, era igual que ver a una hija mía.

-Gracias Jeanne.

-¿Pensaba usted que había sido John?.

-Tenía mis dudas.

-John, es todo un señor. Cuándo la dejé acostada, entró estando yo delante, le dio un beso en la frente y la dijo- Qué tengas dulces sueños mi amor.

-Es extraordinario, no he querido a nadie cómo lo quiero a él- dije- Me ha pedido que nos casemos.

-Estoy segura que se van a casar, están los dos muy enamorados, son almas gemelas.

-Soy consciente que hemos nacido el uno para el otro, ya si él, yo no podría vivir. Anoche pasé mucho miedo, Émile es muy bruto, no sabe pegar, solo destroza cuando pone la mano encima. John no es un hombre de pela, ese era mi miedo- dije.

-Pues para no ser de pelea, lo tenía bien amarrado en el suelo, Émile no podía moverse ¿Sé fijó como le tenía la rodilla puesta en su espalda? De esa posición nadie se puede mover, debe saber artes.

CAPITULO- 30 –

Hugo no se había levantado de la cama en todo el día. Su madre y yo estuvimos un rato haciéndole compañía. A unas cosas de las que le decíamos respondía y a otras no. Cada vez iba a peor. Al día siguiente acompañé a Antoine y a Jeanne al hospital a la consulta del Doctor Foch. Ellos ignoraban el tiempo de vida que le quedaba a su hijo. El doctor los puso al corriente de la gravedad de su estado, les dijo la verdad de todo y del tiempo más o menos que le queda de vida. El Doctor insistió en volver a ingresarlo pero, tanto Antoine como Jeanne se opusieron, querían estar con su hijo los días que le quedara.

Hugo apenas comía, Jeanne le hacía zumos de fruta, eso le daba mucha diarrea. Entre Jeanne y yo le cambiábamos las sábanas de la cama. Antoine lo cogía igual que a un niño chico para llevarlo al baño, lo bañaba y lo cambiaba de pijama. Se hacían varias lavadoras al día.

Un día Jeanne me habló de su marido.

-Claire, Hugo podría estar viviendo en Paris si no

Hubiera sido por mi marido que le hacía la vida imposible para que cumpliera cómo hombre todos sus quehaceres, aunque yo hablo con él y le sonrío, no lo hago de corazón él, lo sabe. Un hijo es lo máspreciado que se puede tener en la vida.

Toda esa historia yo la conocía, no respondí, sólo me limité a abrazarla.

Era raro que John no me llamara por teléfono o que hubiese venido, eran las diez de la noche, no nos habíamos visto en todo el día.

El timbre del teléfono sonó, mi corazón se llenó de alegría, descolgué rápidamente y dije.

-¿Cómo está mi diosa?.

La voz de John me reconfortaba, me daba energía, me renovaba, mi alma de mujer la embellecía, él era todo mi mundo.

-Estoy bien- dije con voz serena- ¿Cómo estás tú?.

-Siempre que tu estés bien, yo lo estaré- dijo con voz juguetona- ¿Hasta qué hora has dormido?.

-Hasta la una y media, al despertarme me asusté.

-¿Tan mal lo hice?- dijo riendo.

-Lo hiciste muy bien pero, al despertarme creí que me habías desnudado tú.

-¿No te hubiese gustado que lo hiciera yo?.

Me eché a reír.

-No sé qué decirte, por ahora no.

-Ya sé que conmigo no quieres nada- dijo para hacerme rabiar.

Volví a reír con gana.

-Demasiado sabes que no, que por ti corro los vientos.

-¿Eso qué quiere decir?- dijo siguiendo la broma.

-Que te seguiré a dónde vayas. ¿Por qué no has venido esta noche?.

-Quería que descansaras, pero si quieres voy, en media hora estoy ahí.

No le respondí a esto.

-¿Estabas escribiendo?- pregunté.

-Sí.

-¿Te falta mucho para terminar el libro?.

-Todavía un poco, lo llevo atrasado. He aprovechado la tarde para avanzarlo. ¿Me quieres?.

Quería bromear con él.

-¿Si te dijera que no, me creerías?.

-En absoluto.

-¿Tan seguro estás?.

-Totalmente, una diosa cómo tu, no me puede fallar. ¿Sabes qué pienso ahora?.

-¿En qué piensas?.

-En los días y meses que faltan para que estemos juntos, para que estemos casados.

-Amor, también yo sueño con ese día.

-¿Quieres que vaya a verte ahora?.

-No, sigue escribiendo. Te amo, te amo mucho, ya he hablado contigo y he escuchado tu voz, me has dado energía para dormir bien esta noche.

Oí su respiración cargada de pasión.

-Buenas noches diosa mía.

-Qué duermas bien mi amor.

Dejé el teléfono, y salí al cobertizo.

Hugo y sus padres estaban sentados, mantenían una conversación. Él no estaba de acuerdo con lo que su madre le decía, ella le pedía que se fuera a la cama, ya era tarde. Hugo rehusaba, quería quedarse toda la noche sentado en el cobertizo. Ya no escuchaba a su madre que tanto la quería. Jeanne lloraba con las manos de Hugo entre las suyas. Ya no sabía bien lo que hacía ni decía, tenía un comportamiento extraño. Hugo se quedó dormido en el sillón de bambú. Antoine no replicaba, esperaba que su mujer arreglara la situación.

Yo intervine y sugerí a Antoine.

-Es mejor que lo coja en brazos y lo lleve a la cama.

Antoine lo hizo. Ya era un hombre mayor pero Hugo apenas pesaba, podía con él en brazos. Todos los días era él quién lo levantaba, lo duchaba y lo vestía. Jeanne se ocupaba de estar a su lado y de darle de comer cuándo no quería.

El jueves por la tarde el Doctor Foch lo vino a visitar, cuándo apreció el estado en que se encontraba, dijo que había que ingresarlo.

Jeanne se opuso diciendo que iba a morir y que era mejor que ocurriera en casa rodeado de todos sus seres queridos.

Al domingo siguiente parecía que había mejorado algo, decía algunas frases y sonreía. Antoine lo levantó y lo sacó al cobertizo, lo dejó sentado en el butacón, de esa manera estaba medio acostado, solo había pasado diez minutos y pidió a su padre que lo ayudara a ponerse de pie, quería hacer una visita a las flores del jardín. Se iba parando en cada una que veía, como si estuviera despidiéndose de ellas.

Hugo no se quedaba sólo, por la noche Antoine le hacía compañía, durante el día Jeanne lo llenaba de atenciones, aunque él ya no se daba cuenta de nada.

El lunes cayó en coma, avisé al Doctor Foch, dijo que vendría lo más pronto posible, en media hora estaba allí. Lo examinó y dijo que todo era cuestión de una hora, se quedó a su lado.

Cogí el teléfono y llamé a John.

-Diga- respondió.

-John mi amor, Hugo está muy mal, el Doctor dice que es cuestión de una hora.

-Ahora voy. Dijo.

Colgué el teléfono. En el salón estaba Yosi muy afectada, me preguntó.

-¿Cómo está el señor Barreau?.

-Muy mal, es cuestión de minutos.

-¿Desean que les haga té u otra cosa?.

-Puedes hacer té.

Entré en el dormitorio. El Doctor Foch hablaba con los padres de Hugo, les decía que se quedaría dormido en pocos minutos. Jeanne parecía tranquila y seguro pensaba que pronto acabara toda esa pesadilla. Antoine estaba de pie con los ojos encharcados en lágrimas.

Hugo iba respirando cada vez más fuerte, dio como una especie de ronquido y se apagó su vida.

El Doctor salió del dormitorio, y sobre la mesa firmó la defunción.

John estaba a mi lado, me rodeaba con su brazo derecho mis hombros como protegiéndome.

John se ocupó de los tramites de papeles para que fuera incinerado Hugo, fue así como sus padres lo pidieron para llevarse las cenizas a París.

La noticia había que dársela a Émile, era necesario que supiera que Hugo había muerto, últimamente no se ocupaba de él para nada, todo el trabajo lo dejó para sus padres. Yo no tenía el teléfono de él ni sabía donde vivía, a las dos de la madrugada John me acompañó a casa de Paul, sería por mediación de él que le daría el recado.

-¿Ocurre algo?- dijo Paul al vernos a esas horas.

-Hugo ha muerto- dije- Díselo a Émile. Mañana a las once ofrecen una misa por su alma en la capilla de la morgue.

-Ahora lo llamo por teléfono y se lo digo- dijo.

Nos despedimos y llegamos a casa.

Antoine nos esperaba sentado en el salón, lloroso y abatido.

-¿Está descansando Jeanne?- pregunté.

-Hace poco subió al dormitorio pero creo que

No duerme, he preferido quedarme aquí, no puedo verla llorar y sufriendo en silencio.

Eran las cuatro de la madrugada, John tenía que marchase a descansar, también yo tenía que dormir un rato, el día que nos esperaba era difícil y duro.

John me cogió entre sus brazos, me apretó fuerte contra su pecho, rompí en sollozos al verme protegida por él. Daba gracias a dios de tenerlo, me mimaba como a una niña chica. Lo acompañé hasta el cobertizo. Cogió el caminillo hasta la verja, se dio la vuelta y me envió un beso con la mano, yo hice lo mismo, me quedé hasta que subió en su coche y se fue, a las diez de la mañana tenía que venir para ir a la morgue.

Subí al baño, me estuve lavando la cara, me miré en el espejo, tenía el semblante triste y apagado, los ojos se cerraban del sueño que tenía.

Me metí en la cama y me dormí.

John como siempre era exacto, en la hora que quedamos estaba allí. Había aparcado en la puerta con su descapotable de cuatro plazas.

Capítulo – 31 –

Fuimos directamente a la sala donde el cuerpo de Hugo estaba expuesto. Nuestra sorpresa fue encontrarnos con Émile. Tenía la cabeza apoyada en la urna dando al rostro de Hugo, era desgarrador todo lo que le decía llorando a lágrima viva. Le pedía perdón por todo lo que le había hecho y por haberlo dejado solo cuando más falta le hacía.

Guardamos silencio y respeto a una distancia. Al lado estaba Paul tratando sujetarlo por lo excitado que estaba. Era la primera vez que yo veía a Émile llorar en los diez años que nos conocíamos, siempre había dado la imagen de ser un hombre duro, sus sentimientos los sabía guardar bien.

Sentí mucha pena de Émile, no lo conocía en absoluto. Tanto como yo lo había querido y en esos instantes no sentía nada hacia él, lo veía como un amigo.

A los dos días dieron a Antoine y a Jeanne un cofre con las cenizas de Hugo. Tres días después se

marcharon a París llevándoselas con ellos. Quedamos como buenos amigos para escribirnos y llamarnos.

John no aceptó que yo me quedara sola en casa, tampoco podía responder a los gastos.

Mi vida había hecho un giro de ciento ochenta grados, volvía a vivir otro amor que no se parecía nada al de Émile.

Me trasladé a vivir a casa de John, mami había preparado una habitación para mí. Yo era consciente que un día u otro iba a tener contacto físico con John, él lo deseaba tanto como yo, Para mí no era el momento, el día que yo me entregara a él, lo haría en cuerpo y alma.

John puso en manos de su amigo abogado el divorcio de Émile y mío.

Pedí a John que Yosi fuera a trabajar a su casa él, me dio una buena explicación. Dijo, que ella no aceptaría el mandato de mami y que a los pocos días se marcharía. Él le dio una carta a Yosi

Recomendada por él para que trabajara en el hospital para nativos. Un mes más tarde la vi, estaba contenta.

A Salomón también le hizo otra carta para que trabajara en los jardines del ayuntamiento.

Diana vino conmigo. Mami como no estaba acostumbrada a tener perros, siempre le estaba regañando en lo que hacía y que a ella no le gustaba, pero era una perrita feliz.

Yo quería trabajar en la librería inglesa. John no estaba de acuerdo, decía que no me hacía falta.

-John, necesito hacerlo sólo para sentirme libre como mujer- dije.

-Amor, no quiero llevarte la contraria, pienso en ti- ¿Qué necesidad tienes de ir a trabajar?.

-Para mí es mejor ¿Qué voy hacer todo el día metida en casa? Tú estás escribiendo, mami con sus faenas ¿Yo que hago?.

-De acuerdo te acompañaré y te presentaré a la directora, es conocida mía.

La directora me dio un mes de prueba, creo que ella no estaba muy convencida de que me pudiese quedar por más tiempo, notó que estaba muy unida a John. Fue así como ocurrió pero no estuvo mal que trabajara para saber qué era. Yo estaba todo el día en la librería pensando en John, no hacía caso del trabajo, entraban clientes buscando libros, yo no sabía encontrarlos porque mi pensamiento no estaba allí. La directora me observaba y antes que me llamara la atención, dije que me iba.

Mami estaba muy contenta que estuviera en casa, sonreía por todo. Un día me dijo.

-John no es el mismo desde que vives aquí, su tranquilidad ha mejorado, cada mañana cuando viene a la cocina para desayunar, me pellizca la mejilla, hacía tiempo que no lo hacía, ahora es un hombre feliz.

-Mami, ¿A qué hora se levanta por la mañana?.

Ella me miró con risa maliciosa y dijo.

-¿Por qué no lo compruebas tú? ¿Por qué dejas que pase el tiempo? Sí yo estuviera en tu lugar,

me despertaría cada mañana abrazada a su cuerpo. John es un cielo de hombre, cualquier mujer tendría miedo de perderlo.

Me sorprendió lo que dijo.

-Mami, ¿Qué me está diciendo? Yo aspiro el aire por donde él pasa para sentir su aroma.

-¡Entonces! ¿Qué es lo que te retiene para dormir en sus brazos? El está preparado para cuando tú quieras.

Me quedé escuchándola con la boca abierta.

-Mami, ¿Cómo sabes eso?- le pregunté- ¿Ha sido John quién te lo ha dicho?.

-No mi niña. Cada mañana al entrar en tu dormitorio y veo la cama deshecha, digo. ¡Dios mío! ¿Cuándo se va a decidir esta criatura?.

-¿Tantas ganas tienes que nos unamos en amor?.

-¿Tú no?.

-Mami, te voy a decir un pequeño secreto. Yo me siento poca cosa para John.

Mami se alarmó.

-¿Qué pasa contigo? ¿Por qué piensas eso? ¡Vales mucho! ¿Lo sabías? ¡Tu complejo de inferioridad puede más que el amor que sientes por John?.

-Mami, por John yo daría mi vida. Aunque no me despierte cada mañana abrazada a él, vivo dentro de él. Es cierto lo que dices del complejo, los diez años que le llevo, me están martirizando mucho, siento vergüenza de que me vea desnuda, porque desnudos tenemos que estar el día que nos amemos. Él tiene el cuerpo de un dios, yo soy más poquita cosa, no es un solo complejo, tengo varios.

-Mi niña, John te espera cada noche en su dormitorio, sufro mucho por él.

-¿Por qué sabes eso?.

-La luz la apaga de madrugada, es mi niño, vigilo los cristales de su ventana. Te espera cada noche.

Dije con alegría.

-Mami, pronto John y yo estaremos casados.

-¿Cómo va lo del divorcio?.

-Ayer nos llamó el abogado, Émile firmó y yo también, ahora esperamos que llegue de París el documento que acredite que estamos divorciados.

Mami dio un grito de alegría, se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla, dijo.

-¡Por fin voy a veros casados! ¡Y niños corriendo por aquí y gritando! ¡Me tengo que poner guapa para la boda de mis niños!.

-Un vestido color fucsia haría resaltar tu belleza morena- dije.

-No soy morena, soy negra.

Mami no aceptaba que le dijera que tenía la piel morena, se enfadaba y decía-Soy negra.

John había hecho su entrada en la cocina, a mami ya la había saludado antes de entrar en su escritorio para escribir.

-Buenos días diosa mía ¿Has dormido bien?- dijo.

-Muy bien.

Sé sentó a mi lado, nos miramos y nuestras bocas se juntaron en un beso. Su pierna daba con la mía y la química empezó a fluir por mi cuerpo y creo que también por el de él.

Mami se acercó a la mesa, traía una bandeja con dos tazas de té, y un bizcocho que hacía poco

lo había sacado del horno, lo dejó todo sobre la mesa, sirvió las tazas de té y cortó el bizcocho para los dos.

-¿Qué vas hacer esta mañana?- me preguntó John.

-He quedado con Magdalena, quiere cambiar las cortinas del salón, me ha pedido que la acompañe, de esa manera hablamos un rato.

-También quería que fuéramos tu y yo de compras.

-¿Qué quieres que compremos?- pregunté.

-Ropa para ti, vestidos nuevos y todo lo que te apetezca, el vestuario que tienes quiero que lo cambies por otro nuevo. Este sábado vamos a cenar a casa de mis padres.

-Te entiendo. Podemos ir esta tarde de compras ¿Qué te parece?.

-Por la tarde van las señoras y no se compra bien.

Miré la hora en mi reloj.

-Falta una hora para que Magdalena llegue, puedo llamarla y decirle que lo dejamos para otro

para otro día- dije.

-¿Qué te parece que le digamos que venga con nosotros y te ayude a elegir?.

-Perfecto mi amor. Hoy ella no podrá comprar las cortinas.

-Eso no corre prisa, lo nuestro sí. Estamos a jueves, faltan dos días para el sábado.

Me puse de pie y dije.

-Tengo que ducharme y arreglarme.

-También yo- dijo él.

Tuve tiempo de llamar a Magdalena y decirle el cambio de planes que había surgido. Ella como siempre estaba de acuerdo en todo lo que hablábamos, me dijo.

-John tiene razón, lo de las cortinas era una excusa para vernos, es cierto que quiero cambiarlas, lo haré otro día.

Salía de mi dormitorio arreglada, me di de bruces con John, no sé si lo hizo aposta para que nos besáramos. Mami hacía como que no lo veía, pero cuando se daba la vuelta estaba riendo.

CAPITULO -32 –

A las diez en punto llegó Magdalena, la puntualidad hace la buena educación.

-¡Hola Magdalena!- la saludé con dos besos en las mejillas. Era la primera vez que veía a John, estaba encantada de conocerlo. Entramos diez minutos en casa y seguidamente nos fuimos los tres, ella dejó su coche aparcado en el parking que John tenía para su coche. De camino a Johannesburgo Magdalena y yo hablábamos de lo último que había sucedido en mi vida y en la John. Él nos miraba sonriente escuchando nuestra conversación.

-Magdalena ¿Sabes la última noticia?- dije.

-Seguro que tiene que ser buena, sólo hay que mirar tu cara y la de John para saber que la buena nueva tiene que ser buenísima.

-Pronto obtendré el divorcio, John y yo, nos podremos casar.

-¡Esto hay que celebrarlo! ¿Émile no ha puesto impedimento?.

-Ninguno, ha decidido dejarme en paz.

-¿Sabes algo de él?.

-No sabe vivir solo, está viviendo con Paul, es posible que sean pareja.

-¿Para cuándo pensáis casaros?.

John me miró.

-John tiene la palabra- dije- mirándolo a él.

-Cuándo lleguen los papeles de París, nosotros empezaremos a mover los nuestros, puede que sea en dos meses.

-¿Esa fecha no cae en navidad?- dijo Magdalena.

-¡Exacto! Estáis invitados, pero mandaremos invitaciones.

John me ayudó a elegir los vestidos, cogí cuatro, dos faldas y dos blusas haciendo juego. A Magdalena le gustaron mucho. Jugueteeaba conmigo diciéndome que estaba muy guapa.

Antes de regresar a casa, John quiso que fuéramos a tomar un aperitivo al Garden Royal. La especialidad de cócteles de mango y champagne

era uno de los más sabrosos y deliciosos que yo había probado. Lo acompañaban con bocaditos de salmón ahumado. Ya habíamos estado otras veces.

Nos llevó el tiempo justo de regresar a casa. Magdalena se marchó pronto, Patrick la esperaba para comer. Ella era un encanto de mujer, quedamos para ir otro día a elegir las cortinas de su salón.

De los vestidos que había elegido, uno era de satén color crema para asistir el sábado noche a casa de los padres de John. Los había visto en dos ocasiones en una visita que hicieron a casa de John.

Yosephine la madre de John impresionaba a primera vista, su elegancia natural hacía algo de impacto en los demás. Ella era el mismo retrato de John, me di cuenta de la manera que miraba, igual que él, la mirada penetraba en el interior de la otra persona como si buscara secretos ocultos.

George sé clasificaba por su estilo inglés al vestir. No le faltaba el reloj de plata colgando de una cadena al ojal de su chaqueta y metido en el bolsillito delantero de la izquierda. El matrimonio no eran personas de muchas palabras.

CAPITULO- 33 –

Junto a John me sentía libre, protegida y muy agusto.

La casa de los padres de John era estilo inglés, los muebles de época, había mucho lujo y clase, ellos con su presencia, decían a cada uno dónde debían estar, no se parecían a John, que era todo ternura y bondad. A sus padres los acababa de conocer, no podía decir mucho de ellos. Los dos había nacido en Inglaterra, sus costumbres eran inglesas, venían de familia rica.

Cenamos en una mesa larga, la habían montado manos expertas, no faltaba ningún utensilio, todo estaba perfecto. Habían dos camareros nativos que servían.

Yo estaba preparada a todo lo que me preguntaran, pero nunca se está demasiado. Tenía cerca de mí a John, estaba tranquila por ese lado, en algo que yo no supiera responder, él lo haría por mí. No esperaba la pregunta que su padre me hizo.

-Claire ¿Sus padres dónde viven?.

-Ellos murieron- respondí.

-Lo siento- dijo lamentándolo.

-¿Cuántos años ha estado casada con su marido?.

-Ocho en total.

-¿Han tenido hijos?.

-No.

-¿No los ha echado a faltar?.

-No, puesto que no los he conocido.

-Buena respuesta- dijo riendo.

Ahora le tocaba a la madre de John.

-Claire ¿Su apellido de soltera cómo es?.

Me llevé la copa de vino a los labios y bebí un pequeño sorbo, luego dije.

-Mi apellido de padre es, Thibault

-¿Trabajaba usted en París?.

-Sí, en una librería vendiendo libros.

John intervino para que cesaran las preguntas.

-Lo más probable es que nos casemos para estas navidades-dijo.

Sus padres se sorprendieron pero, siguieron comiendo como si nada.

-Las navidades están a la vuelta de la esquina- dijo Yosephine mirándonos a los dos.

-Madre, quiero que tú y padre seáis los padrinos de nuestra boda- dijo John.

-Por supuesto que sí- respondió ella- ¿Será un matrimonio por lo civil?.

-Sí, - dijo John.

Me encontraba bien en casa de los padres de John. Aunque eran distinguidos, sabía cómo hacer que las demás personas se encontraran bien con ellos. Regían uno de los mejores restaurantes de Johannesburgo, estaban acostumbrados a tratar con gente de alto nivel. Al principio parecían algo rígidos, es el carácter inglés pero, cuando se les conocían, el trato con ellos era bueno y muy amigable. John me había prevenido antes, me dijo que me querían conocer, puesto que pronto nos íbamos a casar y que me harían preguntas.

A alta hora de la noche, llegamos a casa.

Diana nos estaba esperando por detrás de la valla, sus costumbres no las había perdido, al vernos se puso a saltar de alegría.

Mami lo más seguro, se fue pronto a su vivienda que ocupaba con su marido Samuel.

Todas las noches, John y yo nos quedábamos solos en casa, nuestro encuentro de amor podría surgir cualquier noche inesperada. Deseaba con todas mis fuerzas, unir mi cuerpo desnudo con el suyo. A veces pensaba que era tonta de remate, es posible que me comportara de esa manera, porque a John lo tenía seguro. Estaba segura de su amor por mí, infinidad de veces me lo había demostrado.

Dejé mi bolso a un lado del sofá, retiré la torerilla que cubría mis hombros y que hacía juego con el vestido de satén que había llevado esa noche. John se situaba al otro extremo del sofá, se quitó la americana y la dejó a un lado. Yo seguía todos sus gestos, a trabé de las mangas de la camisa, veía sus brazos musculosos . Mi cuerpo ardía de pasión. El tórax se le podía ver por su camisa blanca transparente, en ese instante lo

deseaba con todas mis fuerzas, incluso entrar dentro de su cuerpo y que los dos fuéramos uno.

Estábamos muy cerca el uno del otro. Su respiración la sentía muy cerca de mi boca, un beso ardiente nos unió. Era yo quien atraía su cuerpo con el mío, lo apretaba muy fuerte. Besé su cuello repetidas veces, cosa que nunca me atreví hacer. Ninguno de los dos podíamos pararnos y dejamos que el fuego del amor siguiera su curso.

Me llevaba en brazos a su dormitorio. Sabía que esa noche iba hacer de mí, una mujer completa, sería su diosa para siempre. Nos sumimos en un deseo profundo. Me dejó sobre la cama, me iba desnudando, yo también a él.

Esa noche traspasamos el séptimo cielo.

Al amanecer me desperté, me había quedado dormida encima del cuerpo de John, nuestros cuerpos desnudos pedían todavía más y se lo dimos.

Los dos seguíamos abrazados de lado en la cama, el rostro de John radiaba felicidad, todavía era más guapo y más deseable. Mantenía los ojos cerrados, yo lo miraba como si durmiera.

-Mi amor ¿Duermes?- le pregunté.

Abrió los ojos, el color verde mar entró en los míos, lo seguí besando.

-No duermo, hace rato que te observo cómo me miras. ¿Has dormido bien?.

-Cómo los ángeles- dije.

-¿Y tú?.

-Cómo un dios.

La luz del sol entraba por las rendijas de la ventana. A mami la oí trastear por la casa, abrir y cerrar puertas. La estaba imaginando con aquella sonrisa de picarona, diciendo- ¡Por fin!.

El salto mío de cama estaba en la habitación que ocupaba antes. Iría a ducharme al cuarto de baño de John, y seguidamente se lo pediría a mami para que me lo llevara al dormitorio.

John se duchó conmigo.

Cuando salimos del dormitorio eran las doce del medio día. Mami había calculado bien, en vez de hacernos desayuno, hizo comida. Había montado

la mesa con la vajilla fina que John utilizaba, y los mejores cubiertos de plata. Ella era feliz de ver que nosotros lo éramos.

Aunque ella lo sabía me preguntó.

-Mi niña ¿Cambio tu ropa al dormitorio de John?.

John y yo nos miramos y reímos, parecíamos dos adolescentes que se ríen por nada. Mami esperaba la respuesta con sonrisa de complicidad.

-Sí mami, cambia lo que más necesito- dije.

-¡Así me gusta mi niña!- dijo con el rostro radiante- Estás guapa hoy, las mejillas las tienes sonrosadas ¡Cómo se nota que te han estado amando toda la noche!.

Mi naturaleza era algo tímida y escondí la cara por detrás del hombro de John.

-Mi niña, no te escondas de lo más bello como es el amor.

John atrajo mi cara a la de él y nos besamos. Estaba muy contento, cuándo le ocurría, se ponía a jugar con mami, le hacía cosquillas por debajo de las asilas. Ella hacía por alejarse corriendo y riendo tratando escapar de él.

CAPITULO- 34 –

Habíamos empezado a mover los tramites de nuestra boda a través del abogado. El documento que rezaba que yo estaba divorciada, lo había recibido él.

Decidimos cambiar el dormitorio de John por otro más grande y moderno. A él le gustaba lo clásico, a mí también pero que resaltara.

John en el vestir aunque pareciera que no era sencillo lo era. Tenía varios trajes pero parecía que sólo tuviera dos, utilizaba y le gustaba el color blanco y el caña. Camisas tenía muchas y siempre llevaba el color blanco transparente y el azul claro. Corbata utilizaba en ocasiones. John dejó que el dormitorio lo eligiera yo, elegí uno color caña, a él le gustaba mucho ese color, iba con la moda africana.

Iba yo colocando en uno de los armarios mis objetos personales, John tenía otro igual de grande. En mis objetos encontré varias cartas de Hugo que

Me había escrito, no me las daba, las echaba al correo, me decía frases bonitas, parecía un novio escribiéndole a su novia, le gustaba hacerlo.

También casetes, uno el Ave María de Schubert, el otro era el bolero de Rabel. Me puse a recordar aquellos tiempos que eran difíciles de olvidar. A Hugo le cogí mucho cariño, sufrió lo que no se puede saber con Émile en su enfermedad, debido a eso, todos les daban de lado, la única que le daba palabras de consuelo, era yo.

Abrí una de las cartas y la leí en voz alta, decía.

Para la mujer más maravillosa que he conocido y, que hace que cada día mi vida sea mejor, que olvide mis penalidades y falsas fantasías. A dios le doy gracias por haberla conocido, no voy a mencionar su nombre, porque sabe que se trata de ella. No me hubiese importado amarla, porque ella representa el amor.

No medí cuenta que John estaba detrás de mí, leía la carta conmigo. Al terminarla besó mi cuello y me preguntó con sonrisa pero, con algo de celos.

-¿De quién es la carta? ¿Es de un admirador?.

-Mi amor, es de Hugo, me escribía cartas y las echaba al correo, yo sabía que eran de él aunque no me lo decía, en su remite ponía, H B.

-Está escrita cómo una carta de amor de un hombre que ama a una mujer- dijo John leyendo las últimas líneas.

-En dos ocasiones me dijo que me quería y, que me pidió que me casara con él. Yo lo tomé a broma, era gay.

-¿Le gustaba el Ave María?.

-Mucho, aunque no lo pareciera era espiritual, buscaba a dios en las alturas del universo.

-¿Crees que hubiera tenido una aventura con una mujer?.

-No lo creo, se enamoraba de todo lo que le gustaba y era bello.

-La carta esta está hablando de un amor fallido y que nunca podría lograr.

-También se enamoró de ti la primera vez que le dije que te había conocido, y que eras una guapura de hombre. Me preguntó de qué color tenías los ojos, cuándo se lo dije, se quedó maravillado, quería

conocerte, era un alma enamoradiza. La música del bolero de Rabel, le encantaba, muchas veces la oíamos los dos juntos. Lloraba mientras la ponía, debía hacerle recordar algo de su vida.

No recordaba en esos instantes la carta que yo escribí una noche a John, estaba mezclada entre otras cartas de familiares en el cofre, él la extrajo y mostrándomela dijo.

-Claire, esta carta la tienes sin abrir.

Se la arrebaté de las manos.

-Qué pasa ¿Por qué no la abres?.

-Quiero que permanezca cerrada.

-¿Por qué no la lees?.

-John, ahora no, el contenido que tiene está en mi corazón.

-¿Me estás escondiendo algo?.

-Cuándo nos hayamos casado te la entrego, ese será mi regalo.

-¿Tanto misterio guarda?- dijo sonriendo.

-No es un misterio, es un tesoro- dije con la carta pegada en mi pecho.

-¿La escribirte para dármela el día que nos casemos?.

-Sí, mi amor. La noche que la escribí, me prometí que te la daría el día que fuéramos marido y mujer.

-¡Ya lo somos! Vivimos en la misma casa, nos hemos amado con frenesí ¿Eso no es estar casados?.

-Sí, pero si te la doy ahora, rompo mi promesa.

-De acuerdo mi diosa, pero recuerda que la primera noche de estar casados tienes que entregármela- dijo cerrando el pacto con un beso.

La cata la volví a guardar en su lugar.

De Émile no sabía prácticamente nada. El documento de divorcio que le llegó al abogado de París, fue él mismo a entregárselo en persona. De esa manera sabía que ya no era su mujer y que pronto me volvería a casar. Con él no quedé ni bien ni mal, no sabíamos nada el uno del otro.

John se levantaba por la mañana mucho antes que yo, se metía en su despacho para escribir su libro, necesitaba silencio y soledad.

Yo tomaba el desayuno en la cocina, bajo vigilancia de mami, miraba lo que comía, para ella era poco lo que desayunaba. Me decía que tenía que comer más para estar fuerte el día que me quedara embarazada.

El teléfono sonó, antes de cogerlo mami, lo había cogido John desde su despacho. Entró en la cocina sonriente, se sentó a mi lado y dijo.

-Acaba de llamar el abogado, tenemos fecha para casarnos.

Lo miraba cómo si de un sueño se tratara.

-¿Para cuándo nos casamos?- pregunté con gran entusiasmo.

-El veintisiete de diciembre, en el juzgado principal.

Cerré los ojos y respiré.

-¡Es dentro de quince días!- dije.

Mami escuchaba con la boca abierta y, una

Sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

Yo tenía claro que el día de nuestra boda no me vestiría de blanco. De blanco fui el día que me casé con Émile, para esta segunda boda, quería que todo fuera diferente porque era especial.

Teníamos poco tiempo para los preparativos. Las invitaciones John fue a pedir que se hicieran en la imprenta dónde imprimían sus libros, en tres días estuvieron hechas y enviadas a nosotros.

Todo estaba ocurriendo muy rápido.

Magdalena pasó la última semana conmigo, íbamos de aquí para allá comprando todo lo que nos hacía falta. Mami también hizo varias salidas por las tardes. Una modista amiga suya le confeccionó un vestido color fucsia, a Samuel le compró un traje color tabaco.

Antoine y a Jeanne le enviamos una invitación, Sabíamos que no iban a venir, pero se alegrarían de saber el día que nos casábamos.

En casa íbamos nerviosos. El que más tranquilo parecía que estaba era John, pero no era así.

Habíamos decidido que una noche antes de

casarnos, John se fuera a dormir a casa de sus padres, por eso de no verme vestida hasta llegar al juzgado.

La noche antes a nuestra boda, mami y yo nos fuimos a dormir tarde. Yo no podía conciliar el sueño, hasta que por fin me puse en el lado que John dormía, apercibí su aroma y su fuerza, me abracé a la almohada y me quedé dormida.

A las siete el despertador sonó, había dormido cuatro horas, pero la misma emoción que tenía me hizo sentirme en forma. Pensaba el día que era y volaba por la casa dando los últimos toques.

Mami a las siete estaba en la cocina preparando el desayuno. Oí cómo se le cayó un cubierto al suelo y dijo- ¡Hay qué día!.

Magdalena y Patrick llegaron a las ocho y media, habíamos quedado a esa hora, sería ella quién me ayudaría a vestirme, ella me peinaría, también estaba nerviosa parecía hermana mía. Venía vestida con un vestido color granate y peinada a un lado. Patrick un traje azul marino, estaba guapo, no se daba cuenta que lo era.

CAPITULO- 35 –

El modelo que yo elegí era sencillo, talle alto, escote redondo, manga corta casi llegando al hombro, el vestido a medía pierna color marfil. Mantenía entre mis manos seis azucenas, tres blancas y tres amarillas. Magdalena me peinó con los cabellos recogidos con rizos en la parte derecha de mi sien, lucía pendientes de perlas.

Mami y Samuel salieron detrás de nosotros de la casa, ella cerró la puerta y se fueron en un cochecito que tenían. Yo iba en el asiento trasero del coche de Patrick, ellos dos delante.

Al llegar al juzgado, John me estaba esperando con sus padres y sus invitados. Los dos vestíamos del mismo color, había elegido un traje color marfil, camisa azul claro y corbata color caña. Los cabellos los llevaba sueltos, estaba muy guapo, era guapo, un hombre bellísimo.

El acto duró media hora. John llevaba los anillos, al sacarlos recordé que era él quién los había cogido. Nos hicieron fotos, más de las que yo había pensado.

El convite se hizo en casa de los padres de John. Tenían un gran jardín, habían colocado tres mesas largas y sillones. En dos mesas largas habían puesto bufet libre y seis camareros para servir lo que pidieran los invitados de bebida.

John y yo estuvimos dos horas en la comida con todos los invitados que no paraban de felicitarnos. Nosotros nos fuimos, todos los demás se quedaron comiendo y bebiendo hasta que quisieron.

John me había prometido ir de viaje al lugar que yo eligiera pero, antes tenía que terminar el libro, había quedado con la editorial para entregarlo al mes siguiente.

Era la primera noche que pasábamos de casados. Volvimos a saciar nuestra sed de amor rebotante de caricias y de besos.

No recordaba algo que para John era importante. Saltó de la cama, yo seguía su figura desnuda, su cuerpo perfecto cómo si lo hubiera tallado las manos expertas de Miguel Ángel.

¿Dónde va?- me pregunté- ¿Qué querrá hacer?.

Se dirigió al armario y lo abrió, al abrir uno de los cajones, entonces me acordé de la carta.

Volvió a la cama con el cofre entre sus manos, lo dejó en medio de los dos, y dijo.

-Amor, esta noche tienes que darme lo que me prometiste.

-Busca esa carta tan deseada para ti- dije acariciando su cabello largo y fuerte.

La encontró en medio de un montó, y me la mostró.

-Esta es ¿No?- dijo con cara de triunfo.

-Ábrela, es tu regalo- dije.

Yo lo observaba como rompía un trocito del lateral para abrirla. Extrajo la carta bien doblada en dos. Antes de desdoblarla me miró.

La leía para sí, al acabar una línea me miraba y seguía leyendo, de esa manera lo hizo hasta terminar el folio. La carta la dejó sobre la cama. Su boca se acercó a la mía, nos estuvimos besando con verdadera pasión y ardor.

-Gracias diosa mía, este es el mejor regalo que me han hecho en la vida junto a ti. La primera noche que nos conocimos sabía que eras muy sensual. Todo lo que dices en la carta, esa noche lo pensaba yo de ti. Te veía desnuda acariciando y besando tus pechos. En mi imaginación besaba tu cuerpo blanco y sedoso, entraba en ti, tú pedías más, yo te lo daba hasta quedarnos artos y locos de pasión y amor. De ti me enamoré hasta la locura, yo estaba seguro que te haría para siempre mía. Estaba preparado para ir hasta el fin del mundo dónde tú quisieras. Nunca te dije que sentía celos de Émile. Si te digo lo verdad, había días que no sabía lo que hacía, me ponía a escribir en mi libro y no podía, tu imagen dulce de mujer se paraba delante de mí mis ojos como una figura deliciosamente bella igual que una diosa.

La noche que escribí la carta era John que estaba entrando en mi mente y me lo iba dictando, las frases que me estaba diciendo eran casi las mismas, con el mismo fuego del amor. Volvimos amarnos, los dos nos deseábamos, siempre nos estábamos deseando. Era imposible tenerlo cerca y no amarlo.

Fui sincera como siempre.

-Yo tenía miedo de perderte, cada tarde o noche cuando me dejabas en casa, subía a mi habitación, lloraba viendo por la ventana como te alejabas en tu coche.

-¿Por qué razón llorabas y tenías miedo?- preguntó John.

-Siempre era por la misma causa, por los diez años que yo te llevo. Yo te veía bello como los rayos del sol, con ese rostro, con ese cuerpo, y con sólo veintisiete años, pensaba que no podías ser para mí.

Mientras John me escuchaba movía la cabeza como no queriéndome entender.

-No veo que tú tengas más edad que yo. ¿Por qué crees que hacía tantas locuras?.

John cogió la carta y volvió a leerla, se paraba en todas las frases para recrearse en mis pensamientos. Ahora sabía que lo amaba con el alma.

-Es mi regalo- dije.

Salió de la cama, se dirigió a su armario, abrió un cajón y extrajo un pequeño envoltorio de regalo.

Me lo entregó diciendo.

-Es mi regalo para ti.

-¿Qué es?.

-¡Míralo!.

Por el tacto que sentí noté que se trataba de un pequeño libro. Cuando le quité el envoltorio, mi sorpresa fue enorme, al ver en la caratula el título que decía – Para mi diosa y mis mejores versos.

John me miraba esperando a que abriera el libro, lo abrí por la primera página. El verso que leí era mi figura de mujer. Contenía cien páginas y cien versos. Lo había escrito John para mí, ese era mi regalo. Iría leyendo un verso cada día. Me sentía la mujer más afortunada de la tierra.

-Es único- dijo John – No hay repetibles. Nadie debe conocer lo más íntimo de ti, sólo yo.

Esa noche era mágica, igual que la primera noche que nos conocimos.

Eran las cinco de la madrugada, estábamos abrazados y de esa manera nos dormimos.

CAPITULO -36 –

La librería inglesa Inter estaba abarrotada de gente, hacían cola para que John filmara el trabajo de su último libro. Había ido con él pero no me quedé en la mesa, preferí ver su éxito desde más lejos. Ese día no me encontraba bien, me había levantado con mareos y arcadas. No quise decirle nada a John para no preocuparlo, ese día era muy importante para él.

Al lado de él estaba sentada la directora de la librería, cada vez iban entrando más gente con el libro en las manos para que lo firmara. De golpe se formó un gran alboroto de chicas jóvenes que impacientes querían llegar pronto a él. Yo oía comentarios de ellas. Hablaban de lo bueno que estaba y lo que harían con él. En verdad estaba molesta de oír frases que no me gustaban. El calor que hacía era insoportable, quería salir fuera para tomar el aire, era imposible, la puerta estaba en taponada y más gente que iban entrando, me faltaba oxígeno, y sin saber cómo, caí de bruces al suelo. Me quedé unos minutos sin sentido, poco a poco me iba recuperando, unas jóvenes me

levantaron del suelo y empezaron a gritar.

- ¡Una mujer se ha desmallado!.

John a no verme vino rápido, no dejó que nadie me tocara. Me cogió en brazos y pidió un médico. La directora se ocupó de llamar una ambulancia al hospital, sólo tardó diez minutos en llegar. Ella anuló la filma de libros para otro día.

John iba conmigo en la ambulancia, estaba blanco, yo trataba reconfortarlo diciéndole que no era nada.

El Doctor dijo a John que se quedara fuera.

Después de explorarme y de hacerme preguntas, dijo.

-Señora, está usted embarazada.

Di un grito de alegría y pedí al médico que John entrara. Tanto era mi gozo que no dejé tiempo a que lo llamara y bajé de la camilla. La enfermera me detuvo diciendo.

-No haga eso, ahora viene su esposo.

John no entró en la consulta preocupado, el médico le había anunciado la buena nueva.

-¿Estás bien diosa mía?- me preguntó con la alegría reflejada en su rostro.

-Muy bien- respondí- Quiero que nos vayamos a casa.

-¿Te duele algo?.

-Nada, estoy en perfecto estado.

-Enhorabuena- dijo el médico.

Le dimos las gracias por todo y nos fuimos.

Al darle a mami la noticia no la cogió por sorpresa, ella ya se había dado cuenta una semana antes, mis caderas habían ensanchado. Ella hacía todo lo posible para que comiera bien y de todo.

Los padres de John se alegraron mucho, en ocho meses serían abuelos.

Magdalena mi amiga del alma, dio un grito de alegría al comunicárselo por teléfono.

-Esperaba que pronto iba a suceder- dijo ella.

-Doy gracias a dios por todo- dije emocionada.

CAPITULO- 37 –

John había empezado a escribir otro libro, era sobre la vida de Hugo, no se había olvidado de la promesa que le hizo. En este nuevo trabajo tuve yo qué colaborar con él. Le contaba lo que Hugo me decía de todo lo que le había sucedido y, también lo que yo viví con él y con Émile.

Me metía con John en su escritorio. Sólo quería que yo le contara una pequeña historia de él, y el resto lo escribía sólo.

Le decía lo buena persona que era, también un amigo, la calidad de sus palabras y la emoción que ponía en ellas. Y sobre todo, su sonrisa, su manera de reír que tenía, hacía resaltar su belleza y ternura.

Tenía mucho qué contarle a John de Hugo, también le tenía que hablar de Émile, era parte de su vida. John no quería que estuviera mucho rato en su despacho por miedo a que me cansara en el estado de gestación que estaba. Era mucho lo que tenía que recordar y mencionar a Émile.

Un día hablando de Hugo le dije, qué al otro

Lado de la vida, existen mariposas de alas doradas, y que ellas son las encargadas de guiar a las almas que han sufrido en la tierra.

De Émile no sabíamos nada. No sé si sabía que nos habíamos casado, la última vez que lo vimos fue En la misa que hicieron a Hugo por su alma.

Mami vivía día a día mi embarazo, sólo estaba pendiente de mí, entre John y ella no me dejaban hacer nada. John me colmaba de caricias y de besos ardientes. Se negaba hacer algo más conmigo por miedo de hacerle daño al bebé. Por las noches se pasaba un rato, besando mi vientre y escuchaba el movimiento que hacía nuestra hija- digo hija porque mami me decía que sería una niña.

Mami era la que llevaba el control de todo lo que yo comía, gracias a ella no llegué a engordar más de diez kilos. Pesaba cada alimento que me comía, me enfadaba con ella, yo tenía un apetito atroz, le decía que me estaba matando de hambre.

-Mi niña, estás guapísima, el embarazo te está

Embellaciendo- dijo mientras comíamos en el comedor John y yo.

John la dejaba que se ocupara de mí, ella lo había visto nacer, y lo crió, jamás se separó de su lado. Lo mismo haría con nuestra hija. Hacía un mes estaba confeccionándole vestiditos y jerséis, también le hizo un gorrito color blanco para ponérselo el día que naciera.

Los padres de John nos había regalado el dormitorio para nuestra hija, más felices no podíamos ser.

A las once de la mañana el cartero llegó con una carta certificada a mi nombre, venía de Paris. Mami vino a entregármela al despacho de John, estábamos escribiendo sobre el libro de Hugo. Miré el remite, era de Émile.

-Amor, quiero que la leas tú- dije a John.

John la leyó antes para él, luego dijo.

-No está mal, voy a leerla en voz alta para que sepas lo que dice.

Claire, hace más de un año que no sabes nada de mí, pienso que es eso lo que seseas, no te quito la razón puesto que no me porté bien contigo en los últimos tiempos. Mí egoísmo era grande al querer acapararte para mí, y privarte de libertad. Pido que me perdones, sí es que un día lo puedes hacer.

Estoy seguro que John vela mucho por ti para que de nada te falte, es un tío legal, me demostró que te quiere mucho y que daría su vida por ti si fuera necesario. Quizá penséis en casaros o puede ser que ya lo estéis, lo cual me alegro de que así fuera.

Después de que Hugo nos dejara, pasados seis meses decidimos Paul y yo venirnos a vivir a París en pareja. Los dos tenemos la misma enfermedad, aquí hay más adelantos para curarla. Hemos comprado un piso, los dos estamos bien.

Antes de terminar la carta quiero confesarte algo que nunca me atreví a decirte. Te quise mucho, aunque parezca extraño, es así. No quiero ahora seguir diciéndote que te quiero por respeto a John.

Os deseo a los dos máxima felicidad.

Émile.

-¡Felicidad para los tres!- repetí con lagrimas.

-¿Te has emocionado?- dijo John- Yo también lo estoy. En el fondo siento pena por él, por el sólo hecho de haberte querido.

-Amor, me hubiera gustado que supiera que vamos a ser padres ¡Es tanta la felicidad que siento! De tenerte, de saber que voy a tener una hija tuya.

-Diosa mía, en unos días responderé a su cara, y se lo aré saber- dijo John.

-Todo lo que hagas está bien para mí. Émile ha sabido rectificar, es una manera de pedirme perdón- dije.

John tenía mis manos entre las suyas, las besaba cómo si de reliquias se tratara, mientras me decía frases bonitas de amor.

Faltaba una semana para que diera a luz.

-Diosa mía ¿Has olvidado que en pocos días tendré qué cuidar de dos hermosas mujeres?.

-Siempre te estoy dando trabajo- dije riendo.

-Es un trabajo maravilloso el que tú me das ¿Has pensado a cuál de los dos se parecerá nuestra hija?.

-Estoy segura que a ti. Tendrá tus ojos color verde mar, tu boca sensual, tu ternura y mucho amor.

-¿Cómo sabes todo eso?- preguntó medio en broma.

-Porque cada día, mi mirada te acaricia, tú entras en mí, esa es la razón que sepa de qué manera será nuestra hija.

John se puso su oído en mi vientre.

-Quiero sentir lo que tú sientes- dijo abrazado a mi cintura.

Le acaricié la cabeza.

-El cabello lo tendrá cómo el tuyo – dije.

CLARA EISMAN PATÓN.